

AGAMENÓN

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

NOTA TEXTUAL

ΕΜΙΝΑΡΙΟ ΜΟΛ. ΔΙΣCΙΠΛΙΝΑΡΙΚ  
 JOSE EMILIO GONZALEZ  
 FACULTAD DE HUMANIDADES  
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

<i>Lecturas de Page rechazadas</i>		<i>Lecturas adoptadas</i>
106	μολπᾶν	μολπᾶν (H. LLOYD-JONES)
302	γοργῶπιν	Γοργῶπιν (LLOYD-JONES)
303	αἰγίπλαγκτον	Αἰγίπλαγκτον (LLOYD-JONES)
306	†καί	†ὡς (TRADUCTOR <sup>1</sup> )
412	†σιγᾶς ἀτίμος ἀλοι- δορος	†σιγᾶς ἀτίμους ἀλοιδορούς (LLOYD-JONES)
413	ἄδιστος ἀφεμένων†	†ἀλγιστ' ἀφημένων† (LLOYD-JONES)
561	σίνος,	σίνος (LLOYD-JONES <sup>2</sup> )
562	τιθέντες	τιθεῖσι δ' (DINDORF)
576	ποτωμένοις	ποτωμένῳ (MAZON)
714	παμπρόσθη	παμπορθῆ (SEIDLER)
718	οὕτως	οὕτως (MAZON)
1006	(...)	<ἄφνω δυστυχίας πρὸς> (LLOYD-JONES)

<sup>1</sup> Así se justifica el uso del infinitivo (de consecuencia lógica) ὑπερβάλλειν. Esto o transformar el infinitivo en una forma personal. Preferimos lo primero, que no crea problemas métricos tampoco.

<sup>2</sup> Desplaza la coma a ἐσθημάτων, en el verso siguiente. Compartimos su criterio.

*Lecturas de Page  
rechazadas*

1041	βία
1091	ἰκαρτάναιτ
1410	ἀπέδικες ἀπέταμες;
1595	καθήμενος
1605	ἔπι δέκ'τ' ἀθλίω
1658	καιρόν
1664	{...}

*Lecturas adoptadas*

βίον (Mazon)
ἰκαρτόματ (LLOYD-JONES)
ἀπέδικες; ἀπέταμες (TRANSDUCTOR <sup>3</sup> )
καθήμενους (LAWSON)
ἔπι δυσσαθλίωτ (LLOYD-JONES)
καιρόν (TRANSDUCTOR <sup>4</sup> )
{εἰπόντας} (TRANSDUCTOR <sup>5</sup> )

<sup>3</sup> Creemos que ἀπέδικες —final de la expresión interrogativa— está coordinado por τε a ἐπέθου y tiene como objeto directo a δημοθρόους ἀράς. En ἀπέταμες empieza la expresión aseverativa, que cuenta con dos verbos unidos por δέ, con fuerte valor adversativo.

<sup>4</sup> Los versos 1657-1659 son muy dudosos y cuentan con muy diversas lecturas. Aceptamos la de Page, pero con ese cambio en la puntuación.

<sup>5</sup> Con esta conjetura nuestra, intentamos suplir la laguna existente en el texto.

## PERSONAJES

VIGÍA.

CORO compuesto por ancianos argivos.

MENSAJERO.

CLITEMESTRA.

HERALDO.

AGAMENÓN.

CASANDRA.

EGISTO.

La escena representa el palacio de los Atridas, ante cuya fachada hay unos altares con estatuas de dioses. Sobre la azotea hay un vigía tendido, con los codos apoyados en el suelo y la cabeza entre las manos. Es de noche.

SEMINARIO MUL. DISCIPLINARIA  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

VIGIA. — Suplico a los dioses la liberación de este penoso trabajo: una vigilancia que se alarga ya todo un año, durante la cual, echado sobre la azotea del palacio de los Atridas<sup>1</sup>, apoyándome sobre los codos lo mismo que un perro, he llegado a reconocer las constelaciones de las estrellas que se ven de noche y las principales por su fulgor, que invierno y verano traen a los mortales, los luceros que más se destacan en el cielo, con sus ocasos y con sus ortos.

Ahora estoy acechando la señal de una antorcha, destello del fuego que traiga noticias de Troya y el anuncio de su conquista. Así lo manda un corazón de mujer previosa y tan decidida como un varón.

Siempre que ocupo este lecho húmedo por el rocío, que no permite el nocturno reposo y que nunca visita el sueño, el miedo, no el sueño, está a mi lado, para que de sueño no cierre del todo mis párpados; y cuando pienso en cantar o tararear, sirviéndome de este canto como remedio contra el sueño, me echo a llorar, lamentando el infortunio de esta morada que ya no se rige del mejor modo como tiempos atrás. ¡Ojalá que ahora mismo se produjera la dichosa liberación de mis penas, porque en medio de la obscuridad brillara el fuego portador de buenas noticias!

*(Breve pausa. En lontananza se advierte una luz.)*

<sup>1</sup> De Agamenón, hijo de Atreo.

Alegre te saludo, antorcha que en plena noche anuncias ya la luz del día y la institución de inúmeros coros de Argos por este suceso.

25 ¡Victoria! ¡Victoria! <sup>2</sup>. A gritos doy la señal a la mujer de Agamenón <sup>3</sup>, para que cuanto antes salte del lecho y, en el palacio, prorrumpa en gritos de alegría y victoria, dando la bienvenida a la luz de esa antorcha, si es verdad 30 que ha sido tomada la ciudad de Ilio <sup>4</sup>, según lo anuncia la tea con su resplandor.

Por lo que a mí toca, voy a iniciar con mi danza la fiesta (*se pone a bailar*), pues al caer bien los dados de mis amos, sacaré ventaja, que esta señal luminosa me ha valido tres seises <sup>5</sup>.

35 ¡Ojalá que yo pueda estrechar con esta mi mano la bienamada mano del soberano de este palacio cuando haya llegado!

Lo demás me lo callo. Un buey enorme pisa mi lengua <sup>6</sup>. El propio palacio, si voz tuviera, podría decirlo con la mayor claridad, porque yo tengo el propósito de hablar del asunto sólo con quienes ya están informados, pero lo tengo olvidado para los que lo ignoran.

*(Sale el vigía. Momentos después salen servidores en silencio que encienden fuego en los altares y desaparecen. A continuación entra el Coro.)*

<sup>2</sup> Los gritos de alegría *ioi, ioi* no tienen una equivalencia exacta en español. No nos parece bien transliterarlos en el texto. Preferimos «traducirlos» por una idea contextual coherente.

<sup>3</sup> Clitemestra, hija de Tindáreo y Leda.

<sup>4</sup> Nombre con que también se designa Troya.

<sup>5</sup> Metáforas relativas al juego de dados.

<sup>6</sup> Expresión proverbial para indicar que no se puede o no se debe hablar. Aquí, el vigía considera prudente no aludir a la situación que va a plantearse, porque Clitemestra tiene un amante: Egisto.

CORO. — *Éste es el décimo año desde el momento en* 40 *que el poderoso querellante* <sup>7</sup> *contra Príamo* <sup>8</sup>, *el rey Menelao* <sup>9</sup> *y Agamenón* <sup>10</sup>, *la poderosa pareja de Atridas que de Zeus recibieran la honra de sendos tronos y cetros, zarpó de este país de los argivos* <sup>11</sup> *con una escuadra de* 45 *mil navíos, transporte de tropas en apoyo de su derecho, gritando Ares* <sup>12</sup> *con todas sus fuerzas y de corazón. Parecían buitres que con inmenso dolor por sus crías giran y* 50 *giran surcando el aire sobre sus nidos con remos de alas, por haber resultado trabajo perdido la vigilancia que desplegaron en torno del nido de sus polluelos* <sup>13</sup>, *pero que al oír en las alturas Apolo* <sup>14</sup>, *Pan* <sup>15</sup> *o Zeus* <sup>16</sup> *el penetrante* 55 *lamento de los graznidos de estos vecinos, envía una Erinis contra los culpables. Del mismo modo el poderoso Zeus,* 60 *protector de quienes son hospitalarios* <sup>17</sup>, *envía a los hijos de Atreo contra Alejandro* <sup>18</sup> *por una mujer que lo ha sido*

<sup>7</sup> Se usa un término jurídico, concibiendo la guerra de Troya como un litigio.

<sup>8</sup> Rey de Troya.

<sup>9</sup> Rey de Esparta, hermano de Agamenón y esposo de Helena.

<sup>10</sup> Rey de Micenas; pero en esta tragedia se presenta como rey de Argos.

<sup>11</sup> Habitantes de Argos, en el Peloponeso.

<sup>12</sup> Metonimia: «guerra».

<sup>13</sup> Comparación de corte homérico que alude al rapto de Helena por Paris, causa de la guerra de Troya.

<sup>14</sup> Es un dios hijo de Zeus y Leto, y hermano de Artemis. Hera, la diosa esposa de Zeus, perseguía por celos a Leto, que se refugió en una isla —Ortigia o Asteria—, donde dio a luz a sus dos hijos.

<sup>15</sup> Dios de los pastores y de los rebaños.

<sup>16</sup> La deidad más importante del panteón olímpico.

<sup>17</sup> Menelao y Paris estaban relacionados por los sagrados vínculos de la hospitalidad. Lo que aprovechó abusivamente Paris para seducir a la esposa de Menelao.

<sup>18</sup> Paris es denominado, indistintamente, con este nombre o con el de Alejandro.

de muchos maridos <sup>19</sup>. Numerosos combates que extenuan  
65 los miembros —la rodilla apoyada en el polvo y rota la  
lanza en el preludio del sacrificio <sup>20</sup>— impondrá por igual  
a los dánaos <sup>21</sup> y a los troyanos <sup>22</sup>.

Las cosas ahora están como están y acabarán en lo que  
ya ha decretado el destino. Ni encendiendo el fuego para  
70 el sacrificio ni derramando libaciones podrá calmarse la  
inflexible ira que denota la ofrenda no consumida por la  
llama <sup>23</sup>.

Como nosotros no pudimos aportar nuestra ayuda por  
la vejez de nuestras carnes, sino que fuimos eximidos de  
la expedición vengadora de entonces, aquí quedamos, apo-  
75 yando en el báculo nuestra poca fuerza, ya tan débil como  
la de un niño, porque a la savia infantil que brinca dentro  
del pecho le pasa como a la vejez: no tiene en ella Ares  
su puesto <sup>24</sup>. Del mismo modo, la extrema vejez de un  
80 follaje ya del todo seco avanza con sus tres pies por los  
caminos y anda de un lado a otro no con mayor facilidad  
que un niño pequeño, como la imagen de algo soñado que  
se presentase en pleno día.

85 Pero tú, hija de Tindáreo, reina Clitemestra, ¿qué  
necesidad te está apremiando? ¿Qué novedad hay? ¿De qué  
has oído hablar? ¿Qué mensaje ha influido en tu ánimo  
para que des órdenes de ofrecer sacrificios por todas par-  
tes? Todos los dioses de nuestra ciudad, los de las alturas,  
90 los subterráneos, los de nuestras puertas y nuestras plazas

tienen ardiendo sus altares con las ofrendas. Acá y allá  
se eleva hacia el cielo la llama que avivan los suaves estí-  
mulos exentos de engaño del sagrado aceite y la ofrenda <sup>25</sup>  
sacada del fondo del palacio real. Dime de eso lo que sea  
posible y a la vez lícito, y con tus palabras tórnate médico  
de este cuidado que ahora tan pronto termina en angustia <sup>100</sup>  
como saca esperanza de esos sacrificios que haces brillar,  
con la que aleja la insaciable inquietud que corroe mi  
alma.†

#### Estrofa 1.<sup>a</sup>

Dueño soy yo de cantar el mando ejercido por hombres  
en pleno vigor en virtud de felices augurios propicios a  
la expedición —que todavía la ancianidad que he alcanza-  
do por voluntad de las deidades inspira persuasión a la <sup>105</sup>  
fuerza de mis canciones— y cómo al poder de doble tro-  
no <sup>26</sup> de los aqueos <sup>27</sup>, concorde caudillaje de la helénica <sup>110</sup>  
juventud, con lanza y brazo vengador, contra la tierra teu-  
cra <sup>28</sup> lo envió el bélico augurio de un ave: dos reinas de  
las aves <sup>29</sup> —negra la una y de blanca cola la otra— se <sup>115</sup>  
aparecieron a los reyes de nuestros navíos muy cerca del  
palacio, del lado de la mano que blande la lanza <sup>30</sup> en un  
lugar muy destacado. Estaban devorando una liebre preña-  
da con su gravidez, tras haberle cortado su última carrera. <sup>120</sup>

<sup>19</sup> Sucesivamente fue esposa de Menelao, Paris y Deifobo.

<sup>20</sup> De la vida del combatiente.

<sup>21</sup> La fundación de Argos se atribuía a Dánao. De aquí, el gentilicio.

<sup>22</sup> Este gentilicio deriva de Tros, hijo de Erictonio y nieto de Dárdano.

<sup>23</sup> No consumirse la ofrenda en el fuego es prueba de que los dioses rechazan el sacrificio.

<sup>24</sup> Esto es, no sirve para la guerra.

<sup>25</sup> Con frecuencia compuesta de miel, harina y aceite.

<sup>26</sup> Agamenón y Menelao.

<sup>27</sup> Con este gentilicio alude Homero, pero en concurrencia con otros —dánaos, argivos—, al conjunto de los griegos. En la época clásica se limita a los habitantes de la Argólida.

<sup>28</sup> Troya, cuya familia real se inició con Teucro.

<sup>29</sup> Dos águilas.

<sup>30</sup> La mano derecha.

*Entona un canto de duelo, un canto de duelo; pero que el bien consiga triunfar.*

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

Cuando lo vio el sabio adivino de los ejércitos, reconoció en las belicosas devoradoras de la liebre a los dos Atridas, diferentes en el talante, caudillos con mando supremo, y dijo así explicando el prodigio: «Con el tiempo conquistará la ciudad de Priamo<sup>31</sup> esta expedición, y todos los numerosos ganados acumulados por sus habitantes tras de sus torres los va a saquear la Moira por la violencia. Sólo hay un peligro: que la irritación de los dioses llegue a sumir en la obscuridad ese gran freno que se pondrá a Troya<sup>32</sup> forjado por nuestros ejércitos, pues la pura Ártemis, por compasión, está irritada con los alados perros de su padre<sup>33</sup> porque han dado muerte a la misera liebre con su preñez antes del parto<sup>34</sup> y odia ese festín de las águilas.

»Entona un canto de duelo, un canto de duelo; pero que el bien consiga triunfar.

Epodo.

140 »Como es tan bondadosa la Bella<sup>35</sup> con los cachorros que ni andar pueden de los fieros leones y disfruta tanto con las mamantonas crías de todas las fieras del campo,

<sup>31</sup> Troya, cuyo rey, a la sazón, era Priamo.

<sup>32</sup> Se compara a Troya con un caballo.

<sup>33</sup> El águila es el ave consagrada a Zeus: Simbolizan aquí a los dos Atridas.

<sup>34</sup> Como diosa de la caza, Ártemis no puede ver con buenos ojos el proceder de las águilas.

<sup>35</sup> Ártemis.

me pide que haga la interpretación de este portentoso presagio que en parte nos es favorable, pero adverso en otro sentido. Invoco a Peán salvador<sup>36</sup>, para que la diosa no envíe a los dánaos unos vientos contrarios que retengan las naves y les impidan por tiempo infinito la navegación, y manifieste así su exigente deseo de un sacrificio diferente<sup>37</sup>, impío, en cuyo festín tampoco es lícito participar, autor de querellas en el seno de la familia, que entrañará incluso la pérdida del respeto al marido<sup>38</sup>, pues queda en pie una espantosa, dispuesta siempre a alzarse de nuevo, perversa regidora de la estirpe, la saña de buena memoria y vengadora de una hija<sup>39</sup>».

Junto a grandes bienes, tal fue el funesto destino que gritó Calcante<sup>40</sup> para la casa real, interpretando al mismo tiempo augurios favorables a la expedición.

Acorde con ello, entona un canto de duelo, un canto de duelo; pero que el bien consiga triunfar.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Zeus, quienquiera que sea, si así le place ser llamado, con este nombre yo lo invoco.

Ninguna salvación me puedo imaginar, al sopesarlo todo con cuidado, excepto la de Zeus, si esta inútil angustia debo expulsar de verdad de mi pensamiento.

<sup>36</sup> Epíteto aplicado a Apolo, a quien el adivino suplica que interceda ante su hermana Ártemis.

<sup>37</sup> El de Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemestra.

<sup>38</sup> La interpretación del adivino alcanza hasta la muerte de Agamenón a manos de Clitemestra.

<sup>39</sup> Predicción de la causa alegada por Clitemestra para asesinar al marido: vengar la muerte de Ifigenia.

<sup>40</sup> Adivino de la hueste griega que marchó contra Troya. Por su padre, Téstor, descendía de Apolo.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

Ni siquiera de aquel que antes fue grande <sup>41</sup> y que audacia sobrada tenía para luchar solo contra todos, ni siquiera de él se dirá que un día existió. El que después hubo nacido <sup>42</sup> desapareció al tropezar con un vencedor definitivo <sup>43</sup>. Así que, si alguno entona cantos triunfales en honor de <sup>170</sup> Zeus, conseguirá la perfecta sabiduría. <sup>175</sup>

Estrofa 3.<sup>a</sup>

Porque Zeus puso a los mortales en el camino del saber, cuando estableció con fuerza de ley que se adquiriera la sabiduría con el sufrimiento. Del corazón gotea en el <sup>180</sup> suelo una pena dolorosa de recordar e, incluso a quienes no lo quieren, les llega el momento de ser prudentes. En cierto modo es un favor que nos imponen con violencia los dioses desde su sede en el augusto puente de mando.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

<sup>185</sup> Y entonces el caudillo mayor <sup>44</sup> de las naves aqueas, sin hacerle reproches al adivino, cedió a los golpes de la mala suerte, cuando las tropas aqueas sufrían el agobio de no poder hacerse a la mar, con el consiguiente consumo <sup>190</sup> excesivo de víveres, enfrente de Cálcida <sup>45</sup>, en las rompientes de Áulide <sup>46</sup>.

Estrofa 4.<sup>a</sup>

Del Estrimón vinieron los vientos que originaron infaustas demoras, hambre y peligro para los anclajes, la

dispersión de las dotaciones, sin perdonar tampoco naves <sup>195</sup> y amarras, que alargaban el tiempo de la tardanza, y con el desgaste producido por la dilación iban fatigando a la flor del ejército aqueo.

Pero después un remedio más grave para los jefes <sup>47</sup> <sup>200</sup> que la dureza del temporal gritó el adivino apoyándose en Ártemis, hasta el punto de que los Atridas con sus centros golpearon la tierra sin poder contener el llanto.

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

Entonces el mayor de los reyes habló y dijo así: «Grave <sup>205</sup> destino lleva consigo el no obedecer, pero grave también si soy muerte a mi hija —la alegría de mi casa— y mancho mis manos de padre con el chorro de sangre <sup>210</sup> al degollar a la doncella junto al altar. ¿Qué alternativa está libre de males? ¿Cómo voy yo a abandonar la escuadra y a traicionar con ello a mis aliados? Sí, lícito es desear con intensa vehemencia el sacrificio de la sangre de una <sup>215</sup> doncella para conseguir aquietar los vientos. ¡Que sea para bien!».

Estrofa 5.<sup>a</sup>

Y cuando ya se hubo uncido al yugo de la ineluctable necesidad, exhaló de su mente un viento distinto, impío, impuro, sacrílego, con el que mudó de sentimientos y con <sup>220</sup> osadía se decidió a todo, que a los mortales los enardece la funesta demencia, consejera de torpes acciones, causa primera del sufrimiento. ¡Tuvo, en fin, la osadía de ser el inmolador de su hija, para ayudar a una guerra vengadora <sup>225</sup> de un raptó de mujer y en beneficio de la escuadra!

<sup>41</sup> Urano, derrocado por Crono.

<sup>42</sup> Crono, derrocado por Zeus.

<sup>43</sup> Zeus.

<sup>44</sup> Agamenón, que tiene más edad que Menelao.

<sup>45</sup> En Eubea.

<sup>46</sup> En Beocia.

<sup>47</sup> El sacrificio de Ifigenia.



Antístrofa 5.<sup>a</sup>

Ni súplicas ni gritos de «padre», ni su edad virginal  
230 para nada tuvieron en cuenta los jefes, ávidos de comba-  
tir.

Tras la plegaria, como ella estaba arrebujaada en sus  
vestidos y agarrándose al suelo con toda su alma, ordenó  
el padre a los que eran sus ayudantes en el sacrificio que  
la levantarán y la pusieran sobre el altar, como si fuera  
235 una cabritilla, y que con una mordaza sobre su bella boca  
impidieran que profiriese una maldición contra su familia,

Estrofa 6.<sup>a</sup>

utilizando la violencia y la brutalidad de un freno que  
no le dejara hablar.

Y mientras ella soltaba en el suelo los colores del aza-  
240 frán<sup>48</sup>, iba lanzando a cada uno de los sacrificadores el  
dardo de su mirada, que incitaba a la compasión. Daba  
la sensación de una pintura que los quisiera llamar por  
245 sus nombres, pues muchas veces había cantado en el salón  
de los varones en que su padre invitaba a la mesa a menu-  
do, y, virginal, con su voz pura, honraba cariñosamente  
el fausto peán de su amado padre tras la tercera libación<sup>49</sup>.

Antístrofa 6.<sup>a</sup>

Lo que ocurrió a partir de ese momento ni lo vi ni  
lo voy a contar, pero el arte profético de Calcante no care-  
ció de cumplimiento.

<sup>48</sup> Los vestidos, de color de azafrán.

<sup>49</sup> Después de la comida se hacían tres libaciones: a los dioses olímpicos, a héroes y a Zeus Salvador. A continuación se entonaba una canción con la que empezaba el simposio —tertulia de sobremesa— en el que se bebía, se gozaba de la música o espectáculos de danza, y se departía sobre temas varios.

Justicia facilita el aprender a quienes han sufrido<sup>50</sup>, 250  
y lo que ocurra en el futuro, cuando haya sucedido, tú  
lo podrás oír. Váyase en buena hora hasta que llegue el  
caso. Pero es igual llorarlo antes que ocurra, pues ha de  
venir con toda claridad con los primeros rayos de la aurora.  
¡Ojalá haya un feliz resultado en estos sucesos 255

(Se abre la puerta del palacio y sale  
Clitemestra.)

como lo desea ésa a quien más de cerca le toca, fortaleza  
que es defensora única del país de Apis!

CORIFEO. — Vengo, Clitemestra, a rendir homenaje a  
tu poderío, pues es de justicia honrar a la esposa del sobe-  
rano, cuando está ausente del trono el varón. 260

Tanto si estás ocupándote de hacer sacrificios por ha-  
ber recibido buenas noticias, como si sólo lo haces con  
la esperanza de recibirlas, lo escucharé con alegría, pero  
tampoco me quejaré, si te lo callas.

CLITEMESTRA. — Como portadora de buenas noticias,  
conforme al proverbio, nazca la aurora de su madre la no- 265  
che.

Vas a enterarte de una alegría que sobrepasa cuanto  
tú esperarás oírme: sí; los argivos ya han conquistado la  
ciudad de Priamo.

CORIFEO. — ¿Cómo dices? Se me ha escapado el alcan-  
ce de tus palabras, porque es increíble.

CLITEMESTRA. — ¡Que Troya es ya de los aqueos! ¿Ha-  
blo con claridad?

CORIFEO. — La alegría me invade y al mismo tiempo 270  
me arranca lágrimas.

<sup>50</sup> Justicia, personificada en una deidad.

CLITEMESTRA. — Sí. Tus ojos delatan que tienes buenos sentimientos.

CORIFEO. — ¿Y qué es lo que hace creerlo? ¿Tienes garantía de que es verdad?

CLITEMESTRA. — La tengo — ¿por qué no?—, a menos que un dios me haya engañado.

CORIFEO. — ¿Acaso estás concediendo importancia a persuasivas visiones de sueños?

275 CLITEMESTRA. — No aceptaría yo la ilusión de una mente que está soñolienta.

CORIFEO. — ¿Cebó, entonces, tu seguridad una noticia carente de alas? <sup>51</sup>.

CLITEMESTRA. — Te has mofado de mi inteligencia como si yo fuera una niña chica.

CORIFEO. — ¿Y en qué momento ha quedado arrasada esa ciudad?

CLITEMESTRA. — Te contesto: la noche pasada, la que ha dado lugar a este día.

280 CORIFEO. — ¿Y quién podría llegar a anunciarlo tan pronto?

CLITEMESTRA. — Hefesto <sup>52</sup>, enviando un brillante fulgor desde el Ida <sup>53</sup>. Desde el fuego que fue el primero en dar la noticia, cada hoguera fue enviando otra hoguera hasta aquí: el Ida al Hermeo, monte de Lemnos <sup>54</sup>. En tercer lugar, recibió de esta isla una gran hoguera la altura <sup>55</sup> de Atos consagrada a Zeus, y se elevó por aquellas altu-

<sup>51</sup> Para extenderse por la ciudad.

<sup>52</sup> Metonimia: «el fuego o la llama del fuego».

<sup>53</sup> Monte próximo a Troya.

<sup>54</sup> Isla al N. del Mar Egeo.

<sup>55</sup> Montaña situada en el extremo de la lengua de tierra de la Península Calcídica, sobre el Mar Egeo.

ras, como para venir por encima del mar para nuestro gozo, el vigor de la antorcha viajera (...), y la ardiente resina del pino dio aviso a los vigías del monte Macisto <sup>56</sup> con la brillantez de un dorado fulgor semejante al del sol. No se anduvo en demoras el monte, ni vencido del sueño <sup>290</sup> de modo insensato pasó por alto la parte que a él le tocaba en el mensaje, antes, al contrario, llegó allá lejos la luz de su hoguera, hasta las corrientes del Euripo <sup>57</sup> y dio la señal a los centinelas de Mesapio <sup>58</sup>. Estos encendieron, a su vez, otra hoguera, para que la señal siguiera adelante, <sup>295</sup> prendiéndole fuego a un montón de brezo ya seco. La vigorosa llama, sin apagarse siquiera un momento, franqueó de un salto las tierras bajas del río Asopo <sup>59</sup>, como luna resplandeciente, hasta la roca del Citerón <sup>60</sup> y provocó un nuevo relevo del fuego encargado de traer la noticia. El puesto de guardia no descuidó el encender una luz que <sup>300</sup> llegara a lo lejos, más intensa aún de lo que se le había ordenado. Y la luz cruzó por encima del lago Gorgopis <sup>61</sup> y alcanzó hasta el monte Egiplanto <sup>62</sup>, donde incitó a <sup>305</sup> no omitir† la orden que había de encender un fuego. Lo encendieron con ardor diligente y enviaron una enorme barba de fuego †como para sobrepasar, iluminándolo, el promontorio desde cuya cumbre se divisa el golfo Sarónico† <sup>63</sup>. Luego saltó y al punto llegó al monte Aracneo <sup>64</sup>, puesto

<sup>56</sup> En Eubea.

<sup>57</sup> Estrecho entre la isla de Eubea y la costa este de la península griega.

<sup>58</sup> Monte de Beocia.

<sup>59</sup> En la parte sur de Beocia.

<sup>60</sup> En la frontera de Beocia con el Ática.

<sup>61</sup> En territorio de Mégara.

<sup>62</sup> Entre Megara y Corinto.

<sup>63</sup> Cerca de Trezén, en Argólida.

<sup>64</sup> En la Argólida.

310 de observación ya vecino a nuestra ciudad, y a continuación alcanzó esta morada de los Atridas esa luz que no deja de ser descendiente del fuego prendido en el Ida. Tales eran mis instrucciones a los portadores de las antorchas: cada uno releve al otro, y vence el primero y el último en esta carrera. Y tal garantía y señal te digo de que  
315 desde Troya mi esposo me dio la noticia.

CORIFEO. — Mujer, mi plegaria a los dioses en acción de gracias más tarde la haré. Ahora quisiera escuchar tu relato sin interrupción y llenarme de admiración conforme tú vayas hablando de nuevo.

320 CLITEMESTRA. — En el día de hoy ya los aqueos son dueños de Troya. Pienso que en esa ciudad se echan de ver voces que no son concordes. Si en la misma vasija pusieras vinagre y aceite, les podrías llamar enemigos, porque cada uno se mantiene aparte del otro. Del mismo modo es posible oír en sentido distinto las voces de los conquistados y sus vencedores, por el doble valor del suceso.  
325 De un lado, gente que se abraza en el suelo a los cadáveres de los maridos y los hermanos, o hijos que hacen lo propio a los cuerpos de quienes los engendraron y ya eran ancianos† y todos hacen salir de su cuello, que ya ha perdido la libertad, gemidos por la muerte de sus seres más queridos.

330 Por su parte, a los otros, la fatiga de haber andado de acá para allá durante la noche tras la batalla, los ende-  
reza a saciar su hambre con la comida que haya en la ciudad, sin ningún indicio de organización, sino cada cual conforme a la suerte que al azar le tocó. (Y) en las prisione-  
335 ras casas troyanas habitan ya, libres de las heladas a la intemperie y de la escarcha, y como gente que tiene prosperidad dormirán la noche entera sin tener que hacer guardia.

Si con piedad veneran a los dioses protectores del país conquistado y los templos de esas deidades, no se tor- 340  
narán en el futuro de conquistadores en conquistados. Pero antes me temo que incurra el ejército en el deseo de devastar lo que no se debe, dominado por ansia de lucro, pues todavía es preciso que den la vuelta para hacer hacia atrás la segunda mitad de la carrera <sup>65</sup>, que constituye la salvación del regreso a sus casas.

Pero si consiguiera venir el ejército por no haber ofen- 345  
dido a los dioses, ni sucedieran imprevistas desgracias, aún quedaría despierto el sufrimiento por los que han muerto.

Esto es lo que de mí, una mujer, estás oyendo. ¡Que el bien logre el triunfo como para verlo sin duda ninguna, que, de entre muchos bienes posibles, ya he escogido esta 350  
ventaja! <sup>66</sup>.

CORIFEO. — Hablas, mujer, con sensatez, como lo haría un prudente varón. Así que yo, como ya he escuchado tus fidedignas pruebas, me dispongo a invocar a los dioses del modo apropiado, pues se nos ha concedido un favor que bien merece el pago de nuestro esfuerzo.

CORO. — ¡Oh Zeus Rey, y Noche <sup>67</sup> amiga que nos 355  
has deparado una gloria tan grande, que echaste una red en la que cayeran las torres de Troya de modo que nadie, ni grande ni chico pudiera escapar <sup>68</sup> de las fuertes mallas 360  
de la esclavitud, de un castigo al que todos están sometidos!

<sup>65</sup> Comparación con la carrera de competición deportiva en el estadio. Alusión a la temática de los *Nástoi*.

<sup>66</sup> Veladas alusiones a la muerte de Ifigenia y al crimen que Clitemestra prepara.

<sup>67</sup> La Noche es hija de Caos y madre, entre otros, del Éter y del Día.

<sup>68</sup> Metáfora del arte de la pesca.

Venero al grandioso Zeus protector de los huéspedes<sup>69</sup>, al autor de esta hazaña, que contra Alejandro largo tiempo estuvo tensando su arco, para que ni antes del punto que era oportuno, ni por encima de las estrellas se clavara, inútil, el dardo.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

Pueden decir que la herida es de Zeus. Es posible inferir la certeza de esta afirmación: actuó tal cual decidió. Alguien dijo que las deidades no se dignan siquiera cuidarse de los mortales que pisotean el honor de lo inviolable. No era ése un hombre piadoso. † La maldición se revela en los frutos † de las ilícitas osadías † de quienes se muestran más orgullosos de lo que es justo, cuando en exceso sus casas rebosan sobrepasando la medida óptima. Tenga sin daño la riqueza, de modo que pueda bastarle, quien por su suerte ha logrado la sabiduría, pues no es un baluarte la riqueza para el varón que por buscar la saciedad da un puntapié al grandioso altar de la Justicia, para hacerla desaparecer.

Antistrofa 1.<sup>a</sup>

Lo fuerza la insistente Persuasión<sup>70</sup>, irresistible hija del Error que actúa de consejero, y todos los remedios resultan inútiles. No queda entonces oculta la maldad, sino que se presenta ante los ojos con una luz de resplandor terrible. Lo mismo que acontece con un bronce de mala calidad,

<sup>69</sup> El rapto de Helena es más grave por haberlo perpetrado un huésped. Por eso, el Coro se dirige a Zeus con la advocación de «Zeus protector de los huéspedes».

<sup>70</sup> Personificada en una ciudad menor, hija, según se dice aquí, del Error (Ate). A veces se la presenta acompañando a Afrodita (cf. *Supl.* 1040).

que se va ennegreciendo a fuerza del uso y los golpes, así le ocurre al hombre injusto al verse sometido a la justicia —porque es cual un niño que persigue a un pájaro que vuela— y echa sobre su pueblo insoportable oprobio. No escucha sus plegarias ninguno de los dioses, que la deidad castiga al hombre que es injusto por frecuentar el crimen.

Así también fue Paris, que vino a la morada de los hijos de Atreo y deshonoró la mesa de su huésped robándole la esposa.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Ella dejó tras sí, a sus conciudadanos, combates con escudos y con lanzas, y el tener que equipar una escuadra, mientras que como dote llevó a Ilio la destrucción; pues, cuando con rapidez salió a través de su puerta, tuvo la audacia de realizar una acción que no es tolerable.

Mucho gemían al decir esto los adivinos de este palacio: «¡Ay, ay del palacio! ¡Ay del palacio y de sus príncipes! ¡Ay del lecho y las huellas de pasos en pos del amor de un hombre! Se pueden ver los silencios de quien se aparta de todo lleno de dolor, signos éstos de su honra herida, pero sin expresión de reproche. Por la nostalgia de la que está más allá del mar, parecerá que un fantasma reina en palacio.

»La gracia de las bellas estatuas le resulta odiosa al marido<sup>71</sup>, y en el vacío de su mirada está ausente toda Afrodita<sup>72</sup>.

<sup>71</sup> Cualquier manifestación de la belleza le displace por recordarle a Helena.

<sup>72</sup> Esto es, todo otro amor que no sea el de Helena.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

420 »Hay en sus sueños apariciones que le hacen sufrir, que sólo le traen una vana alegría, pues cuando está viendo  
425 lo que cree que es su bien, la visión se le escapa inmediatamente de entre los brazos, luego de haberse esfumado sin realidad en la compañía de los alados caminos del sueño.»

Éstos son los dolores que pesan sobre el hogar de este palacio y otros incluso más graves que éstos. En cuanto  
430 al conjunto del pueblo, en cada morada se advierte un duelo que el alma lacera por los que partieron de la tierra de Helén<sup>73</sup>. Muchas son las desdichas que hieren el corazón.  
435 Cada cual sabe a qué familiares dio la despedida, pero en vez de hombres vuelven a la casa de cada uno urnas y cenizas.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

Ares, el dios que cambia por oro cadáveres<sup>74</sup>, el que en el combate con armas mantiene en el fiel la balanza,  
440 manda desde Ilio a los deudos de los combatientes, en lugar de hombres, un penoso polvo incinerado, llenando y llenando calderos con la ceniza bien preparada.

445 Y gimen sin tregua mientras elogian al guerrero muerto: a éste porque era diestro en el combate; a aquél porque cayó gloriosamente en la matanza de una guerra ¡por la  
450 esposa de otro! Todos lo gruñen en voz baja, y un dolor rencoroso se va difundiendo clandestinamente contra los

<sup>73</sup> De Grecia. Helén es hijo de Deucalión —o de Prometeo, según otro mito—. De él descienden todas las razas griegas. De su unión con la ninfa Orseis nacieron Doro, Juto y Eolo, cabezas respectivamente de dorios, jonios y eolios. El mito, como se ve, recoge la idea de unidad de raza y cultura.

<sup>74</sup> El precio del botín obtenido en Troya son los muertos en la guerra.

Atridas, los promotores de la venganza. Otros, en fin, allí mismo, en torno a los muros de la tierra de Ilio, con sus cuerpos intactos<sup>75</sup>, tienen sus tumbas. Tierra enemiga ha  
455 cubierto a quienes la estaban conquistando.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

Cosa grave es la voz de unos ciudadanos que sienten rencor. El gobernante paga la deuda cuando la maldición del pueblo se cumple. Mi angustia espera escuchar algo aún oculto por las tinieblas, que a los autores de tantas  
460 muertes no dejan de verlos los dioses, y con el tiempo las negras Erinis, al que ha ido teniendo fortuna feliz, pero al margen de la justicia, mediante un cambio de la  
465 fortuna que arruina su vida, lo sumen en la obscuridad, pues no tiene fuerza para defenderse el que se encuentra ya entre los muertos. Gozar de una fama desmedida es algo muy grave, que el rayo de Zeus alcanza la casa de  
470 la gente así.

Prefiero un bienestar que no provoque envidia. ¡Nunca sea yo destructor de ciudades! ¡Ni, prisionero, vea mi vida sometida a otro!

## Epodo.

—A consecuencia de ese fuego portador de buenas no-  
475 ticias, un rumor recorre veloz la ciudad. Pero ¿quién sabe si eso es verdad o, en cierta medida, sólo un engaño de la deidades?

—¿Quién es tan pueril o tiene un juicio tan tocado, que enardezca su corazón por los recientes mensajes de  
480 una llama, para después sufrir si cambia el cuento?

<sup>75</sup> Sin haber sido incinerados.

—Propio de una mujer investida de autoridad es dejarse arrastrar por la alegría antes de que el suceso se manifieste en la realidad.

485 —Crédulo en exceso, el corazón femenino se deja ganar fácilmente al conmoverse con rapidez; pero también, con vida corta, perece el rumor propagado por una mujer.

(Se acerca un heraldo.)

CLITEMESTRA. — Pronto sabremos si dicen verdad esos 490 relevos de teas portadoras de luz y las luminosas señales del fuego o si, a modo de un sueño, este grato fulgor que ha venido engañó nuestra mente. Porque estoy viendo que, de la parte de la costa, viene un heraldo coronado con ramos de olivo <sup>76</sup>. El polvo sediento, hermano del barro <sup>77</sup> 495 me atestigüa esto: que dará noticias, pero no sin voz ni con humo de fuego encendiendo una hoguera con leña en el monte, sino que al hablar nos dirá una alegría 500 mayor... —descarto un relato contrario a ése, pues ¡ojalá que al bien ya aparecido venga a sumarse un nuevo bien!

CORIFEYO. — ¡Y quien de otra forma haga votos para esta ciudad, que recoja él los frutos del error de su pensamiento!

(Entra a escena un heraldo.)

HERALDO. — ¡Oh suelo patrio de mi tierra argiva! he llegado a ti con esta luz del amanecer después de diez años 505 y he conseguido el cumplimiento de una sola esperanza entre otras muchas que me fallaron! ¡Nunca podía yo imaginar que moriría en tierra de Argos y que parte tendría

<sup>76</sup> En señal de que trae un mensaje fausto.

<sup>77</sup> El polvo que lo cubre es indicio de que viene de lejos, de Troya quizás.

en una tumba que era para mí la más amada! ¡Yo te saludo, tierra mía, y a ti, luz del sol, y al soberano de esta tierra —Zeus— y a ti, Señor Pitio <sup>78</sup>, que ya no lanzas 510 contra nosotros flechas con tu arco! ¡Bastante hostil nos fuiste ya junto al Escamandro <sup>79</sup>! ¡Sé, en cambio, ahora nuestro médico salvador, Señor Apolo! ¡También saludo a todos los dioses que presidían nuestras batallas <sup>80</sup> y a mi 515 protector Hermes, heraldo amado que es venerado por todo heraldo! <sup>81</sup>. ¡Y a los héroes <sup>82</sup> que nos despidieron cuando partimos! ¡Acoged propicios de nuevo al ejército que abandonó con vida la lanza! ¡Oh palacio de nuestros reyes, estancias amadas, augustas sedes <sup>83</sup> y deidades que miráis hacia el sol <sup>84</sup>, acoged con honor, como antaño ha- 520 ciais, a nuestro Rey con esos rostros radiantes de alegría tras largo tiempo!

Sí, porque el rey Agamenón viene portando una luz que brilla en la noche al mismo tiempo para bien vuestro y el de todos los que aquí están. Saludadlo con gozo, pues lo merece, que arrasó a Troya con la piqueta de Zeus Ven- 525 gador, mediante la cual fue conquistado el suelo de Troya.

Ya no hay en ella rastro de altares ni templos de dioses, y la semilla de todo el país ha perecido. Luego de haber impuesto a Troya un yugo tan duro, ya está llegan-

<sup>78</sup> Apolo, que ayudó a los troyanos en la guerra.

<sup>79</sup> Río de Troya.

<sup>80</sup> La *Iliada* cuenta la intervención de los dioses en favor de cada ejército.

<sup>81</sup> Hermes, heraldo de Zeus, es el patrón de los heraldos.

<sup>82</sup> Los más célebres, enterrados en el país y venerados como protectores de la ciudad.

<sup>83</sup> Los altares de los dioses que hay delante del palacio.

<sup>84</sup> Las estatuas de los dioses que hay ante la fachada del palacio, orientadas hacia el E.

do nuestro soberano, el mayor de los hijos de Atreo, venturoso varón. Es el más digno de ser honrado entre todos los hombres de hoy, pues ni París ni su ciudad entera se ufanan ya de que su ofensa fuera más grande que el sufrimiento de su castigo, ya que se vio condenado a sufrir la pena por el rapto <sup>85</sup> y el robo <sup>86</sup>: perdió su botín y arrasó su propio país y casa paterna con una total carnicería. Doble han pagado su crimen los hijos de Priamo.

CORIFEO. — ¡Alegría, heraldo que vienes de parte del ejército aqueo!

HERALDO. — Alegre estoy. Ya no me importa morir, si place a los dioses.

540 CORIFEO. — ¿Te atormentó el deseo de esta tu tierra patria?

HERALDO. — Tanto, que de alegría ahora lloran mis ojos.

CORIFEO. — Estabais heridos de nuestra misma grata dolencia.

HERALDO. — ¿Cómo dices? Si me lo explicas, me adueñaré de tu respuesta.

CORIFEO. — Estabais heridos por el amor de quienes también os amaban.

545 HERALDO. — ¿Quieres decir que este país sentía añoranza por el ejército que lo añoraba?

CORIFEO. — Hasta gemir con frecuencia desde lo hondo de mi corazón sumido en el duelo.

HERALDO. — ¿De dónde os venía esa penosa tristeza [por el ejército]?

CORIFEO. — Ha tiempo que tengo el callar por medicina de mi desgracia.

<sup>85</sup> De Helena.

<sup>86</sup> De riquezas que París se llevó con Helena.

HERALDO. — ¿Y cómo? ¿Tenias miedo de alguien, al estar ausentes los reyes?

CORIFEO. — Hasta el punto que ahora, igual que tú dices, incluso haber muerto <sup>87</sup> sería para mí una gran alegría.

HERALDO. — Sí, se ha conseguido. Pero, al pasar un largo tiempo, de unos mismo sucesos puede decir alguno que fueron venturosos, y otro, a su vez, que fueron motivo de aflicción. ¿Quién, excepto los dioses, está libre de dolor todo el tiempo a través de los años?

¡Si yo os contara las fatigas, las noches al relente, el limitado espacio en la nave, la cama molesta...! ¿En qué momento del día nos faltó la ocasión de gemir? Pero luego, ya en tierra, hubo incluso un mayor horror: estaban nuestros lechos junto a los muros del enemigo; caía del cielo el rocío, y las humedades de las praderas que hay en la tierra iban goteando sobre nosotros, daño permanente para nuestra ropa, y nos llenaban el pelo de bichos.

¡Y si uno hablara del invierno, causa de muerte para las aves —¡qué insoportable nos lo hacía la nieve de Ida!—, o del calor, cuando en su lecho, al mediodía, cae el mar y duerme sin olas, sin que siquiera sople la brisa...!

¿Por qué lamentarlo? Pasaron las penas. Y una vez pasadas, a los que están muertos ya no les preocupa ni el que nunca de nuevo se pondrán en pie; y para nosotros, los que quedamos del ejército argivo, tiene mayor importancia el provecho obtenido, sin que lo mengüe aquel sufrimiento.

¿Qué necesidad hay de hacer la cuenta de los que murieron y que el vivo sufra por el rigor de la mala fortuna?

<sup>87</sup> Con esta expresión —haber muerto—, no siempre bien interpretada, introduce el Corifeo una vez más, ahora ante el Herald, su temor por los luctuosos sucesos que se avecinan.

Creo que es digno que nos alegremos por estos sucesos, porque es justo jactarnos a la luz de ese sol que vuela por encima de mares y tierras: «Luego que un día conquistó Troya el ejército argivo, dedicó este botín a los dioses en cada templo que hay en la Hélade, en testimonio de su antiguo esplendor.»

Quienes oigan tales hazañas deben elogiar a la ciudad y a sus caudillos. Y será honrado el favor concedido por Zeus, que fue quien hizo que así sucediera.

Ya has escuchado entero el relato.

CORIFEO. — No niego que he sido vencido por tus argumentos, pues siempre tiene el anciano facilidad para aprender de la juventud. Pero es lógico que interesen estas noticias, sobre todo al palacio y a Clitemestra, pero que a la vez a mí me enriquezcan.

CLITEMESTRA. — Ha tiempo que grité de alegría, cuando vino el primer mensajero nocturno del fuego a comunicarnos la conquista y destrucción de Troya. Pero hubo quien zahiriéndome dijo: «¿Crees tú que Troya ya está destruida y has dado crédito a una simple señal luminosa? ¡Cuán cierto es que lo que puede esperarse de una mujer es que se excite su corazón!»<sup>88</sup>

Con tales razones se me presentaba como un ser inestable. A pesar de todo, ofrecí sacrificios, a la vez que los hombres, con rito al parecer mujeril, unos desde un lado y otros desde otro, por toda la ciudad, lanzaban gritos de victoria entre clamores de buen augurio y, luego, en los templos de las deidades consumían la llama olorosa que devora las víctimas ofrecidas.

¿Qué falta hace que tú me digas más ahora? ¡Del propio Rey conseguiré saberlo todo!

<sup>88</sup> Cf. vv. 483 ss.

Voy a apresurarme con la mayor celeridad a recibir en su regreso a mi marido, merecedor de mi respeto, pues, para una esposa ¿qué luz más dulce de ver que ésta: abrirle la puerta al marido, cuando regresa de una campaña porque un dios lo salvó? Anúnciale esto a mi esposo: que venga lo más pronto que le sea posible, que el pueblo lo ama, que, cuando llegue, encontrará en su palacio una esposa fiel, tal cual la dejó, un perro guardián de su casa, leal con él y hostil con los que mal lo quieren, y del mismo modo en todo lo demás, y que ningún sello<sup>89</sup> ha roto a lo largo de un tiempo de ausencia tan prolongado, que ni el placer de otro hombre ni habladurías sobre mi honra conozco más que el oficio de dar brillo al bronce. Esta jactancia llena de verdad no constituye ningún deshonor decirlo en voz alta para una mujer que tiene nobleza.

*(Clitemestra entra en palacio.)*

CORIFEO. — Así †ha hablado† ella †para ti, conforme lo entiendes, †discurso †especioso para agudos intérpretes. †

Pero dime, heraldo; te pregunto si Menelao está de regreso, y sano y salvo vuelve con vosotros el amado príncipe de este país.

HERALDO. — No existe modo de que yo te cuente hermosas mentiras para que mis amigos saquen de ellas provecho por largo tiempo.

CORIFEO. — ¿Cómo, entonces, podrías decirnos algo ventajoso que al mismo tiempo fuera verdad?

HERALDO. — Nuestro hombre desapareció del ejército aqueo, él y su nave. No digo mentira.

<sup>89</sup> De los que garantizaban la intangibilidad del tesoro regio.



CORIFEO. — ¿Se hizo a la mar desde Ilio ¡a la vista de todos! o lo separó de la escuadra una tormenta que alcanzó a toda la flota?

HERALDO. — Has dado en el blanco como un buen arquero. Con pocas palabras has expresado un desastre de gran duración.

630 CORIFEO. — ¿Y los rumores de otros navegantes le daban por vivo o por muerto?

HERALDO. — Nadie lo sabe como para poder decirlo con claridad, excepto el sol, que nutre el vigor de la tierra.

CORIFEO. — ¿Cómo dices que se abatió la tempestad 635 sobre nuestras fuerzas navales por el rencor de las deidades y cómo acabó?

MENSAJERO. — No es adecuado contaminar un día fausto con una lengua que anuncie malas noticias, que la honra debida a los dioses no es coincidente <sup>90</sup>. Cuando un mensajero con el rostro triste lleva a una ciudad el odioso 640 dolor de su ejército aniquilado —que una sola herida ha sufrido la ciudad entera, que de muchas casas han sido arrancados muchos guerreros por el doble látigo <sup>91</sup> tan grato a Ares, calamidad de doble punta, yunta sangrienta <sup>92</sup>—, 645 cargado de tales dolores, es adecuado que entone un peán en honor de las Erinis. Pero el mensajero de buenas noticias sobre sucesos de salvación que llega a una ciudad que es próspera y feliz... ¿de qué manera mezclaré yo lo que

<sup>90</sup> A unos dioses —a los del Olimpo— les corresponde recibir honores de los mortales en los momentos de alegría; a los dioses subterráneos, en cambio, en los sucesos luctuosos.

<sup>91</sup> Doble porque su azote produce a la vez un dolor doble: el familiar y el público.

<sup>92</sup> Ver nota anterior. Pero tanto aquí como allí, también puede aludir al dolor de ambos ejércitos.

es agradable con las desgracias, relatando la tempestad †que no sin la ira de las deidades hubieron de sufrir los aqueos?†

Sí, se conjuraron, a pesar de ser antes los más enemi- 650 gos, el fuego y el mar, y, en prueba de fidelidad, destruyeron la desdichada escuadra griega. En plena noche se había levantado el infortunio de un oleaje cruel. Los vientos de Tracia destrozaban las naves unas contra otras. Y corneándose por la furia del tifón y la violenta acometi- 655 da de la lluvia, fueron desapareciendo en el remolino que originaba ese mal pastor <sup>93</sup>, y al elevarse el resplandeciente fulgor del sol, vemos que el mar Egeo está floreciente con 660 los cadáveres de guerreros aqueos y restos de naves. A nosotros y a nuestra nave, con su casco intacto, la verdad es que un dios —no era ser humano— nos hurtó a la tormenta o rogó con súplicas nuestra salvación, luego de haber sujetado el timón. La diosa Fortuna salvadora, sintiendo amor <sup>94</sup> por nuestra nave, fue sentada en ella, de modo 665 que ni estando anclada pudiera sufrir violentos bandazos debido a las olas ni durante la travesía chocase con tierra rocosa. Luego de haber escapado del Hades marino, a lo largo del claro día, sin haber puesto aún nuestra confianza en la buena suerte, íbamos apacentando con el pensamiento el nuevo dolor de que la escuadra hubiera sufrido aquel 670 desastre y de que hubiera quedado miseramente destrozada. Si ahora alguno de aquéllos se encuentra vivo, dirá de nosotros que estamos muertos ¿cómo no?— y nosotros pensamos lo mismo de ellos. ¡Que llegue a ocurrir lo mejor!

Así que, en primer lugar y sobre todo, espera que ven- 675 ga Menelao. Si un rayo de sol va buscándolo vivo y aún

<sup>93</sup> La tormenta.

<sup>94</sup> A pesar de que Magien y Lacroix consideran que este valor de *philo* es tardío, nosotros lo consideramos adecuado en este texto de Esquilo.

con los ojos abiertos, con la ayuda de Zeus, que todavía no quiere aniquilar su estirpe, hay cierta esperanza de que a su morada regresará.

680 Luego de haber escuchado tan importantes noticias, sabe que estabas oyendo toda la verdad.

(Sale de escena.)

CORO.

Estrofa 1.

¿Quién le dio el nombre de Helena con absoluta verdad? ¿Acaso alguno a quien no vemos que con su previo  
685 conocimiento de lo dispuesto por el destino rige su lengua ajustada a esa suerte? Dio el nombre de Helena<sup>95</sup> a la casada que fue disputada, que causó la guerra. Luego fue, de modo adecuado a su nombre, destructora de barcos,  
690 de hombres y pueblos, que abandonando la delicia y riqueza de sus cortinajes, se hizo a la mar bajo el soplo del Céfiro de la tierra nacido<sup>96</sup>, y numerosos varones, cazadores armados de escudo, tras el rastro invisible de los re-  
695 mos, arribaron a las frondosas riberas del Simunte<sup>97</sup>, debido a sangrienta Discordia<sup>98</sup>.

<sup>95</sup> Por falsa etimología, Helena vendría a significar «destructora de naves».

<sup>96</sup> Seguimos la interpretación de H. W. Smyth. Por nuestra parte, pensamos que Esquilo, tan dado a las etimologías, utiliza la palabra *gigantos* referida a Céfiro, para expresar que se trata de un viento que sopla del Oeste, desde tierra griega.

<sup>97</sup> Afluente del río Escamandro.

<sup>98</sup> Deidad hermana de Ares. Su acción de lanzar la manzana «para la más hermosa» entre Hera, Atenea y Afrodita, que obtuvo esta última en el célebre «juicio de Paris», determinó el rapto de Helena y la guerra de Troya.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

La Ira<sup>99</sup> que lleva a término sus sentimientos hizo que a Ilio llegara un bien llamado parentesco político<sup>100</sup> 700 y con él el dolor<sup>101</sup>, haciendo pagar con el paso del tiempo y la ayuda de Zeus, defensor del hogar, la deshonra infligida a la mesa<sup>102</sup>, a los que honraron impiamente la can-  
ción en honor de los novios, canto de bodas que entonces 705 correspondió a los parientes cantar<sup>103</sup>. Pero en su lugar fue aprendiendo otro himno la ciudad de Priamo venerable por su antigüedad, un himno abundante en lamentos 710 que fue gimiendo a lo largo del tiempo, mientras a Paris llamaba «el del funesto lecho nupcial», †destructor de todas las cosas†, pues por su culpa soportó †una vida de llan- 715 to† por la infortunada sangre vertida †de sus ciudadanos†.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Igual que cuando un hombre cría en su casa un cachorrillo de león no amamantado del todo y aficionado aún a la ubre materna, que en los comienzos de su vida es 720 manso, trata con amor a los niños y sirve a los viejos de distracción —muchas veces alguien lo tiene en brazos como si fuera un niño de pecho, y él, mientras, dirige a la 725 mano sus ojos brillantes moviendo la cola impulsado por su vientre vacío—,

<sup>99</sup> De Zeus.

<sup>100</sup> La unión de Paris y Helena.

<sup>101</sup> Traducimos así, porque ambas ideas —parentesco político y dolor— las expresa Esquilo intencionadamente con una sola palabra —*kédos*—; en español hay que recurrir a una perífrasis.

<sup>102</sup> La hospitalidad de que gozó Paris en el hogar de Menelao.

<sup>103</sup> Los parientes de Paris intervienen en las ceremonias rituales de la boda de Paris y Helena, con lo que se hacen solidarios del crimen de adulterio.

Antístrofa 2.<sup>3</sup>

pero, luego que el tiempo pasa, demuestra el instinto que ha recibido de sus padres, y, a quienes lo criaron, les devuelve el favor con la calamidad de matar sus ovejas y se prepara un festín sin que nadie lo invite, con lo que la casa se inunda de sangre —dolor que no pueden sus habitantes combatir—, terrible azote causante de innumerables muertes. Un sacerdote de la Ruina que un dios ha enviado es lo que ha sido criado en la casa.

Estrofa 3.<sup>6</sup>

Podría decir que, al principio, a la ciudad de Troya llegó el espíritu de bonanza sin viento (y) el dulce ornato de la riqueza, el tierno dardo de la mirada, la flor del amor que muerde el corazón. Pero torció su camino y llevó a cabo la amarga consumación de la boda, la de funesta llegada y trato funesto para los hijos de Príamo, con la misión recibida de Zeus, protector de los huéspedes, una Erinis que hizo llorar a muchas esposas<sup>104</sup>.

Antístrofa 3.<sup>4</sup>

Hay acuñada una vieja sentencia dicha entre los hombres desde los tiempos más antiguos: «Cuando la prosperidad de un ser humano llega a ser grande, engendra hijos, no muere sin ellos, y de esa buena fortuna le brota a la estirpe insaciable miseria.»

Pero, aparte de lo que otros digan, yo tengo mi opinión personal: la acción impía engendra después otras muchas que son semejantes a su propia casta, pues el destino

<sup>104</sup> Igual que en el ejemplo del cachorrillo que llega a ser león, Helena une en sí misma el encanto con la Erinis que porta para castigo de Paris y los suyos.

de aquellas casas que se ajustan a la justicia es el de tener hijos honrados.

Estrofa 4.<sup>4</sup>

Mientras que una soberbia antigua suele engendrar una nueva soberbia más pronto o más tarde en los hombres malvados, cuando llega la hora fija del parto y una deidad contra la que no es posible combatir ni guerra, la sacrilega temeridad de la ceguera, luctuosa para los mortales, semejante a sus padres.

Antístrofa 4.<sup>2</sup>

Pero Justicia resplandece en las moradas manchadas de humo<sup>105</sup> y honra al varón que tiene medida; en cambio abandona, volviendo los ojos, las mansiones adornadas de oro con manos manchadas<sup>106</sup>, y pasa adelante hacia las pías, sin sentir respeto por el poder de la riqueza, destacado por la alabanza, y lo conduce todo a su fin.

(Entran en escena, en un carro, Agamenón y Casandra. Los acompaña numeroso séquito.)

¡Ea, mi Rey, conquistador de Troya, descendiente de Atreo! ¿cómo debo yo saludarte?, ¿cómo rendirte honores sin propasarme ni quedarme corto en el homenaje que se te debe? Muchos mortales estiman las apariencias con preferencia a la realidad, y así la justicia conculcan.

A lamentarse con el fracasado está dispuesto todo el mundo, pero el mordisco de la pena no llega a tocar su corazón, y, (al revés)<sup>107</sup>, se alegran con otros y adoptan

<sup>105</sup> En las casas humildes.

<sup>106</sup> Por la impiedad.

<sup>107</sup> Intentamos suplir así una laguna existente en el texto.

un aire festivo, forzando sus rostros, en los que no hay  
 795 una risa espontánea. (...) Pero al que conoce bien su re-  
 baño <sup>108</sup> no se le ocultan las miradas de un hombre con  
 apariencia de halagos procedentes de un corazón favora-  
 ble, pero reveladoras de una amistad adulterada.

Cuando antaño tú preparabas la partida de la expedi-  
 800 ción por causa de Helena —no voy a ocultarlo— te me  
 representabas de un modo muy alejado de la cultura y no  
 rigiendo bien el timón de tu inteligencia, porque tratabas  
 de darles ánimos a unos guerreros que estaban en trance  
 805 de muerte por medio de sacrificios <sup>109</sup>. Pero ahora, desde  
 lo profundo de mi corazón y no sin cariño, me siento con-  
 tento con quienes ya han dado fin a su esfuerzo.

Conocerás con el tiempo, si tú investigas, al ciudadano  
 que con justicia vela por nuestra ciudad y al que lo hace  
 de un modo que no es conveniente <sup>110</sup>.

810 AGAMENÓN. — En primer lugar, es justo que yo mi  
 saludo dirija a Argos y a los dioses de nuestro país, mis  
 colaboradores en nuestro regreso y en el castigo que impu-  
 se a la ciudad de Príamo, porque los dioses, sin escuchar  
 815 defensas jurídicas dichas con la lengua, sin vacilaciones,  
 en una urna ansiosa de sangre depositaron sus votos en  
 favor de que hombres murieran y de que fuera destruida  
 Ilio. A la urna contraria, que no se llenaba, sólo, se acer-  
 caba la esperanza que infundía la mano <sup>111</sup>, y la ciudad,

<sup>108</sup> Metafórico: «gente, pueblo».

<sup>109</sup> Alusión al sacrificio de Ifigenia.

<sup>110</sup> Velada alusión a la conducta adúltera de Clitemestra.

<sup>111</sup> Al votar en dos urnas —una para los votos condenatorios, otra para los absolutorios—, la forma de conservar el secreto del voto había de ser acercar la mano a las dos, depositando en una el voto y simulando depositarlo en la otra.

ya conquistada, aún ahora se distingue con facilidad por  
 el humo <sup>112</sup>. Sólo viven allí torbellinos de ruina. Con dolo-  
 rosa muerte, la ceniza despide densos vapores de riqueza- 820  
 zas <sup>113</sup>.

Por esto debemos pagar a los dioses una gratitud que  
 nunca se olvide, puesto que hicimos que nos pagaran el  
 despreciativo raptó de Helena, y, por una mujer, el mon-  
 struo argivo <sup>114</sup> —la cría del caballo <sup>115</sup>, la tropa portadora 825  
 de escudos—, que dio un salto enorme al ponerse las Plé-  
 yades <sup>116</sup>, redujo a polvo una ciudad. Luego de haber sal-  
 tado más allá de la torre un león carnicero <sup>117</sup>, fue lamien-  
 do la regia sangre hasta saciarse.

En honor de los dioses alargué este prelude.

En cuanto a tus sentimientos, tal cual los oigo en mi 830  
 memoria los tengo anotados. Te digo lo mismo: tienes en  
 mi un defensor.

A pocos hombres les es connatural el rendir honores  
 sin sentir envidia al amigo que tiene suerte. Un veneno  
 malévoló que se le agarra al corazón dobla el dolor del 835  
 que ya tiene esa enfermedad. Se mortifica personalmente  
 con sus propios padecimientos y gime al ver la dicha aje-  
 na. Como lo sé, lo puedo decir, pues conozco muy bien  
 el espejismo del trato amistoso. Una imagen de sombra  
 eran realmente quienes parecían serme leales. Tan sólo 840  
 Odiseo, precisamente el que se hacía a la mar mal de su

<sup>112</sup> Del incendio que ha sufrido tras la conquista.

<sup>113</sup> De la riqueza de Troya incendiada: mansiones, muebles, tesoros...

<sup>114</sup> El caballo de Troya.

<sup>115</sup> Los guerreros argivos salidos del vientre del caballo.

<sup>116</sup> Esto es, «a medianoche». Las Pléyades son siete estrellas pertene-  
 cientes a Tauro.

<sup>117</sup> Las fuerzas argivas.

grado <sup>118</sup>, una vez uncido, era para mí un verdadero caballo amadrinado <sup>119</sup>. Esto te lo digo de cualquiera, ya vivo, ya muerto.

Lo demás que concierne a la ciudad y a los dioses, luego que convoquemos debates públicos, en la asamblea general del pueblo lo decidiremos. Hay que ver el modo de que permanezca y dure mucho tiempo lo que está bien, mientras que en aquellos que se hacen precisos remedios salutariferos, cauterizaremos o sajaremos con benevolencia e intentaremos alejar el daño de la enfermedad.

Cuando ahora haya entrado en mi palacio y morada, en el hogar familiar, alzaré primero mi mano en honor de los dioses que me enviaron lejos de aquí y aquí me trajeron de nuevo. ¡Ojalá que la victoria que me acompañó permanezca aquí para siempre!

*(Sale a escena Clitemestra acompañada de sirvientas que traen en sus manos ricos vestidos y una alfombra.)*

<sup>855</sup> CLITEMESTRA. — Varones de nuestra ciudad, prez de los argivos, ninguna vergüenza voy a sentir de decirlos cómo amo a mi esposo. Con los años pierde la timidez el ser humano.

No voy a contarte algo aprendido de otras personas, <sup>860</sup> sino las penas de mi propia vida, mientras él estaba al pie de Ilio.

En primer lugar, que una mujer se quede en su casa, lejos de su hombre, es una terrible desgracia. Oye conti-

<sup>118</sup> Ulises fingió estar loco, para sustraerse a la expedición contra Troya, pero Palamedes averiguó la simulación.

<sup>119</sup> El caballo que tira del carro amadrinado a otro que va uncido al timón.

nuamente rumores malignos: apenas ha llegado uno cuando otro trae un sufrimiento más grave que el anterior, todos diciendo a gritos desgracias para su casa. Si mi marido hubiera recibido tantas heridas como los rumores traían a casa, tendría más agujeros, puede decirse, que tiene una red. Y, si hubiera muerto como propagaban las habladerías, sería un segundo Gerión de tres cuerpos <sup>120</sup> y podría presumir de haber recibido un triple cobertor de tierra [abundante por encima de él, pues no me refiero a la de abajo], luego de haber muerto una vez por cada una de sus tres formas. Por esta clase de cuentos malintencionados, otras personas, a la fuerza, soltaron numerosos nudos corredizos colgados del techo cuando ya mi garganta apretaban. Ésa es la causa de que nuestro hijo no esté aquí a mi lado, como debiera, Orestes, prenda de nuestra mutua fidelidad. No extrañes eso. Lo está criando un huésped aliado que hacia nosotros está bien dispuesto, Estrofió el focéo <sup>121</sup>, que me hizo comprender la posibilidad de un doble dolor: tu riesgo al pie de los muros de Ilio y si una clamorosa revuelta del pueblo derribara al Consejo, según lo que es connatural a los mortales: pisotear al que ya está caído. En realidad, semejante excusa no encierra engaño. <sup>865</sup>

Las fuentes del llanto que otrora manaban como torrentes, se me han secado. Ya no me queda ni una sola gota. Tengo enfermos mis ojos de acostarme al amanecer, por pasarme la noche llorando el que la antorcha que me había de anunciar tu regreso jamás se encendiera. De mis sueños me despertaba con el leve vuelo de un rumoroso mosquito, mientras veía en mis pesadillas en torno a ti un

<sup>120</sup> Gigante con tres cabezas y cuerpo triple hasta las caderas.

<sup>121</sup> De Fócide, país limitado por Beocia, Etolia, el estrecho de Eubea y el golfo de Corinto.

mayor número de sufrimientos de los que cabía en el tiempo que estaba dormida.

895 Ahora ya, después de haber soportado todos esos dolores, con el corazón libre de angustia, puedo llamarle a este hombre perro guardián de los establos, cable salvador de la nave, firme columna de un alto techo, único hijo que  
901 tiene un padre, arroyo que brota de un manantial para el ca-  
900 minante sediento, y tierra que contra toda esperanza aparece a la vista de unos navegantes, día el más bello de contemplar tras la tormenta. [Es dulce escapar de cualquier cosa que se ha sufrido sin poder evitarla.] De estos nombres lo estimo digno. ¡Que la envidia permanezca lejos de él!, que muchos han sido los males pasados que  
905 hemos venido soportando.

Ahora, mi esposo querido, desciende ya de este carro sin poner en el suelo tu pie, soberano destructor de Ilio.

Esclavas, ¿por qué demoráis dar cumplimiento a la orden que se os ha dado de alfombrar el suelo por donde  
910 ha de pisar? ¡Que quede al momento el camino cubierto de púrpura, para que Justicia lo lleve a una mansión inesperada! Lo demás que el destino tiene ya decretado, lo hará, como es justo, con la ayuda de las deidades mi pensamiento, que nunca fue vencido del sueño.

AGAMENÓN. — Descendiente de Leda <sup>122</sup>, guardián de  
915 mi palacio, has hablado de modo semejante a mi ausencia, pues largamente te has extendido. Pero, en lo concerniente a alabarme de forma adecuada, ese honor debe venir de otras personas. Por lo demás, no me trates con esa molición, con modos que son apropiados para una mujer, ni,  
920 como si fuera un hombre bárbaro, abras tu boca con acla-

maciones con la rodilla en tierra en mi honor, ni provoques la envidia tapizando de alfombras mi senda. Con eso sólo a los dioses se debe rendir honor, que a mí no deja de darme miedo, siendo sólo un mortal, caminar sobre esa  
925 belleza bordada. Quiero decirte que, como a un hombre, no como a un dios, me des honores. Sin necesidad de alfombras ni bordados, mi fama grita, y el tener sentimientos santos es el máximo don de la deidad. Hay que estimar hombre dichoso sólo al que ha acabado su vida con una grata prosperidad. Yo tendría seguridad de conseguir-  
930 lo, si en todo me fuera bien como hasta ahora.

CLITEMESTRA. — Pues bien, dime una cosa sin disimular tu pensamiento.

AGAMENÓN. — Sábelo bien: no voy a falsear lo que yo piense.

CLITEMESTRA. — ¿Hubieras tú hecho a los dioses una promesa, de haber sentido algún temor, de hacer esto así?

AGAMENÓN. — Desde luego, si alguien que bien lo hubiera sabido me hubiera explicado este rito.

CLITEMESTRA. — ¿Qué te parece que hubiera hecho Príamo, si este triunfo hubiera logrado?

AGAMENÓN. — Estoy seguro de que hubiera marchado sobre bordados.

CLITEMESTRA. — No respetes, entonces, la humana censura.

AGAMENÓN. — Tiene, no obstante, mucho poder la voz del pueblo.

CLITEMESTRA. — No es afortunado aquél a quien nadie envidia.

AGAMENÓN. — No es propio de una mujer estar deseosa  
940 de discusión.

CLITEMESTRA. — También le está bien al dichoso dejarse vencer.

<sup>122</sup> Ver n. 3. Otra versión del mito hace a Helena hija de Zeus y Leda.

AGAMENÓN. — ¿Tanto estimas tú la victoria en esta disputa?

CLITEMESTRA. — Hazme caso †concédeme† de buen grado †el triunfo†.

945 AGAMENÓN. — Si así te parece, que alguien me quite al momento el calzado que hace el oficio de esclavo para mis pisadas, ¡y ojalá que al pisar esta púrpura no me alcance de lejos la envidia de la mirada de las deidades! Siento mucha vergüenza de arruinar el palacio al destrozarse con los pies la riqueza y los tejidos comprados a fuerza de plata. Sea, en fin, esto así.

*(Señalando a Casandra.)*

Acoge en palacio benévolamente a esta extranjera, que con agrado mira la deidad desde lejos al que ejerce el poder con benignidad, porque nadie lleva por su gusto el yugo de la esclavitud. Ella, como flor escogida de entre muchas riquezas, un regalo que me ha hecho el ejército, ha venido conmigo.

Pero, ya que me he visto obligado a hacerte caso en esto, voy a entrar en palacio pisando la púrpura.

*(Agamenón baja del carro y se dirige al palacio.)*

CLITEMESTRA. — Existe el mar —¿quién lo agotará?—, que cría un chorro siempre renovado de abundante púrpura, valiosa cual plata, que sirve de tinte para los vestidos; y además nuestra casa, señor, tiene eso de sobra, gracias a los dioses, que el palacio no está acostumbrado a carecer de nada.

Yo hubiera hecho la promesa de pisotear numerosos vestidos, si me lo hubiera prescrito el profético templo, cuando andaba buscando el medio de rescatar tu vida, pues

mientras tiene vida la raíz, llega hasta la casa el follaje y extiende su sombra protectora contra la canícula. Del mismo modo, al llegar tú al hogar del palacio, significa que vino el calor en pleno invierno, y en el tiempo en que Zeus va madurando el mosto en las uvas agraces, si un marido en pleno vigor frecuenta la casa, con él entra ya entonces en ella el aire fresco.

*(Tan pronto como Agamenón ha entrado en el palacio, Clitemestra dice:)*

¡Zeus, Zeus, deidad sin quien nada se cumple, haz que se cumplan mis plegarias! ¡Ojalá te preocupes realmente de eso a que vas a dar fin!

*(Clitemestra entra en el palacio. Queda abierta la puerta.)*

Coro.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

¿Por qué este terror revolotea con persistencia y se poso- 975  
ne delante de mi corazón que presiente el futuro?

Mi canción vaticina sin que nadie se lo haya mandado  
ni le haya pagado por ello, pues no toma asiento en el 980  
trono de mi corazón un atrevimiento que impulse a escupir  
cual si se tratara de sueños de difícil interpretación.

Ha envejecido †el tiempo desde que, recogidos los cables de las amarras llenos de arena†, hasta los muros de 985  
Ilio se dirigió el ejército a bordo de naves.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

Me he enterado por mis propios ojos de su regreso.  
Por mí mismo soy de ello testigo. Y sin embargo, mi cora- 990  
zón, sin ayuda de lira, canta por dentro el fúnebre canto

de Erinis, sin que nadie se lo haya enseñado, sin tener ya valor para abrigar alguna esperanza.

995 No hablan en vano mis sentimientos junto a mi alma justiciera, corazón que se agita girando dentro de círculos que se cierran.

Ruego que todo ello sea falso y que sin que ocurra lo que yo temo, caiga allá donde no llegue a cumplirse.

### Estrofa 2.<sup>a</sup>

No puede lograrse del todo el más alto grado de una muy robusta salud, porque, vecina, pared por medio, siempre la ataca la enfermedad; y, cuando el destino de un hombre sigue derecho su camino, (con repentina mala fortuna) choca contra un escollo que no se veía.

Y, si en lugar de la riqueza acumulada, sólo una parte arroja al mar, midiendo bien lo que se tira, no se derrumba toda la casa, aunque en exceso esté llena hasta rebosar, ni se va a pique el barco.

1015 El don abundante que viene de Zeus y la cosecha obtenida de campos que se laboran año tras año son suficientes para matar la plaga del hambre <sup>123</sup>.

### Antístrofa 2.<sup>a</sup>

1020 Pero, ante todo, la negra sangre caída a tierra de una sola vez con la muerte de un hombre ¿quién podrá volver a llamarla a la vida mediante ensalmos? Ni siquiera aquel

<sup>123</sup> Tres ideas fundamentales hay en esta estrofa: la inestabilidad de las cosas humanas; el peligro de una riqueza y buena suerte desmesuradas que exciten la envidia de los dioses (cf. HERÓD., III 40 ss.); la invitación a contentarse con bienes modestos que no induzcan a *hybris*. Todo ello referido a la familia de Agamenón, que parece que está en el colmo de la gloria y goza de una riqueza de la que Clitemestra ha hecho ostentación.

que aprendió a resucitarla de entre los muertos <sup>124</sup>, pues Zeus hizo que dejase de hacerlo para evitar el daño.

Pero si un destino que ya está fijado no impidiera que otro destino decretado por las deidades le saque ventaja, mi corazón se adelantaría a mi lengua para expresar esos sentimientos <sup>125</sup>; pero ahora brama en las tinieblas, afligido y sin esperanza de que algún día vaya a devanar de su enardecido pensamiento algún consejo favorable.

(Sale Clitemestra del palacio.)

CLITEMESTRA. — Entra también tú —me refiero a Cassandra <sup>126</sup>—. Puesto que Zeus, con benevolencia, te ha hecho partícipe de las abluciones <sup>127</sup> en nuestra morada, puesta en pie en compañía de muchos esclavos junto al altar protector de nuestra riqueza, baja de ese carro y no seas demasiado orgullosa. Cuentan que también el hijo de Alcmena <sup>128</sup> fue vendido en cierta ocasión y soportó como medio de vida el pan de la esclavitud <sup>129</sup>. Si la inevitable

<sup>124</sup> Asclepio, hijo de Apolo, que aprendió la medicina del centauro Quirón, sabía resucitar a los muertos con la sangre del lado derecho de la Gorgona. Zeus, para conservar el orden universal, fulminó a Asclepio.

<sup>125</sup> Texto oscuro. Aventuramos una interpretación: la muerte de Ifigenia impide que el destino de los responsables sea mejor que el suyo. Se establece una cadena de horribles venganzas que el Coro no puede evitar. Si pudiera, declararía los temores —el propio corazón hablaría— a los que se ha referido en la estrofa primera y en su antístrofa.

<sup>126</sup> Hija de Príamo. Había recibido de Apolo el don de la profecía, pero, por haberse negado a entregarse al dios, éste le retiró el don de la persuasión, de modo que sus profecías eran ciertas, pero nadie les daba crédito.

<sup>127</sup> Rituales en los sacrificios.

<sup>128</sup> Heracles.

<sup>129</sup> Para purificarse de un homicidio y siguiendo el consejo del oráculo, Heracles se sometió a ser vendido como esclavo a Ónfale, reina de Lidia.



necesidad inclina la balanza hacia esa triste suerte, es ventajoso tener amos ricos de mucho tiempo. Por el contrario, quienes sin jamás esperarlo tienen una cosecha abundante, son crueles para sus esclavos en todo y más allá del nivel adecuado. (...) De nosotros obtienes lo que está establecido por la costumbre.

CORIFEO. — (*A Casandra.*) Acaba de decirte unas razones claras, y puesto que has sido atrapada en el interior de redes fatales, tú podrías obdecerle, si te dejaras persuadir; pero tal vez desobedezcas.

1050 CLITEMESTRA. — Si no es desconocida y bárbara su lengua, como de golondrina, la voy a persuadir, diciéndole razones que penetrarán en su inteligencia.

CORIFEO. — (*A Casandra.*) Síguela. Te dice lo mejor en estas circunstancias. Abandona ese asiento del carro.

1055 CLITEMESTRA. — No dispongo de tiempo para perderlo con esta mujer aquí fuera, pues en el centro del hogar ya están las ovejas para ser degolladas† y puestas al fuego del sacrificio, cual deben hacer quienes nunca esperaron que tendrían esta alegría.

Así que, si tú vas a tomar parte en ello, no lo demores.

1060 Pero, si no entiendes el significado de mis palabras por no comprender nuestra lengua, en lugar de hacerlo mediante lenguaje, explícalo con señas de tu mano extranjera.

CORIFEO. — Tengo la impresión de que la extranjera necesita un intérprete que se lo explique con claridad. Su aspecto es como el de una fiera recién atrapada.

1065 CLITEMESTRA. — Sin duda está furiosa y sólo le presta atención a sus insanos pensamientos, pues llega aquí luego de haber dejado tras ella una ciudad recién conquistada y no sabe aún soportar el freno sin que su rabia arroje espuma sanguinolenta. No voy a rebajarme dirigiéndole más la palabra.

(*Clitemestra entra en palacio y deja abierta la puerta.*)

CORIFEO. — En cambio yo, como la compadezco, no voy a irritarme con ella.

Ve, desdichada, abandona ese carro. Cede ante la inevitable necesidad y acepta tu reciente yugo.

CASANDRA.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

*¡Ay de mí! ¡Dioses! ¡Horror! ¡Oh Apolo, Apolo!*

CORIFEO. — ¿Por qué has invocado a Loxias? No es su naturaleza adecuada a acudir al encuentro de quienes lloran.

CASANDRA.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

*¡Ay de mí! ¡Dioses! ¡Horror! ¡Oh Apolo, Apolo!*

CORIFEO. — De nuevo ésta invoca con palabras del mal augurio al dios al que no corresponde presentarse en lugares donde haya gemidos.

CASANDRA.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

*¡Oh Apolo, Apolo! ¡Divinidad de los caminos, mi destructor, pues me has destruido sin sentir pena por segunda vez!*<sup>130</sup>

CORIFEO. — Parece que va a vaticinar sobre sus propias desgracias. La inspiración divina permanece en su mente, aun siendo esclava.

<sup>130</sup> La primera vez fue cuando la castigó a que sus profecías no fueran creídas.

CASANDRA.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

1085 ¡Oh Apolo, Apolo! ¡Divinidad de los caminos, mi destructor! ¡Adónde, adónde me has traído? ¿A qué clase de casa?

CORIFEO. — A la de los Atridas. Si no te das cuenta de ello, yo te lo digo, y no dirás que esto es mentira.

CASANDRA.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

1090 ¡Ah, ah! Sí! ¡A una casa que odian los dioses, testigo de innúmeros crímenes en los que se asesinan parientes, se cortan cabezas, a una casa que es matadero de hombres y a un solar empapado de sangre!<sup>131</sup>

CORIFEO. — La extranjera parece tener buen olfato, como si fuera una perra de caza, y sigue una pista en la que hallará un asesinato.

CASANDRA.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

1095 Sí; me baso en estos testimonios: esos niños de corta edad que lloran su degüello y sus carnes asadas devoradas por su propio padre.

CORIFEO. — Ya conocíamos tu fama como profetisa, pero no andamos buscando adivinos.

<sup>131</sup> La casa de Atreo, padre de Agamenón y Menelao, está manchada por el asesinato que perpetró Atreo en los hijos de su hermano Tiestes, a quien se los sirvió en un banquete como manjar.

CASANDRA.

Estrofa 4.<sup>a</sup>

¡Dioses! ¿Qué se está preparando? ¿Qué dolor nuevo es éste? ¿Desmedido, desmedido crimen se está tramando en este palacio! ¡Crimen insorportable para los amigos, crimen irremediable! ¡Y quien podría ayudar está lejos!<sup>132</sup>

CORIFEO. — No comprendo nada de esos vaticinios. En cambio, entendí los anteriores: era lo que dice a voces toda la ciudad.

CASANDRA.

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

¡Miserable!, ¿vas a llevar a cabo eso? ¿Después de lavar en el baño al marido que compartía su lecho contigo...? ¿Cómo diré el final? ¡Pronto va a ocurrir! ¡Extiende su brazo con la mano ansiosa de herir!<sup>133</sup>

CORIFEO. — Todavía no lo he comprendido. Por ahora estoy aturdido con los enigmas de esos oscuros oráculos.

CASANDRA.

Estrofa 5.<sup>a</sup>

¡Ah, horror, horror! ¿Qué veo aquí? ¿Una red, acaso, de Hades? ¡Pero la trampa es la que el lecho con él compartía y ahora comparte la culpa del asesinato! ¡Que la discordia insaciable con esta estirpe lance ya su grito triunfal por un sacrificio abominable!<sup>133</sup>

<sup>132</sup> ¿Menelao? (cf. v. 617); ¿Orestes? (cf. vv. 877 y ss.). Nos inclinamos por Orestes.

<sup>133</sup> Literalmente: «un sacrificio digno de lapidación». Al castigar al asesino con la lapidación, los verdugos no tendrían contacto con el asesino y evitarían el contagio de tan grave mancha.

1120 CORO. — ¿A qué clase de Erinis apremias a gritar de alegría en palacio? De repente ha venido a mi corazón una gota de pálida sangre<sup>134</sup>, la misma que acude a los ojos de una vida que va agonizando, cuando es abatida por la lanza y rápida viene la muerte.

1125 CASANDRA.

Antístrofa 5.<sup>a</sup>

¡Eh, eh! ¡Mira ahí! ¡Mira ahí! ¡Aparta el toro de la vaca<sup>135</sup>! ¡Lo ha cogido dentro de los vestidos con la astucia de sus negros cuernos y lo está corneando! ¡Ya está cayendo en la bañera llena de agua! ¡Te estoy contando la mala fortuna de un baño que ha dado la muerte a traición!

1130 CORO. — No puedo yo presumir de ser eminente conocedor de profecías, pero de eso que dices deduzco alguna desgracia. ¿Qué palabra de dicha viene jamás de los presagios a los mortales? Por los males que ya se han sufrido,  
1135 el arte abundante en palabras de los adivinos, lo único que hace aprender es el miedo que inspira.

CASANDRA.

Estrofa 6.<sup>a</sup>

¡Ay, ay de mí, desgraciada! ¡Infausto destino! ¡Anuncio que colma la copa de mi propio infortunio! ¿Para qué me trajiste aquí —¡desgraciada de mí!—, sino a acompañar a otro en la muerte? ¿A qué, si no?

1140 CORO. — Tienes la mente delirante, posesa por la deidad, y por ti misma gritas un canto desprovisto de melo-

<sup>134</sup> La palidez de la muerte o, literalmente, «una gota teñida de azafrán».

<sup>135</sup> Metafórico. «Agamenón y Clitemestra».

día, igual que el pajizo ruiseñor, insaciable de trinos —¡ay!— con desdichado corazón, gime —«Itis», «Itis»— a  
lo largo de todo un destino florido de males<sup>136</sup>.

CASANDRA.

Antístrofa 6.<sup>a</sup>

¡Ay! ¡Ay vida envidiable del ruiseñor canoro! Le han otorgado los dioses un cuerpo dotado de alas<sup>137</sup> y una dulce vida sin lágrimas. En cambio, a mí sólo me espera que me rajen con una espada de doble filo.

CORO. — ¿De dónde sacas esas funestas desgracias que  
te asaltan con violencia bajo la inspiración de alguna deidad? ¿Por qué esos presagios horrendos cantas con ritmo,  
con lúgubres gritos y tonos agudos? ¿De dónde conoces  
en tu profético camino los hitos que indican desastres?

CASANDRA.

Estrofa 7.<sup>a</sup>

¡Ay bodas, bodas de Paris, causa de muerte de los tuyos! ¡Ay río Escamandro en el que mi patria bebía! ¡En otro tiempo —¡ay, desdichada!— en tus riberas yo me criaba con alegría! ¡Ahora, en cambio, parece que pronto  
vaticinaré junto al Cocito y las orillas del Aqueronte!

CORO. — ¿Por qué has pronunciado con tan excesiva claridad este vaticinio? Un recién nacido que lo escuchara podría entenderlo.

Herido me siento por el mordisco asesino de tu mala  
fortuna, cuando gritas con voz plañidera. Oírte es para mí quedar destrozado.

<sup>136</sup> Ver n. 6 de *Las suplicantes*.

<sup>137</sup> Si Casandra tuviera alas, podría alejarse volando del peligro que la acecha. Expresiones de este tipo son un lugar común en el teatro griego.

CASANDRA.

Antístrofa 7.<sup>a</sup>

¡Oh penas, penas de mi ciudad enteramente destruida!  
 ¡Ay de los sacrificios que con la intención de salvar las  
 torres ofrecía a menudo mi padre de entre los ganados que  
 en nuestros ricos prados pacían!

1170 ¡Ningún remedio fue suficiente para evitar, como hu-  
 biera debido, que padeciera la ciudad! ¡Y yo, †con mi alma  
 fogosa, pronto a tierra voy a caer!†

CORO. — Has profetizado en concordancia con lo an-  
 1175 terior. Alguna maligna deidad que cae sobre ti gravitando  
 en exceso te hace cantar sufrimientos de muerte que arran-  
 can gemidos. Pero estoy confuso, sin saber el fin que esto  
 tendrá.

CASANDRA. — Bien. Mi oráculo no va a mirar ya detrás  
 1180 de los velos, como una novia recién casada <sup>138</sup>. Al contra-  
 rio, parece que va a soplar con claridad y a llegar hasta  
 el sol ascendente <sup>139</sup>, de modo que, cual oleaje, hasta los  
 rayos del sol puede arrastrar en su corriente un sufrimien-  
 to mucho mayor que el que te he dicho.

Te lo voy a explicar ya sin enigmas. Sedme testigos de  
 1185 que, sin desviarme, sigo la pista de los antiguos crímenes.

Sí; nunca abandonará esta morada un coro acorde de  
 voces horrendas que no habla de dicha.

Sí; sangre humana ha bebido hasta el punto de cobrar  
 más audacia, y aguarda en la casa esa delirante tropa  
 1190 —difícil de echar afuera— de las Erinis de esta familia.  
 Aferrada a este palacio, cantan un himno a aquel crimen  
 con que todo empezó <sup>140</sup>; pero a su vez también escupie-

<sup>138</sup> Quiere decir que se va a expresar sin enigmas, sin velar la verdad.

<sup>139</sup> Esto es, «con claridad meridiana».

<sup>140</sup> El infanticidio cometido por Atreo. Ver n. 131.

ron sobre la cama del hermano <sup>141</sup>, furiosas con el que  
 la hollaba <sup>142</sup>.

¿He errado el tiro o doy en la pieza como un buen  
 arquero? ¿Soy, acaso, una falsa adivina charlatana que lla- 1195  
 ma a la puerta? Jura y da testimonio verbal de que cono-  
 ce las culpas antiguas de este palacio.

CORIFEO. — ¿De qué manera la solidez de un juramen-  
 to que con nobleza se afirmara podría llegar a ser saluda-  
 ble? Pero te admiro, porque, criada allende la mar, hablas 1200  
 de una ciudad, para ti extraña, como si hubieras vivido  
 en ella.

CASANDRA. — Apolo, dios de la profecía, me encomen-  
 dó el cumplimiento de este servicio.

CORIFEO. — ¿Acaso fue herido, a pesar de ser dios, por 1204  
 deseo amoroso?

CASANDRA. — Yo tenía antes pudor de hablar de estas 1205  
 cosas.

CORIFEO. — ¡Claro! Todo el mundo es más delicado, 1205  
 cuando es feliz.

CASANDRA. — ¡Bien que luchó para conseguirme, sus-  
 pirando de amor por mí!

CORIFEO. — ¿Y llegasteis a compartir la acción de  
 engendrar?

CASANDRA. — Luego de haber consentido, no le cum-  
 pli mi palabra a Loxias.

CORIFEO. — ¿Estabas ya entonces posesa por el arte adi-  
 vinatoria?

CASANDRA. — Ya venía yo vaticinando todos los sufri- 1210  
 mientos a los ciudadanos.

<sup>141</sup> De Tiestes.

<sup>142</sup> Tiestes mantenía amores adúlteros con Aérope, esposa de su her-  
 mano Atreo.

CORIFEO. — ¿Cómo, entonces, quedaste indemne de la ira de Loxias?

CASANDRA. — Por haber cometido esta falta, ya no convenzo a nadie de nada.

CORIFEO. — Nos parece, no obstante, que haces vaticinios dignos de creerse.

1215 CASANDRA. — ¡Ay, ay! ¡Oh, qué desgracia! ¡De nuevo el terrible esfuerzo de la certera adivinación me agita y me turba con sus preludios. (con sus siniestros preludios!)

¡Mirad a éstos, a esos niños que están junto a la casa semejante a sombras de sueños! ¡Como si fueran niños asesinados por sus parientes, con las manos llenas de carne —alimento que es su propio cuerpo—, se ve que sostienen intestinos y entrañas —una carga digna de piedad— de lo que comió su propio padre!

Afirmo que alguno —un león cobarde que está revolcándose en su lecho <sup>143</sup> y guarda el palacio— está meditando la venganza de esto —¡ay de mí!— contra el que está recién venido, mi señor —que debo yo soportar el yugo de la esclavitud—. Y el que fue jefe de la escuadra y destructor de Ilio no sabe qué clase de acciones preparará, al modo de una Ate traidora, para su desventura, la alegre 1225 lengua de la odiosa perra <sup>144</sup> que ha hablado con tal profusión. Éstas son las acciones que osa: ¡una hembra es la asesina del macho! ¿Con qué nombre de odioso monstruo que yo la llamase podría acertar? ¿Acaso anfisbena? <sup>145</sup> ¿O una Escila <sup>146</sup> que habita en las rocas, ruina de los na-

<sup>143</sup> Egisto, hijo incestuoso de Tiestes.

<sup>144</sup> Clitemestra.

<sup>145</sup> Peligrosa serpiente que —se decía— podía avanzar hacia adelante y hacia atrás.

<sup>146</sup> Cf. *Od.* XII 85 ss.

vegantes? ¿Madre que salta con furia del Hades y exhala <sup>1235</sup> contra los suyos un Ares <sup>147</sup> sin tregua? ¿Cómo alzó la osada el grito de triunfo como en el momento de la victoria en una batalla! ¡Y parece que se alegrara de que él haya vuelto sano y salvo!

Es igual, si yo no os convenzo de nada de esto. ¿Qué importa? El futuro vendrá, y tú, presente en él, pronto <sup>1240</sup> dirás de mí, llena de compasión, que soy una adivina demasiado verídica.

CORIFEO. — He comprendido lo referente al banquete de Tiestes con las infantiles carnes de sus hijos, y me he estremecido.

Me domina el miedo, cuando te oigo decir verdades sin representarlas mediante imágenes.

En lo demás que yo te he oído, me he caído y corro <sup>1245</sup> fuera de la pista <sup>148</sup>.

CASANDRA. — Digo que tú vas a ver la muerte de Agamenón.

CORIFEO. — ¡Di sólo palabras de buen augurio! ¡Desdichada, deja en reposo tu boca!

CASANDRA. — No es precisamente alguien que cure el que preside esas palabras.

CORIFEO. — No, si ocurriera. ¡Pero ojalá que de ninguna manera suceda!

CASANDRA. — Mientras tú haces plegarias, ellos se <sup>1250</sup> ocupan de matar.

CORIFEO. — ¿Qué varón es el que en propio interés está preparando ese dolor?

<sup>147</sup> Venganza.

<sup>148</sup> Como un atleta. La metáfora es significativa de no poder alcanzar la meta, esto es, el sentido de las predicciones de Casandra sobre la muerte de Agamenón.

CASANDRA. — ¡Muy lejos estás de entender mis oráculos!

CORIFEO. — Es que no he entendido con qué recursos cuenta el autor.

CASANDRA. — ¡Pues bien que hablo yo la lengua griega!

1255 CORIFEO. — ¡También la hablan los oráculos délficos y, sin embargo, es difícil su interpretación! <sup>149</sup>.

CASANDRA. — ¡Ay, ay! ¡Qué fuego! ¡Penetra mi ser! ¡Oh Apolo Licio, ay, ay de mí! ¡Esta leona de dos pies, que con un lobo se acuesta en ausencia del noble león, me va a matar! ¡Desgraciada de mí! ¡Como si preparara un veneno, en la vasija de su rencor pondrá también lo que él debe por mí! ¡Mientras afila el puñal contra el marido, se está jactando de que va a hacerle pagar con la muerte el haberme traído!

1265 ¿Por qué, entonces, debo tener lo que para mí constituye un escarnio?: el cetro y, en torno a mi cuello, las guirnaldas de profetisa <sup>150</sup>. ¡Voy a destruirlos antes de mi muerte!

*(Hace lo que ha dicho.)*

1270 ¡Malditos seáis! ¡Cuando ya estéis caídos en tierra, tendré mi venganza! ¡Enriqueced de ruina a otra cualquiera en mi lugar! ¡Mirad, el propio Apolo me esta desnudando de mi veste de profetisa, porque ha visto que con toda certeza [sin motivo alguno] soy objeto de burla, [en compañía] de mis amigos, por parte de mis enemigos!

Ya venía yo soportando que me llamaran vagabunda, como a una pobre, infeliz mendiga muerta de hambre.

<sup>149</sup> Es proverbial la ambigüedad de los oráculos, que se prestaban, al menos, a dos interpretaciones.

<sup>150</sup> Cf. Eur., *Troy*. 451-456.

¡Y ahora el adivino <sup>151</sup> que me hizo adivina me ha conducido a este terrible infortunio mortal! En lugar del altar de mis abuelos me espera el tajo del verdugo, que quedará ensangrentado con la sangre caliente de mi degüello.

Pero no moriremos <sup>152</sup> sin que los dioses tomen venganza por nosotros, pues otro vengador nuestro vendrá a su vez <sup>153</sup>, un vástago matricida, que tomará por su padre venganza. Desterrado, errante, expatriado de este país, regresará para dar cima a esas iniquidades de su familia. Un poderoso juramento han hecho los dioses: lo traerá la plegaria de su padre muerto. ¿Por qué he de gemir y sentir por mi compasión? Puesto que primero vi terminar como terminó la ciudad de Troya, y a quien la tomó llegar de este modo a su fin por decisión de los dioses, voy a tomar la iniciativa y a entrar en la casa. Tendré valor para morir.

En estas puertas yo saludo al Hades y le suplico recibir un golpe certero, para que, mientras fluye la sangre trayéndome la muerte con facilidad, cerrar mis ojos sin convulsiones.

CORIFEO. — ¡Oh mujer muy desdichada y muy sabia también, largamente te has extendido! Pero, si de verdad conoces tu propia muerte, ¿cómo, igual que una vaca impulsada por una deidad, marchas al altar con tal valentía?

CASANDRA. — No hay escapatoria, extranjeros. Ya no navego yo por el tiempo

<sup>151</sup> Apolo.

<sup>152</sup> Agamenón y ella.

<sup>153</sup> Orestes.

<sup>154</sup> No nos satisfacen las interpretaciones habituales. Mucho menos, dejar de traducirlo, como hacen otros.

1300 CORIFEO. — Pero es de importancia primordial el último día de una vida.

CASANDRA. — Ya llega ese día. Poco provecho sacaré con la huida.

CORIFEO. — Ten por seguro que estás soportándolo con alma valiente.

CASANDRA. — Nadie que sea feliz oye esos elogios.

CORIFEO. — Pero es grato al mortal morir con buena fama.

*(Casandra se aproxima a la puerta y retrocede bruscamente.)*

1305 CASANDRA. — ¡Ay de tí, padre, y de tus nobles hijos!

CORIFEO. — ¿Qué sucede? ¿Qué terror te impulsa a retroceder?

CASANDRA. — ¡Quita! ¡Quita!

CORIFEO. — ¿A qué esa expresión de rechazo, si no se debe a algún horror que exista en tu mente?

CASANDRA. — La casa exhala muerte que chorrea sangre.

1310 CORIFEO. — ¿Cómo puede ser eso? Huele a los sacrificios que están haciéndose en el hogar.

CASANDRA. — Es un hedor semejante al que procede de un sepulcro.

CORIFEO. — No es precisamente incienso de Siria lo que atribuyes al palacio.

CASANDRA. — ¡Ea! Voy a llorar dentro del palacio mi muerte y la de Agamenón. ¡Basta de vivir!

1315 ¡Ay, extranjeros! No gimo de miedo como un pajarillo en un matorral, sino para que, una vez muerta, seáis mis testigos cuando una mujer muera en compensación de mi muerte y un hombre caiga para pagar la muerte de un hom-

bre que tuvo una esposa perversa. Como voy a morir, os pido este don de hospitalidad.

CORIFEO. — ¡Oh desdichada, te compadezco por esa tu muerte profetizada!

CASANDRA. — Por sólo una vez más, quiero decir unas palabras o un fúnebre canto por mí misma: ante esta luz del sol, la última que veo, ruego a mis vengadores que hagan pagar a la vez su pena a mis asesinos<sup>155</sup> por esta esclava muerta, por este fácil crimen.

¡Ay de las empresas de los hombres mortales! Cuando van bien, se pueden comparar a una sombra; y, si van mal, con aplicar una esponja mojada se borra el dibujo. Esto, mucho más que aquello, me inspira compasión<sup>155</sup>.

*(Casandra entra en palacio.)*

CORO. — Es condición natural de todo mortal no hartarse de prosperidad. Nadie que habite en una casa, por grande que sea, le impide pasar, diciéndole: «No entres aquí».

A éste<sup>156</sup> le concedieron los felices conquistar la ciudad de Príamo, y llega a su casa honrado por los dioses. Si ahora paga la sangre de anteriores víctimas y, a los que murieron, les paga, ya muerto, la pena debida por las otras muertes, ¿qué mortal que esto oyera podría jactarse de haber nacido con un destino libre de daño?

*(Se oye gritar dentro.)*

<sup>155</sup> Como es propio de la tragedia griega —y en general de la poesía, sobre todo la lírica arcaica— se hace alusión a la inestabilidad de los asuntos humanos. Casandra se eleva por encima de su propia desgracia, para compadecer la universal fragilidad del hombre.

<sup>156</sup> A Agamenón.

AGAMENÓN. — ¡Ay de mí! ¡Me han herido de un golpe mortal en las entrañas!

CORIFE0. — ¡Calla! ¿Quién grita, herido de un golpe de muerte?

1345 AGAMENÓN. — ¡Ay de mí nuevamente! ¡Me han herido otra vez!

CORIFE0. — Por los gritos de dolor del Rey, me parece que el crimen ya se ha ejecutado. Deliberemos entre todos por si de algún modo hubiera decisiones seguras.

—Os digo mi opinión: hacer correr la voz entre los ciudadanos, para que acudan aquí, a palacio.

1350 —Pero a mí me parece que, cuanto antes, caigamos sobre ellos y les probemos su crimen con el puñal chorreando sangre recién vertida.

—Yo soy de la misma opinión y votaré por hacer algo. No es momento de andar con demoras.

1355 —Está visible, pues su preludeo es como si dieran indicios de tiranía para la ciudad.

—Pues estamos perdiendo el tiempo, mientras, en el suelo, ellos pisotean nuestra fama de vacilantes y no se duermen en la acción.

—No sé; se me ha ocurrido un consejo que digo: es también propio del que hace algo el meditar acerca de ello†.

1360 —También yo pienso así, porque difícilmente podemos resucitar con palabras al muerto.

—¿Acaso, por alargar nuestra vida, vamos a ceder ante esos cabecillas que son la deshonra del palacio?

1365 —¡Intolerable! Prefiero morir. Más dulce es la muerte que la tiranía.

—¿Por sólo unos indicios de gemidos vamos a ser adivinos de la muerte de nuestro Rey?

—Debemos hablar de ello, cuando estemos seguros. Distamuchos el hacer conjeturas de saberlo con claridad.

*(Los coreutas hacen signos de aprobación.)*

—Me pongo de parte de la mayoría, que por todos lados hace signos de aprobación a esa propuesta: saber con claridad cómo se encuentra el Atrida. 1270

*(Cuando el Coro se dispone a entrar en el palacio, se abre la puerta de par en par. Se ven los cadáveres de Agamenón y Casandra. Clitemestra sale a escena.)*

CLITEMESTRA. — No sentiré vergüenza de decir lo contrario de lo que he dicho antes según era oportuno, pues, al andar tramando acciones hostiles contra unos enemigos que tienen la apariencia de ser amigos, ¿cómo se les podría tender una trampa con mayor altura que la medida de su salto<sup>157</sup>? Sí. Con el tiempo acabó por llegarme este combate que yo tenía meditado de antiguo, debido a una vieja querella. 1375

Aquí estoy en pie, donde yo he herido, junto a lo que ya está realizado. Lo hice de modo —no voy a negarlo— 1380 que no pudiera evitar la muerte ni defenderse. Lo envolví en una red inextricable, como para peces: un suntuoso manto pérfido. Dos veces lo herí, y con dos gemidos dobló 1385 sus rodillas. Una vez caído, le di el tercer golpe, como ofrenda de gracias al Zeus subterráneo salvador de los muertos<sup>158</sup>. De esta manera, una vez caído, fue perdiendo el

<sup>157</sup> Metáfora tomada de la caza. Si la trampa se coloca más alta de lo que puede saltar el animal que se quiere cazar, la posible pieza pasa por debajo y no es atrapada.

<sup>158</sup> Expresión sarcástica. La tercera libación se hacía en honor de Zeus. Aquí se trata de Hades.



calor de su corazón y exhalando en su aliento con ímpetu la sangre al brotar del degüello. Me salpicaron las negras gotas del sangriento rocío, y no me puse menos alegre que la sementera del trigo cuando empieza a brotar con la lluvia que Zeus concede.

Así están las cosas, venerable asamblea de argivos aquí presente. Podéis alegraros, si esto os causa alegría, que yo me glorío. Si estuviera bien y se pudieran hacer libaciones por un cadáver, aquí sería justo, más que justo, en verdad. ¡Tan graves son los malditos crímenes de que éste en casa llenó la crátera que él personalmente ha apurado al volver!

1400 CORIFEEO. — ¡Nos asombra tu lengua! ¡Cuán audaz al jactarte con ese lenguaje junto al cadáver de tu marido!

CLITEMESTRA. — Intentáis sorprenderme, como si yo fuera una mujer irreflexiva. Pero yo os hablo con intrépido corazón —lo sabéis muy bien—, me da igual que quieras elogiarme o censurarme. Éste es Agamenón, mi esposo, pero cadáver. Obra es ello de esta diestra mano, un justo artífice. Esto es así.

CORO.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

1410 *¿Qué mala hierba nacida de la tierra, dulce de comer, has probado, mujer? ¿O qué bebida salida del mar ondulante, para que te hayas puesto a este sacrificio y despreciado las maldiciones que gritará el pueblo? Tú has cortado* <sup>139</sup> *, ¡pero serás un ser sin ciudad, objeto de odio implacable para los ciudadanos!*

CLITEMESTRA. — Dictas ahora como sentencia mis destierro de la ciudad, el odio de los ciudadanos y maldicio-

nes a gritos del pueblo; pero no te enfrentaste antaño a este hombre que, sin darle importancia, como si se tratara de matar una res entre los rebaños de hermoso vellón, cuando superabundan las ovejas, sacrificó a su propia hija <sup>140</sup> mi parto más querido, como remedio contra los vientos de Tracia. ¿No hubieras debido desterrar a ése de este país en expiación de su crimen?

En cambio, al oír mis acciones, eres un juez severo. Pero te digo que así me amenazas, porque de igual modo estoy preparada para que impongas sobre mí tu poder, si llegas a vencer con tu brazo. Pero si la deidad decide lo contrario, vas a aprender, aunque tarde, a ser prudente, <sup>1425</sup> que voy a enseñártelo.

CORO.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

*Eres de alma altanera y has hablado con arrogancia. Tu mente ha enloquecido con este suceso que mancha la sangre de un asesinato. Sobre tus ojos destaca el fluir de la sangre. Necesario es que ya, privada de amigos, pagues* <sup>1430</sup> *represalias, golpe por golpe.*

CLITEMESTRA. — También vas a oír el veredicto de mi juramento: ¡Por Justicia —la vengadora de mi hija— por Ate y Erinis, en cuyo honor degollé a ése, no abrigues la esperanza de que el miedo vaya a poner su pie en mi palacio, mientras encienda el fuego en mi hogar Egisto bien <sup>1435</sup> dispuesto hacia mí como antes, pues es para mí un no pequeño escudo de valor!

Ahí yace el ofensor de esta esposa, el deleite de las Cri-seidas al pie de Ilio, y también esta prisionera, su adivina <sup>1440</sup>

<sup>139</sup> El cuello de Agamenón.

<sup>140</sup> Cf. vv. 228-247.

y compañera de lecho, profetisa que con él compartía fielmente su cama, pero que frecuentaba igualmente los bancos de los marineros.

Ninguno de los dos se salió con la suya en la impunidad. Él, de este modo, y ella, tras cantar como un cisne el lamento postrero de muerte, yace a su lado como su amante; y me ha traído un condimento para dulzura de mi lecho.

CORO.

Estrofa. 2.<sup>a</sup>

¡Ay! ¿Qué muerte, sin mucho dolor ni guardar cama, podría venir sobre nosotros con rapidez y producirnos el sueño eterno que nunca se acaba, puesto que ha sucumbido mi benévolo protector, tras haber soportado muchas fatigas por culpa de una mujer<sup>161</sup>? ¡Y a manos de una mujer ha perdido la vida!

¡Ay, loca Helena! ¡Tú sola hiciste que perecieran muchas vidas, muchísimas vidas al pie de Troya!

†Y ahora† te has adornado con una postrera corona †de eterna memoria† por una sangre que nunca podrá ser lavada!

¡Sí, entonces estaba adherida con fuerza a esta casa Discordia, que consigo traía la ruina de los varones!

CLITEMESTRA. — No impreques destino de muerte con la pesadumbre que esto te causa, ni desvíes contra Helena tu ira, alegando que fue destructora de hombres y que, al hacer perecer ella sola las vidas de numerosos varones, produjo un dolor sin posible calmante.

CORO.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

¡Espíritu maligno que caíste sobre esta casa y sobre los dos descendientes de Tántalo<sup>162</sup>, concediste vigor a la fuerza de idéntico temple que, procedente de dos mujeres<sup>163</sup>, me muerde el corazón!

Puesta sobre el cadáver como odioso cuervo, (...) se jacta de entonar un himno monstruoso.

CLITEMESTRA. — Ahora si enderezaste la sentencia, que anteriormente tu boca expresara, invocando al espíritu malo, engordado tres veces<sup>164</sup>, de esta familia, porque de él se alimenta en el vientre esta pasión lamedora de sangre: antes de haber cesado el antiguo dolor se derrama de nuevo otra sangre.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

CORO. — Sí. Das tu asentimiento a la existencia †en este palacio† de una poderosa deidad maligna inspiradora de terrible rencor —¡ay, ay!—, †triste asentimiento a una funesta fortuna insaciable —¡ay, dolor!— recibida de Zeus, causante y artífice de todas las cosas! ¿Pues qué les ocurre a los hombres mortales sin Zeus? ¿Qué desgracia de éstas no se ha cumplido sin el concurso de los dioses?

¡Ay, ay! ¡Rey, Rey! ¿De qué manera debo llorarte? ¿Qué decirte desde el interior de mi alma amiga? Yaces en esa tela de araña, exhalando tu vida con impía muerte —¡ay, ay de mí!— en ese indigno lecho, vencido por traicionera mediante el arma de doble filo que una mano empuñó.

<sup>161</sup> De Helena.

<sup>162</sup> Agamenón y Menelao, Tántalo es su bisabuelo.

<sup>163</sup> Helena y Clitemestra.

<sup>164</sup> Asesinato de Atreo, sacrificio de Ifigenia y asesinatos de Clitemestra.

CLITEMESTRA. — *Afirmas tú que esta obra es mía y dice*  
 1500 *ces que soy la esposa de Agamenón. No es así, sino que*  
*bajo la forma de la mujer de este muerto, el antiguo, amar-*  
*go genio, para tomar venganza de Atreo —aquel execrable*  
*anfitrión— ha hecho pagar a éste<sup>165</sup> y ha inmolado a un*  
*adulto en compensación de unos niños<sup>166</sup>.*

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

1505 CORO. — *¿Quién dará testimonio de que no eres culpa-*  
*ble de este asesinato? ¿Cómo? ¿Cómo va a darlo? Puede,*  
*no obstante, haber sido cómplice tuyo el genio que ansiaba*  
*venganza del padre.*

1510 *Avanza violento el Ares tenebroso entre familiares ríos*  
*de sangre con los que otorgará justicia al cuajarón de san-*  
*gre infantil devorada.*

*¡Ay, ay! ¡Rey, Rey! ¿De qué manera debo llorarte?*  
 1515 *¿Qué decirte desde el interior de mi alma amiga? Yaces*  
*en esa tela de araña, exhalando tu vida con impía muerte*  
*—¡ay, ay de mí!— en ese indigno lecho, vencido por muerte*  
 1520 *traicionera, mediante el arma de doble filo que una mano*  
*empuñó.*

CLITEMESTRA. — *Ni creo que indigna haya sido su muer-*  
*te (...). ¿No causó ése a esta casa una desgracia*  
 1525 *mediante un engaño? Pero, como trató indignamente a*  
*la flor que me había brotado de él, a mi Ifigenia muy*  
*llorada, y ha sufrido su merecido, ¡qué él no se jacte*  
*en el reino de Hades!, porque ha pagado lo mismo*  
*que hizo con la muerte que ha recibido mediante un*  
*puñal.*

<sup>165</sup> A Agamenón.<sup>166</sup> Ver. n. 131.Estrofa 4.<sup>a</sup>

CORO. — *Me falla la mente al tratar de buscar un re-*  
 1330 *curso certero. No encuentro hacia dónde volverme. cuan-*  
*do esta casa se derrumba. Me asusta el fragor sangriento*  
*de lluvia que abate a esta casa. Ya no es precisamente una*  
*llovizna, y Justicia se está afilando para otra acción daño-*  
 1335 *sa en otras piedras de afilar del destino.*

*¡Ay, tierra, tierra!, ¡ojalá que tú me hubieras recibido*  
*antes de haber visto a éste ocupar como lecho la bañera*  
 1340 *de plata!*

*¿Quién va a enterrarlo? ¿Quién en su honor cantará*  
*el canto fúnebre? (A Clitemestra.) ¿Tendrás tú la osadía*  
*de hacerlo? ¿Después de haber dado muerte a tu propio*  
*marido, vas a llorarlo? ¿Y vas a dar cima a tu obra, rit-*  
 1345 *diendo a su alma inicua mente un homenaje que no es ho-*  
*menaje en compensación de tu crimen monstruoso?*

*¿Quién va a sentir el dolor de pronunciar el fúnebre*  
*elogio en honor de este héroe junto a su tumba, fiel*  
 1350 *a la verdad de su corazón?*

CLITEMESTRA. — *No es asunto tuyo preocuparte de eso.*  
*A mis manos cayó y murió, y yo lo enterraré, pero no*  
*acompañado del llanto de los de su casa, sino que Ifigenia,*  
 1355 *su hija, cuando, con agrado, como es debido, haya salido*  
*a su encuentro al vado del veloz río de los dolores<sup>167</sup>,*  
*luego de haberlo abrazado, lo besará.*

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

CORO. — *¡Un ultraje sucede a otro ultraje!*  
*Difícil es esto de juzgar: expolian al que expolia, y el*  
 1360 *que mata paga. Mientras permanezca en su trono Zeus,*  
*permanecerá —es ley divina— que el culpable sufra.*

<sup>167</sup> El Aqueronte.

1565 ¿Quién podrá arrojar de esta casa esa semilla de maldición? ¡Esta estirpe está condenada a la ruina!

CLITEMESTRA. — Te has embarcado con la verdad en este oráculo. Y yo, en consecuencia, quiero, luego de establecer pactos jurados con el genio racial de los Plisténidas<sup>168</sup>, aceptar estos hechos, por duros que sean de soportar, pero que en el futuro salga de esta casa a destruir otra estirpe mediante muertes parricidas. Y de las posesiones, con tener una parte pequeña me basta, ¡si consigo arrancar del palacio esas locuras de asesinarse unos a otros!

(Entra Egisto con gente armada.)

EGISTO. — ¡Oh luz gozosa del día de la venganza! ¡Ahora sí que puedo decir que desde arriba, vengadores de los mortales, los dioses ven los dolores que hay en la tierra!

1580 Sí. Porque de manera grata para mí he llegado a ver a ese hombre yacente en el manto tejido por las Erinis, pagando con ello los crímenes del brazo paterno.

Sí. Atreo, el soberano de este país, el padre de ése, a Tiestes, mi padre, y, para decirlo con claridad, hermano 1585 suyo, con el que estaba disputando el poder lo desterró de la ciudad y del palacio. Y, al haber regresado al hogar como suplicante el infeliz Tiestes, halló seguridad en lo que a él se refería: no ensangrentar con su muerte el suelo 1590 patrio. Pero, como presente de hospitalidad, el impío padre de éste ofreció a mi padre con más interés que amistad, aparentando que celebraba en demostración de buena voluntad un día dedicado a los sacrificios, un festín con las carnes de sus propios hijos. Los pies y los dedos de

<sup>168</sup> Según variaciones del mito, Plistenes, hijo de Atreo, es el padre de Agamenón y Menelao; pero, muerto Plistenes, se encargó Atreo de la crianza de sus nietos.

las manos ¡los fue cortando de la parte de arriba donde 1595 se asientan con aspecto humano, y como sus carnes no lo delataban!, en su ignorancia, tomólas al punto y comió un manjar funesto, como estás viendo, para la estirpe. Luego, cuando advirtió su acción impla, dio un grito y al suelo cayó vomitando la carne de aquellos niños degollados y un destino insufrible imprecó para los Pelópidas<sup>169</sup>, y 1600 le dio un puntapié a la mesa del festín, acompañándolo de una maldición: que así pereciera toda la estirpe de Plistenes. Por eso es posible ver a éste caído, y soy yo quien, con justicia, ha urdido su asesinato.

En efecto, yo, que era el tercer hijo, fui desterrado en 1605 unión de mi tan desgraciado padre, cuando yo era niño pequeño aún en mantillas; pero, ya criado, Justicia me trajo de nuevo, y me apoderé de este hombre, estando yo aún fuera de su casa, porque tramé en su totalidad el proyecto de mi vengativa resolución, de modo que incluso morir 1610 es para mí bello, porque ya he visto a ése preso en las redes de Justicia.

CORIFEO. — Egisto, no siento respeto por el que en sus crímenes se comporta con insolencia. Tú dices que deliberadamente has matado a este hombre y que has planeado tú solo este asesinato que inspira piedad. Te aseguro que, 1615 en el momento de la justicia, no va a evitar tu cabeza las maldiciones del pueblo exigiendo tu lapidación.

EGISTO. — ¿Dices tú eso? ¿Tú, que tienes tu puesto en el remo inferior<sup>170</sup>, mientras los que mandan la nave son los que están encima del puente? Como ya eres viejo, vas a conocer qué duro resulta aprender a tu edad, cuando 1620

<sup>169</sup> Pélope era hijo de Tántalo y padre de Atreo y Tiestes.

<sup>170</sup> En las naves de guerra había, por lo general, tres filas de remos. Egisto se refiere a la más baja, considerándola de menor dignidad.

se ha dado la orden de ser prudente. Cadenas y tormentos de hambre son inspirados médicos, con la más sabia inteligencia para enseñar incluso a los viejos. ¿Tienes ojos y no lo ves? No des coccs contra el agujón, no vaya a ser que, después de pegarle, lo sientas.

1625 CORIFEO. — (*A Clitemestra.*) Mujer, tú, que, guardando la casa, esperabas al que llegase del combate, ¿estabas a la vez deshonorando el lecho de tu marido y has tramado la muerte de tu esposo y jefe del ejército?

EGISTO. — También esas palabras van a ser para ti causa de llanto. Tienes una lengua contraria a Orfeo <sup>171</sup>. Él se llevaba todo tras sí con la alegría de su canto; tú, en cambio, por haberme irritado con tus necios ladridos, serás arrastrado y, cuando ya estés sometido al poder, te mostrarás más manso.

CORIFEO. — ¡De modo que tú vas a serme Rey de los argivos! ¡Tú, que, después de haber planeado la muerte de éste, no te atreviste a ejecutar la acción, matándolo personalmente!

EGISTO. — Porque estaba claro: había que engañarlo por medio de una mujer. Yo era para él sospechoso, por ser antiguo enemigo suyo.

Voy a imponer mi mando a los ciudadanos, sirviéndome de sus riquezas. Y, al varón que no sea obediente, lo unirá a un duro yugo, y no va a ser un potro amadrinado, 1640 harto de cebada, sino que él hambre, odiosa vecina de las tinieblas <sup>172</sup>, lo verá sumiso.

CORIFEO. — ¿Por qué no prescindiste de tu alma cobarde y mataste a este hombre tú solo, sino que de acuer-

<sup>171</sup> Orfeo, con su música, atraía a los animales y plantas e, incluso, a los habitantes del reino de Hades.

<sup>172</sup> En la prisión.

do contigo lo mató una mujer, baldón de esta tierra y sus 1645 dioses locales?

¿Ve Orestes, acaso, la luz para que, vuelto aquí con suerte favorable, llegue a ser el verdugo triunfal de estos dos?

EGISTO. — ¡Bien! Puesto que es tu decisión hacer y decir eso, pronto vas a enterarte.

CORIFEO. — ¡Vamos, amigos, compañeros de armas, ya 1650 no está lejos este trabajo!

EGISTO. — ¡Vamos! ¡Que cada cual se disponga a empuñar la espada!

CORIFEO. — ¡Bien! ¡Tampoco yo ¡rehúso morir! con la espada en la mano!

EGISTO. — Hablas —sí— a quienes aceptan morir, pero preferimos tener buena suerte.

CLITEMESTRA. — (*Interponiéndose entre ambos grupos.*)

¡De ningún modo; oh el más querido de los varones, hagamos nuevos males!

¡Ya es una triste cosecha el haber segado estos otros 1655 en abundancia! ¡Ya hay bastantes desgracias! ¡No nos bañemos en sangre!

¡Y vosotros, ancianos, marchad ya a esas casas que os fijó el destino!, antes que padezcáis las consecuencias de esta situación.

Esto fera preciso!, conforme lo hicimos. ¡Aceptaríamos! que hubiera ¡bastante! con estas penas, heridos como 1660 estamos, desgraciadamente, por la pesada garra de una deidad.

Así es la opinión de una mujer, por si alguno se dignara aprenderla.

EGISTO. — (*Mientras retrocede al palacio empujado suavemente por Clitemestra.*) ¡Pero que esta gente me ¡desprestigie! de esa manera con su estúpida lengua y me arro-

je tales insultos, desafiando a su propia suerte y que <hayan dicho> que el que ejerce el poder no adoptó una prudente decisión!

1665 CORIFEO. — No sería esto propio de argivos: el adular a un hombre cobarde.

EGISTO. — ¡Bien! ¡Ya iré yo a buscarte en días venideros!

CORIFEO. — ¡No será así, si un dios guía a Orestes hasta que haya llegado aquí!

EGISTO. — Sí. Sé de hombres que están desterrados que se alimentan sólo de esperanzas.

CORIFEO. — ¡Hala! ¡Ejerce el poder, engorda, mancilla la justicia, puesto que puedes!

1670 EGISTO. — ¡Entérate: me vas a pagar esa locura!

CORIFEO. — ¡Presume de valiente, igual que un gallo junto a la gallina!

CLITEMESTRA. — No tengas en cuenta esos estúpidos ladrillos. <Yo> y tú, como dueños de este palacio, los pondremos <en orden>.

*(Clitemestra y Egisto se dirigen al palacio escoltados por su séquito, mientras el Coro abandona la escena entre gestos de protesta.)*

## LAS COÉFORAS

NOTA TEXTUAL

	<i>Lecturas de Page rechazadas</i>	<i>Lecturas adoptadas</i>
124b	<...>	<ἀρηξον> (KLAUSEN)
369	<...>	<καὶ ὥς> (TRADUCTOR <sup>1</sup> )
378	†συγερῶν τούτων	†συγερὸν τούτω (MAZON)
385	δμως	ὁμῶς (TRADUCTOR <sup>2</sup> )
415	†ἐπαλκῆς θραρέ†	†ἐπ' ἀλκῆς θαρρή (TRA- DUCTOR <sup>3</sup> )
416	<...>ἀπέστασεν	<τότε> ἀποστήσει (TRA- DUCTOR <sup>4</sup> )
482	<...>	<πόνον> (ENGER)
544	†εἰῶσα σπαργανη- πλειζετο†	ἐμοῖσι σπαργάνοις ὠπλίζε- το: (LLOYD-JONES)
616	χρυσεοκμήτοισιν	χρυσεοδμήτοισιν (HER- MANN)
628	†ἐπ' ἀνδρὶ δῆοις ἐπικότω σέβασ†	ἐπ' ἀνδρὶ δάοις ἐπεικότως σέβα (LLOYD-JONES)
673	κυπτός	κρυκτός (BLOMFIELD)

1. Intentamos suplir con esta conjetura la laguna existente en el texto.
2. Nos parece más adecuada esta acentuación. (Page: «ut vid. M<sup>2</sup>»).
3. En este verso tan corrupto nos parece más coherente nuestra lectura con el contexto.
4. Verso también dudoso. Procuramos que nuestra interpretación se corresponda con la hecha para el verso anterior y con el conjunto del contenido de la estrofa.

	<i>Lecturas de Page rechazadas</i>	<i>Lecturas adoptadas</i>
786	κυρίως σωφροσυνευ†	κυρίους σωφροσύνη† (TRA- DUCTOR <sup>5</sup> )
787	μαιομένοις	μαιομένους (TRADUCTOR <sup>6</sup> )
791	ἄραι	ἄρας (LLOYD-JONES)
864	τάρχάς τε πολιισσο- νόμουστ	τάρχαῖς τε πολιισσονόμοισ† (BLAYDES)
1044	<...>	<ἀκούσομαί νυ μ' ὄντα μη- τροκτόνον> (TRAD. <sup>7</sup> )

5. Es un texto muy corrupto, cuya lectura aventuramos y creemos valedera.

6. Nuestra lectura del verso anterior exige que el participio esté en acusativo, masculino y plural.

7. Intentamos suplir con esta conjetura la laguna existente en el texto. Creemos que nuestra conjetura es coherente, casi imprescindible.

## PERSONAJES

ORESTES.

PÍLADES.

CORO (compuesto por prisioneras troyanas, a la sazón, esclavas).

ELECTRA.

PORTERO.

CLITEMESTRA.

NODRIZA DE ORESTES.

EGISTO.

Un ESCLAVO.

La escena representa el palacio de los Atridas delante del cual está la tumba de Agamenón. Junto a la puerta del palacio hay estatuas de dioses, una, de Apolo. La decoración está dispuesta de modo que, además de la puerta exterior del palacio, hay —visible y practicable— una puerta interior que da entrada al gineceo.

Es de madrugada.



*(Entran en escena, procedentes del campo, Orestes y Pílates. Se aproximan a la tumba de Agamenón.)*

ORESTES. — Hermes subterráneo <sup>1</sup>, en atención al poder que tuvo mi padre, sé para mí —te lo suplico— salvador y aliado, pues llego a esta tierra y vuelvo del exilio..., y junto al túmulo de esta tumba envío a mi padre el mensaje de que me oiga, me escuche... (ofrezco) <sup>2</sup> a Ínaco <sup>3</sup> un bucle en pago de mi crianza y éste segundo en señal de duelo...

No lloré, padre, tu muerte ni extendí mi mano <sup>3</sup> en el momento de sacar tu cadáver de casa para ir a enterrarlo...

¿Qué estoy yo viendo? ¿Qué cortejo de mujeres es éste <sup>10</sup> que avanza, notable por sus velos negros? ¿A qué desgracia debo referirlo? ¿Ha caído sobre el palacio un nuevo dolor o he acertado al imaginar que traen a mi padre liba- <sup>15</sup> ciones, ofrendas que aplacan a los muertos? No es otra cosa, pues me parece que veo avanzar a mi hermana Electra en la que se hace visible su triste duelo.

¡Oh Zeus, concédeme vengar la muerte de mi padre y sé, de grado, aliado mío!

<sup>1</sup> Una de las funciones de Hermes es acompañar a las almas de los muertos hasta el reino de Hades. De aquí su denominación de Psicopompo.

<sup>2</sup> Conjetura nuestra.

<sup>3</sup> Para que se pusiera en marcha el cortejo fúnebre.

20 Píladés, pongámonos fuera de sus miradas, para enterarme con claridad de cuál es la causa de esta procesión deprecatoria.

(Orestes y Píladés se esconden. Entran Electra y el Coro.)

Estrofa 1.<sup>a</sup>

COBO. — Del palacio he venido, enviada en procesión de duelo con libaciones y ágiles golpes de mi mano<sup>4</sup>.  
25 Ensangrentada se ve mi mejilla por las heridas que acabo de hacerme con los arañazos de mis uñas, y de lamentos se va alimentando mi corazón a lo largo de toda mi vida. Al compás de mis gritos de dolor, se rasgaba en jirones,  
30 se destrozaba el lino de mis vestidos, y el atavío que cubre mi pecho ha sido herido por tristes desgracias.

Antistrofa 1.<sup>a</sup>

Con voz estridente que eriza el cabello, el genio maléfico de esta morada, profetizando en pesadillas, salió a deshora del sueño y exhaló ira en plena noche. Y, de pavor,  
35 lanzó un grito que se elevó desde lo hondo del palacio y fue cayendo con terror en las estancias de las mujeres.

(Y los intérpretes de estos ensueños, de parte de la deidad y comprometiendo su palabra, han gritado que  
40 quien habita bajo la tierra<sup>5</sup> reprocha con ardor, lleno de ira a quienes lo mataron.

<sup>4</sup> Formas de expresar el dolor las mujeres eran darse golpes en la cabeza y en el pecho, mesarse los cabellos, arañarse el rostro, rasgar sus vestidos.

<sup>5</sup> Agamenón.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Y para este homenaje que no es homenaje, con la pretensión de que la libre de desgracias, ¡oh madre tierra!,  
45 me envía ansiosa, una impía mujer<sup>6</sup>. Pero tengo miedo de pronunciar esas palabras<sup>7</sup>, pues ¿qué redención existe para una sangre vertida en tierra?

¡Ay de este hogar miserable del todo! ¡Ay de la ruina  
de esta morada!

Tinieblas sin sol que inspiran odio a los mortales cubren la casa, debido a la muerte del amo.

Antistrofa 2.<sup>a</sup>

El respetuoso temor de antaño, indómito, inatacable,  
55 libre de guerra, que penetraba en los oídos y en los corazones de la gente del pueblo, ahora se está retrayendo, y todos están llenos de miedo, que, en la común opinión  
60 de los mortales, tener buena suerte vale tanto como ser un dios e incluso más que un dios. Pero, rápido, el peso de Justicia<sup>8</sup> pone sus ojos, en unos, a plena luz del día<sup>9</sup>; a los que van avanzando en el tiempo, les aguardan estos dolores en el crepúsculo de la obscuridad<sup>10</sup>; de otros, en  
65 fin, se adueña una noche absoluta<sup>11</sup>.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

A causa de la sangre bebida por la tierra nutricia, sin desaparecer, se ha cuajado una sangre vengadora: una rui-

<sup>6</sup> Clitemestra.

<sup>7</sup> Las que se pronuncian ritualmente en el momento de la ofrenda.

<sup>8</sup> Personificada.

<sup>9</sup> En la plenitud de la vida.

<sup>10</sup> De la muerte, es decir, cuando se acerca el fin de la vida.

<sup>11</sup> Muerte —¿o fracaso?— repentina.

na †causante de graves dolores† va llevando al culpable  
70 a llenarse de una enfermedad †contra la que no hay posible  
defensa.†

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

No existe remedio para quien viola una cámara nup-  
cial<sup>12</sup>, y, si las aguas de todos los ríos, saliendo de un  
único cauce, empapan la sangre que mancha la mano con  
la intención de purificarla, se dirigen en vano hacia ello.

Epodo.

75 Pero, ya que los dioses llevaron inevitable desgracia a  
mi pueblo<sup>13</sup>, y de la casa paterna †me† trajeron con desti-  
no de esclava, me toca aprobar lo justo †e injusto† que  
venga de quienes mandan en mi vida, dominando mi amar-  
80 go odio con violencia sobre mi alma. Pero lloro bajo mis  
velos la suerte funesta de mis amos, con el corazón helado  
por dolores que oculto.

ELECTRA. — Mujeres esclavas encargadas del cuidado del  
85 palacio, puesto que estáis aquí conmigo como portadoras  
de estas libaciones, sed mis consejeras en estos asuntos.  
¿Qué debo yo decir, al derramar estas fúnebres libaciones?  
¿De qué manera debo hablarle yo, para serle grata? ¿Có-  
mo dirigir la oración a mi padre? ¿Le diré, acaso, que  
90 se las traigo de parte de la amada para el amado? ¿De  
la esposa al marido? ¿De la que es mi madre?  
(93) ¿Debo decirle esas palabras conforme es rito entre mor-  
(94) tales: que corresponda a quienes envían estas ofrendas,

<sup>12</sup> Rechazamos otras interpretaciones. Aquí hay una evidente alusión  
al adulterio de Clitemestra y Egisto.

<sup>13</sup> Troya.

concediéndoles bienes iguales —un don que sea digno de (95)  
sus maldades—?

¿O, luego de haber derramado en silencio, vergozosa- (96)  
mente —pues del mismo modo murió mi padre—, estas (97)95  
libaciones, líquido que, vertido, bebe la tierra, me iré co- (98)  
mo el que, tras verter impurezas, tira hacia atrás la vasija (99)  
sin volver la mirada? No tengo valor para ello ni sé qué (91)  
le diga, al verter esta ofrenda sobre la tumba de mi padre. (92)

Participad, amigas, en mi decisión, ya que comparti- 100  
mos el odio en palacio. No lo tengáis oculto dentro del  
corazón por miedo de alguien, que la muerte, por igual  
le aguarda al que es libre y al dominado por otra mano.

Si se te ocurre algo mejor que eso, puedes hablar. 105

CORIFE0. — Pues me lo mandas, y yo respeto como un  
altar la sepultura de tu padre, diré la opinión que me sale  
del alma.

ELECTRA. — Puedes hablar conforme al respeto que has  
expresado hacia la tumba de mi padre.

CORIFE0. — Mientras derramas las libaciones, pronun-  
cia palabras propicias a quienes le son favorables.

ELECTRA. — ¿A quiénes de entre mis deudos puedo dar 110  
ese nombre?

CORIFE0. — A ti misma, en primer lugar, y a cualquier  
otro que odie a Egisto.

ELECTRA. — En ese caso, en beneficio mío y tuyo, pro-  
nunciaré yo esta plegaria.

CORIFE0. — Puesto que eso lo has aprendido, piensa  
ya sola.

ELECTRA. — ¿Pues con quién otro debo contar en esa  
actitud?

CORIFE0. — Recuerda a Orestes, aunque esté fuera. 115

ELECTRA. — ¡Eso está bien! Y no menos bien me has  
hecho recapacitar.

CORIFE0. — Y luego, acordándote, para los autores del asesinato...

ELECTRA. — ¿Qué debo decir? Enséñame, sirve de guía a una inexperta.

CORIFE0. — ...que venga sobre ellos un dios o un mortal.

120 ELECTRA. — ¿Te refieres a un juez o vengador?

CORIFE0. — Di simplemente: «cualquiera que dé muerte por muerte».

ELECTRA. — ¿Y es piadoso que yo eso reclame de los dioses?

CORIFE0. — ¿Cómo no va a serlo devolver mal por mal al enemigo?

*(Electra da comienzo a la ceremonia fúnebre.)*

0451294 ELECTRA. — Herald0 supremo de cuantos viven sobre  
134b la tierra o debajo de ella, (dame tu ayuda), Hermes, Her-  
125 mes subterráneo; llévame el mensaje, para que los dioses  
de bajo la tierra, deidades tutelares de la morada de mi  
padre, presten oído a mis plegarias, y también la tierra,  
la que todo lo pare y, después de haberlo criado, lo recibe  
de nuevo en su seno.

Yo, al derramar estas libaciones en honor del muerto,  
130 digo, invocando a mi padre: «Ten compasión de mí y de  
mi amado Orestes y enciende de nuevo la luz en palacio,  
porque, en cierto modo, ahora andamos nosotros errantes,  
vendidos por la misma que nos parió, mientras que ella  
ha tomado, en tu lugar, por marido a Egisto, precisamente  
135 el que fue cómplice de tu asesinato. Yo ocupo el lugar  
de una esclava, y, lejos de sus riquezas, Orestes está desterrado,  
en tanto que ellos, con arrogancia, se refocilan en  
grande con lo que ganaste con tus fatigas. ¡Que venga  
140 aquí Orestes —te ruego— por una fortuna feliz! Y escú- 140

chame, padre, concédeme que llegue yo a ser mucho más  
casta que lo es mi madre y más piadosa con mi mano.

«Éstas son las plegarias en nuestro favor. Para los culpables, yo digo, padre, que se presente un vengador tuyo y que, con justicia, a los que mataron, se lo haga pagar con la muerte. Esto lo coloco en el centro de mi plegaria, 145  
diciendo, en perjuicio de aquéllos, esta imprecación. Para nosotros, en cambio, envía aquí arriba bienes con ayuda de las deidades, la tierra y la justicia vengadora.»

Con tales plegarias hago la ofrenda de estas libaciones.  
Exige el rito que vosotras lo coronéis con gritos de duelo, 150  
entonando el peán por el muerto.

CORO. — *Derramad con clamores un llanto mortuario en honor de nuestro amo muerto, en compensación de ese flujo de ofrendas y como protección contra los malvados, 155  
contra la odiosa mancha de las libaciones que han sido vertidas.*

*Escúchame, augusto señor; escucha, mi amo, desde las tinieblas en que está tu alma.*

*¡Ay, ay, dolor! ¡Ay, dolor!*

*¡Que venga un varón fuerte por su lanza, liberador de 160  
su morada, †sujetando en sus manos los dardos escitast  
en el momento de tender el arco, y un Ares que, de impro-  
viso, clave la espada hasta la misma empuñadura!*

*(Electra advierte el rizo de Orestes sobre la tumba.)*

ELECTRA. — Ya tiene mi padre las libaciones que bebe 164  
la tierra; pero compartid este nuevo asunto. 166

CORIFE0. — Puedes hablar, pero me baila el corazón de miedo.

ELECTRA. — Aquí, sobre la tumba, estoy viendo un bucle cortado.

CORIFEO. — ¿De quién puede ser? ¿De un varón o de una doncella de estrecha cintura?

170 ELECTRA. — Es fácil de conjeturar. Cualquiera puede imaginarlo.

CORIFEO. — ¿Cómo aprenderlo yo que soy vieja de la que es más joven?

ELECTRA. — No hay nadie, excepto yo, que se lo haya cortado.

CORIFEO. — Sí, los enemigos, a quienes convenía manifestar su duelo con el cabello.

ELECTRA. — Pero es que puede verse con facilidad que éste es muy semejante.

175 CORIFEO. — ¿A qué cabellera? Quiero saberlo.

ELECTRA. — Es muy semejante en su aspecto a la mía.

CORIFEO. — En ese caso, ¿habrá sido una ofrenda de Orestes en secreto?

ELECTRA. — Tiene el mayor parecido con sus bucles.

CORIFEO. — ¿Y cómo se atrevió a venir hasta aquí?

180 ELECTRA. — En homenaje a su padre, envió sus cabellos cortados.

CORIFEO. — Me dices algo que no es menor causa de abundante llanto, si jamás tocará con su pie este país.

ELECTRA. — También ha acudido a mi corazón una ola de cólera y he sido herida como por flecha que me atravesará. Caen de mis ojos incontenibles gotas sedientas de un violento diluvio, al ver este bucle. Porque, ¿cómo voy a esperar que cualquier otro ciudadano sea el dueño de este mechón? Pero tampoco se lo cortó la que lo mató, mi madre, sí, indigna de ese nombre, pues siempre ha tenido sentimientos impíos para sus hijos.

¡Pero que yo apruebe abiertamente eso, que la ofrenda ésta pertenece al que es para mí el más querido de los mortales...! Me halaga, sin embargo, la esperanza.

¡Ay! ¡Ojalá que tuviera voz inteligible, cual de un mensajero, para no verme solicitada por pensamientos contradictorios, sino que me dijera muy claramente que yo escupiera sobre este bucle, si hubiera sido cortado de la cabeza de un enemigo, o, por ser de mi hermano, compartiera el duelo conmigo, como ofrenda y honor para esta tumba de nuestro padre.

Pero invocaremos a los dioses que saben por qué clase de tormentas, como navegantes, somos arrastrados. Si es nuestro destino lograr salvación, de una pequeña semilla, puede brotar un tronco grande.

Hay un segundo testimonio: huellas de pies iguales y comparables a los míos. En efecto, aquí hay dos pares de huellas, las tuyas y las del que camina a su lado. Los talones y las señales de los tendones, al ser medidas coinciden con las mías.

Siento un vivo dolor, y mi alma está sumida en la confusión.

*(Orestes y Píades salen de su escondite.)*

ORESTES. — Ya que estabas dirigiendo a los dioses plegarias que se van cumpliendo, ruega que en el futuro alcances el éxito.

ELECTRA. — ¿Pues qué estoy obteniendo yo de los dioses ahora?

ORESTES. — Llegas a la presencia de quienes ha tiempo rogabas.

ELECTRA. — ¿Y a qué mortal sabes tú que yo llamaba?

ORESTES. — Sé que estás llena de admiración por Orestes.

ELECTRA. — ¿Y en qué consigo yo el cumplimiento de mis plegarias?

ORESTES. — Ése soy yo. No andes buscando a un ser más querido.

220 ELECTRA. — ¡Ay, extranjero! ¿Me estás tú tendiendo una trampa?

ORESTES. — En ese caso, estoy maquinando contra mí mismo.

ELECTRA. — ¿Quieres reírte de mis desgracias?

ORESTES. — Y también de las mías, entonces, pues son tuyas.

ELECTRA. — ¿Debo darte ese nombre, convencida de que eres Orestes?

225 ORESTES. — Te cuesta trabajo reconocerme, cuando me estás viendo en persona, y, en cambio, en el momento  
(228) que viste ese cabello cortado en señal de duelo y andabas  
(227) siguiendo el rastro de mis pasos, te exaltaste y creías que  
(230) ya estabas viéndome. Examina ese bucle y colócalo junto  
(229/230) al pelo, donde fue cortado, de tu propio hermano, coincidente en medida con el que tienes en tu cabeza. Mira, además, este tejido, obra de tus manos, las señales del peine de tu telar y tus dibujos de bestias feroces.

Domínate, no pierdas el juicio por la alegría. Ya se yo que nuestros parientes más íntimos son nuestros crueles enemigos.

235 ELECTRA. — ¡Oh el más amado objeto de amor de la morada de nuestro padre! ¡Llorada esperanza de la semilla salvadora! ¡Confía en tu valor y recobra tu casa paterna!

¡Oh dulce rostro a quien amo por cuatro motivos!  
240 Forzosamente eres acreedor a que te llame padre, en ti recae también el amor de la madre —a ella\* la odio justamente— y el de mi hermana, sacrificada sin piedad, y eres para mí el hermano en quien puedo confiar, el único

que me respeta. ¡Sólo pido que Fuerza <sup>14</sup> y Justicia <sup>14</sup>, junto a Zeus, el tercero, el más poderoso de todos, vengan en <sup>245</sup> mi ayuda!

ORESTES. — ¡Zeus, Zeus, sé espectador de estos sucesos! ¡Mira la nidada huérfana del águila que fue su padre muerto en los lazos y en los anillos de una cruel víbora! ¡El hambre que causa el ayuno agobia a los huérfanos, <sup>250</sup> pues no son capaces de traer al nido la caza que traía su padre! En esta situación puedes vernos tanto a mí como a ésta —a Electra me refiero—: hijos sin padre y víctimas ambos del mismo destierro de su casa. Pero, cuando hayas <sup>255</sup> aniquilado a estos polluelos, hijos de un padre que hacía en tu honor sacrificios y te ofrecía grandes honores, ¿de dónde vas a recibir el honor de abundantes festines ofrecidos por una mano de la misma estirpe? Una vez que destruyas las crías del águila, no podrás enviar a los mortales signos convincentes, ni este tronco regio, totalmente seco <sup>260</sup> ya por tu culpa, podrá acudir en ayuda de tus altares en los días en que se ofrecen sacrificios de bueyes.

Cuida de nosotros. De esta casa pequeña puedes levantar una casa grande, aunque ahora parezca que se ha derribado completamente.

CORIFEO. — Jóvenes, salvadores del hogar paterno, guardad silencio, hijos míos, para que no se entere alguno <sup>265</sup> que, por simple placer de su lengua, cuente todo esto a quienes tienen el poder. ¡Ojalá yo los viera alguna vez muertos sobre resinosos chorros de llamas! <sup>25</sup>

ORESTES. — No me traicionará el muy poderoso oráculo <sup>270</sup> de Loxias, pues me estuvo ordenando afrontar hasta el fin este riesgo. Mucho alzó la voz y me gritó las desgra-

<sup>14</sup> Personificada como deidad.

<sup>15</sup> En la pira funeraria.

cias que helarán mi ardiente corazón, si no voy contra los que mataron a mi padre de la misma manera que ellos lo hicieron, y me estuvo diciendo que los matara en compensación.

276/275 Pero me decía una y otra vez que yo lo pagaría perso-  
 (277) nalmente con muchas desgracias repulsivas para mi alma,  
 (275) viniendo a ser como un toro salvaje, con castigos que de-  
 jan sumido en la ruina, pues me dijo y me estuvo anun-  
 ciando los remedios contra las aflicciones que para los  
 mortales proceden del interior de la tierra; y aprobaba las  
 280 enfermedades que atacan las carnes con feroces mandíbu-  
 las, las lepras devoradoras de la primitiva naturaleza y que  
 con esta enfermedad aparece en las sienes la lepra blanca.  
 Otros ataques de las Erinis me estuvo diciendo que ocu-  
 285 rren debido a la sangre vertida de un padre —†porque frun-  
 ciendo el entrecejo ve en las tinieblas con claridad†—; que  
 el tenebroso dardo de los que habitan bajo tierra y exigen  
 una expiación por haber caído en el seno de la propia es-  
 tirpe, y, además, la locura y el miedo funesto que surge  
 en la noche, agitan, turban y expulsan de la ciudad a un  
 290 cuerpo maltratado por látigo<sup>16</sup> de bronce; y que a gente  
 así no le es posible participar de la crátera ni de las libacio-  
 nes habituales, sino que los aleja de los altares la ira invis-  
 ible de su padre; y que ninguno lo recibe ni se aloja  
 295 en su casa, sino que, privado de todo derecho y sin ami-  
 gos, muere con el tiempo de mala manera, aniquilado por  
 el pernicioso destino que fue destruyéndolo.

¿Hay que dar crédito a estos oráculos? Aunque no lo sé, debo llevar a cabo la acción, pues muchos deseos con-

<sup>16</sup> Texto oscuro. El oráculo presenta ante Orestes las consecuencias para él de no vengar a su padre.

fluyen en uno: las órdenes del dios y el inmenso dolor por mi padre.

Me apremia, además, la falta de riquezas, para evitar que los ciudadanos más famosos de los mortales, los destructores de Troya, reconocidos por su valor, vengan a ser súbditos de dos mujeres de esa clase, pues femenina es su alma<sup>17</sup>. Y, si no es así, pronto se sabrá.

CORO. — ¡Oh grandiosas Moiras, por designio de Zeus dad fin a esto de esa manera con que lo justo hace cambiar la situación! «Que a palabras de odio, respondan pa- 310  
 labras de odio», dice a grandes gritos Justicia cobrando la deuda. «Que por golpe asesino se pague otro golpe ase-  
 sino: que el que lo hizo lo sufra». Eso dice un refrán muy antiguo<sup>18</sup>.

ORESTES.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

¡Oh padre, desgraciado padre!, ¿qué puedo decir o qué 315  
 puedo hacer para favorecerte, desde aquí arriba, donde tu lecho te retiene?

A la oscuridad corresponde la luz, y del mismo modo 320  
 viene a ser homenaje el glorioso lamento en honor del Atrida, †el primer jefe de nuestra familia.†

CORO.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Hijo, no aniquila al alma del muerto la poderosa quija- 325  
 da del fuego, sino que después hace ver su ira.

<sup>17</sup> La de Egisto.

<sup>18</sup> El Coro enuncia los postulados de la justicia personal y vindicativa que se pretende superar atribuyendo al Estado la capacidad de enjuiciar.

330 *Llorado es el muerto y se descubre el asesino; y, excitado, el lamento legítimo de padres e hijos busca venganza sobreabundante.*

ELECTRA.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

*Escucha, pues, padre mío, en mi turno, los sufrimientos que tantas lágrimas me cuestan: un canto fúnebre de tus dos hijos te está llorando junto a la tumba; y ha recibido tu sepultura a unos suplicantes que son igualmente desterrados. ¿Qué hay en ello de bueno? ¿Qué está libre de males? ¿No es una ruina insuperable?*

340 *CORO. — Pero todavía, si un dios lo desea, puede poner en su lugar unos sonidos más armoniosos y, en vez de trenos sobre la tumba, en la morada de los reyes, puede un peán<sup>19</sup> traer a un ser querido recién mezclado<sup>20</sup>.*

Estrofa 3.<sup>a</sup>

345 *ORESTES. — ¡Ojalá, padre, que al pie de los muros de Ilio hubieras muerto, atravesado por una lanza, a manos de un licio! ¡Hubieras, entonces, dejado en tu casa fama gloriosa y, tras haber instaurado en el camino de tus hijos una vida objeto de envidia, tendrías en tierra ailende la mar una elevada supultura, lo que sería fácil de soportar para tu casa!*

<sup>19</sup> Metonimia: «la victoria.»

<sup>20</sup> Se compara a Orestes, que vuelve a su casa, con el vino con que se brinda por la amistad.

CORO.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

*¡Y hubieras sido amigo de tus amigos que allí<sup>21</sup> murieron gloriosamente, señor distinguido digno de augustos honores bajo la tierra, servidor de los máximos reyes subterráneos, pues, cuando vivías, eras un rey †de los que cumplen la función que el destino les fija, empuñando en sus manos el cetro al que obedecen los mortales.†*

ELECTRA.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

*¡Que tampoco, padre, muerto al pie de los muros de Troya, con los demás de tu ejército que perecieron heridos de lanza hubieras sido enterrado junto a la corriente del Escamandro, sino que, antes de eso, los que lo mataron hubieran muerto de esa manera (y así) de su destino portador de muerte en el futuro cualquiera se hubiera enterado, sin haber conocido estas penas nuestras!*

*CORIFEO. — Eso que dices, hija mía, vale más que el oro, tiene más importancia que una magnífica e hiperbórea<sup>22</sup> suerte. Sí, puedes decirlo, pero no es así, porque el chasquido de este doble látigo llega hasta nosotros<sup>23</sup>; nuestro defensor ya está bajo tierra, mientras son impuras las manos de los que ejercen el poder, cosa que es para él odiosa y más aún para sus hijos.*

<sup>21</sup> En Troya.

<sup>22</sup> El pueblo mítico hiperbóreo se situaba en el extremo norte de la tierra; era creencia general que ese pueblo gozaba de una vida más larga y feliz que la de los demás mortales.

<sup>23</sup> Frente a las irrealidades deseadas por Orestes y Electra —estrofa y antístrofa terceras—, existe una doble realidad que se explica a continuación y se simboliza con el restallar del látigo para atraer la atención de los dos hermanos.



ORESTES.

Estrofa 4.<sup>a</sup>

380 *Ha atravesado mi oído eso como una flecha.*  
*¡Zeus, Zeus, envía desde debajo de la tierra por fin un*  
*castigo de ruina a la mano perversa y audaz de los morta-*  
 385 *les! ¡Y con mi madre se cumplirá eso del mismo modo!*

CORO.

Estrofa 5.<sup>a</sup>

*¡Ojalá que me llegue el momento de entonar el pene-*  
*trante alarido de la victoria sobre un varón que haya sido*  
*inmolado y una mujer muerta! ¡Por qué andar ocultando*  
 390 *lo que, a pesar de todo, sale volando de mi alma? Desde*  
*la proa de mi corazón sopla una cólera violenta, un rencor-*  
*oso odio.*

ELECTRA.

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

395 *¡Y cuándo el poderoso Zeus habrá puesto su mano so-*  
*bre ellos —¡ay, ay!— y habrá cortado sus cabezas? ¡Ojalá*  
*que esta tierra llegue a tener pruebas de ello! ¡Exijo ven-*  
*ganza de los criminales! ¡Escúchame, Tierra y Potencias*  
*subterráneas!*

400 *CORO. — Ley es, sí, que las gotas de sangre vertida en*  
*el suelo otra sangre exijan, porque la muerte invoca a Eri-*  
*nis, agregando a una ruina otra ruina que arranca del muer-*  
*to anterior.*

ORESTES.

Estrofa 6.<sup>a</sup>

405 *¡Oh, oh Potencias reinantes sobre los muertos: contem-*  
*plad las muy poderosas maldiciones de los difuntos; con-*

*templad lo que queda de los Atridas, en la miseria y priva-*  
*dos de su palacio!*

*¡Zeus!, ¿adónde podría uno volverse?*

CORO.

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

*De nuevo me ha dado un vuelco el corazón, al escuchar 410*  
*ese lamento. De oírte esas palabras, desesperada me siento*  
*a veces y mis entrañas se ponen negras. Pero, si de nuevo 415*  
*llega a mostrarse confiado en su valentía, <entonces> me*  
*quitará el dolor †hasta parecer† me bien.*

ELECTRA.

Antístrofa 6.<sup>a</sup>

*¿Qué podríamos decir para lograr nuestro intento? ¿Aca-*  
*so los dolores que hemos padecido de parte —sí— de la*  
*que nos parió? Posible es intentar mitigarlos, pero no se 420*  
*dejan calmar, pues mi corazón —de mi madre heredado—*  
*es implacable como el de un lobo carnicero.*

CORO.

Estrofa 7.<sup>a</sup>

*He acompañado con golpes el fúnebre canto ario <sup>24</sup>,*  
*al estilo de una plañidera de Cisia. Se podía ver la flexión 425*  
*de mis brazos errantes desde lo más alto, sin cesar, infligiéndome*  
*golpes continuos; a cada uno de ellos, respondía*  
*ruidosa mi resonante y mísera cabeza.*

ELECTRA.

Estrofa 8.<sup>a</sup>

*¡Oh madre cruel y audaz en todo! ¡Con un cortejo fú- 430*  
*nebre compuesto de enemigos, sin que a su Rey acompa-*

<sup>24</sup> Del país de Media.

ñaran los ciudadanos, sin lamentos de duelo, sin que fuera llorado osaste enterrar a tu marido!

ORESTES.

Estrofa 9.<sup>a</sup>

Todo lo ejecutaste — ¡ay de mí! — de una manera ignominiosa. ¡Pero vas a pagar tu ignominia por deseo de los dioses y acción de mis manos! Luego, ¡que yo muera, después de matarte!

CORO.

Antístrofa 9.<sup>a</sup>

Fue mutilado — sí — ¡que lo sepas! Lo hizo la misma que así lo enterró, porque deseaba plantar en tu vida un destino que fuera para ti insoportable. ¡Estás oyendo las infamantes desgracias que sufrió tu padre!

ELECTRA.

Antístrofa 7.<sup>a</sup>

Estás refiriendo la muerte de mi padre. Por lo que a mí toca, yo estaba apartada, privada de honores, sin ningún derecho, recluída en mi habitación lo mismo que un perro peligroso. Más prontas que la risa, me brotaban las lágrimas, y a escondidas vertía copioso llanto entre gemidos.

(A Orestes.)

¡Graba en tu alma estas penas que oyes!

CORO.

Antístrofa 5.<sup>a</sup>

(Grábales.) Haz entrar el relato por los oídos hasta el inmóvil fondo de tu alma. ¡Así son los sucesos pasados! Pon todo tu interés en aprender por ti mismo el futuro. ¡Convénse llegar al combate con inflexible decisión!

Estrofa 10.<sup>a</sup>

ORESTES. — Te invoco, padre: ¡ven en ayuda de los tuyos!

ELECTRA. — Y yo, bañada en lágrimas, me uno a su invocación.

CORO. — Y todo este Coro, en común, lo aprueba a gritos: ¡escúchalos! ¡Ven a la luz y ayúdanos contra tus enemigos!

Antístrofa 10.<sup>a</sup>

ORESTES. — ¡Ares con Ares luchará! ¡Justicia, con Justicia!

ELECTRA. — ¡Oh dioses, como es justo, haced que se cumplan (nuestras súplicas!)

CORO. — ¡Ha tiempo que espera un destino de muerte! ¡Que venga ya! ¡Por quienes lo ruegan!

465

Estrofa 11.<sup>a</sup>

¡Oh pena innata de esta estirpe y golpe sangriento, discordante de Ate!

¡Ay duelos penosos, insufribles! ¡Ay dolor que no puede aplacarse!

Antístrofa 11.<sup>a</sup>

¡Atado está a esta casa el remedio! ¡No procede de gente de fuera, sino de ellos mismos, por medio de lucha sangrienta, cruel! ¡Este es el himno de las deidades (de) bajo en la tierra!

(Orestes y Electra, sobre la tumba, golpean la tierra.)

¡Ea! ¡Escuchad, dioses subterráneos, esta plegaria y enviad de grado a los hijos auxilio para su victoria!

ORESTES. — ¡Padre, tú que recibiste la muerte de una  
480 manera indigna de un Rey, concédeme —te lo suplico—  
el poder sobre tu palacio!

ELECTRA. — También yo, padre, necesito de ti, ¡para  
escapar de mi intensa (pena), luego de habérsela impuesto  
a Egisto.†

ORESTES. — Pues de este modo podrán instaurarse en  
tu honor festines rituales que ofrecerán los hombres.  
485 Pero, en otro caso, te verás privado de honra en los ban-  
quetes suntuosos —que a la tierra se ofrecen—, fragantes  
de asado, que el fuego consume.

ELECTRA. — Y yo, cuando abandone la casa paterna,  
te traeré en mi boda ofrendas de toda mi herencia y honra-  
ré lo primero de todo esta tumba.

ORESTES. — ¡Oh tierra, permite a mi padre contemplar  
el combate!

490 ELECTRA. — ¡Oh Perséfone<sup>25</sup>, concédenos una bella vic-  
toria!

ORESTE. — ¡Acuérdate, padre, de la bañera en que la  
vida te quitaron!

ELECTRA. — ¡Acuérdate de cómo estrenaste la red!

ORESTES. — ¡Cazado, padre, con cepos que no habían  
sido forjados en bronce!

ELECTRA. — ¡De una manera vergonzosa! ¡Mediante  
unos velos dispuestos adrede!

495 ORESTES. — ¿Te despiertas, padre, ante estos ultrajes?

ELECTRA. — ¿Alzas derecha tu cabeza amadísima?

ORESTES. — ¡O envías a Justicia como aliada de los que  
te aman o concédenos que, en compensación, los cojamos

<sup>25</sup> Hija de Zeus y Deméter. Fue raptada por Hades, con quien permanecía como esposa la mayor parte del año. En primavera volvía a la superficie de la tierra.

con las mismas trampas! ¡Eso, si, vencido, quieres real-  
mente, a tu vez, ser vencedor!

ELECTRA. — Escucha también, padre, mi último clamor: son  
puesto que has visto a estos polluelos sobre tu tumba, sien-  
te piedad del femenil lamento y, a la vez, del del macho.

ORESTES. — No permitas que desaparezca esta simiente  
de los Pelópidas, pues, de ese modo, no has muerto ni  
siquiera después de haber muerto.

ELECTRA. — Sí. Para un varón muerto, son los hijos son  
los salvadores de su buen nombre y, como los corchos,  
arrastran la red y salvan del abismo del mar el huso de lino.

ORESTES. — Escucha: son en favor tuyo tales lamen-  
tos. Tú mismo te salvarás, cuando hayas hecho honor a  
nuestra razones.

CORIFE0. — La verdad es que lo dos han alargado unas 510  
razones que no merecen ningún reproche: son en honor  
de una tumba cuyo destino fue no ser llorada.

(A Orestes.)

En lo demás, pues que en tu mente te has mantenido  
dispuesto a obrar, ya puedes pasar a la acción. Pon pronto  
a prueba a la deidad.

ORESTES. — Así será; pero no es una cosa descaminada  
informarme de quién envió las libaciones, a cuento de qué 515  
rinden honores tardíos a este incurable sufrimiento.

¡Miser0 homenaje se estaba rindiendo a un difunto ya  
desprovisto de pensamiento! No puedo imaginar de quién  
provenga. Las ofrendas son inferiores al delito, pues, si 520  
por una sola sangre, alguien ofrece todos sus bienes, ese  
trabajo suyo es inútil. Así lo asegura el proverbio.

Deseo saber eso. Si tú lo sabes, dímelo.

CORIFE0. — Lo sé, hijo mío, porque estaba presente.

Asustada por pesadillas y por terrores que le impedían  
525 el reposo nocturno, envió estas libaciones una mujer impía.

ORESTES. — ¿Estás informada de la pesadilla hasta poder decírmela con exactitud?

CORIFE0. — Según dice ella misma, creyó haber parido una serpiente.

ORESTES. — ¿Y dónde termina y acaba el relato?

CORIFE0. — La envolvió en mantillas, como a un hijo.

530 ORESTES. — ¿Qué alimento necesitaba ese monstruo recién nacido?

CORIFE0. — Ella misma le acercó el pecho en pleno sueño.

ORESTES. — ¿Y cómo no fue herida la teta por ese ser odioso?

CORIFE0. — Sí que lo fue, hasta el punto que, con la leche, sacó un coágulo de sangre.

ORESTES. — No puede ser vana esta visión.

535 CORIFE0. — Víctima del espanto, profirió un grito al despertarse, y muchas antorchas, que habían sido apagadas en las tinieblas, se fueron encendiendo en el palacio por culpa de la dueña. A continuación envió estas funebres libaciones. Concibió la esperanza de que ello sería un remedio para cortar sus padecimientos.

540 ORESTES. — Bien. ¡Ruego a esta tierra y a la sepultura de mi padre que este sueño se cumpla en mí! Lo juzgo de modo que puede estar en completo acuerdo conmigo. Si, después de haber dejado el mismo seno que  
545 yo, «la serpiente fue envuelta en mis mantillas», abrió su boca para mamar de la teta que me nutrió, mezcló con un coágulo de sangre la amada leche, y ella profirió un gemido de dolor aterrorizada, preciso es que ella, como alimentó a un prodigio espantoso, muera de forma violenta.

ta. Yo, convertido en serpiente, la mato. Eso quiere decir  
este sueño.

CORIFE0. — Te admito como intérprete de esto. ¡Que así llegue a ser!

Explica lo demás a tus amigos. Di que unos hagan algo y que no hagan tal cosa los otros.

ORESTES. — Mi explicación es simple:

(Por *Electra*.)

que ésta vaya dentro, pero le aconsejo que mantenga en  
555 silencio los acuerdos que tiene conmigo, para que quienes mataron mediante un engaño a un varón honorable, sean atrapados también con engaño y mueran en idéntica trampa, tal como Loxias profetizó, mi soberano Apolo; adivino que nunca engañó hasta el día de hoy.

Sí. Con el aspecto de un extranjero, provisto de equipo  
560 completo, llegaré hasta la puerta exterior acompañado de este hombre —de Pilades—, ten calidad de huésped de la casa y, a la vez, de aliado. Hablaremos ambos en el dialecto del Parnaso<sup>26</sup>, imitando el acento de Fócide.

Puede ser que no nos reciba ningún portero de buen  
565 talante, porque la casa está sumida en la desgracia, debido a la acción de un genio maligno. En ese caso, esperaremos que alguien, conforme pasa junto al palacio, pueda empezar a hacer conjeturas y diga así: «¿Por qué cierra la puerta Egisto al suplicante, si él está en el país y lo sabe?»  
570 Pero, si franqueo el umbral de la puerta exterior y lo encuentro en el trono de mi padre, y, después de venir él hasta mí, me habla cara a cara —sábelo bien— y, si a  
575 su presencia me llama, antes de que él diga «¿de qué país

<sup>26</sup> Monte de la Fócide en cuya ladera meridional estaba el templo de Apolo, en Delfos.

es el extranjero?»), lo haré cadáver, tras ensartarlo con mi rápida espada.

Y la Erinis, aunque ya no está falta de muerte beberá, como tercera libación, una sangre que no tenga mezcla <sup>27</sup>.

(A Electra.)

Así que tú, ahora, vigila bien lo que pasa en palacio, <sup>580</sup> para que todo ajuste a la perfección.

(Al Coro.)

A vosotras os aconsejo que mantegáis la lengua favorable al asunto, que guardéis silencio, cuando sea preciso, y que digáis lo que sea oportuno.

En lo demás <sup>28</sup>, invoco aquí a éste <sup>29</sup>, para que ponga sus ojos en mí, luego de haber dirigido en mi favor el combate en que usaré espada.

(Salen de escena Orestes y Pilades.)

CORO.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

<sup>585</sup> Cría la tierra muchos terribles dolores causados por seres horribles. El mar abarca con sus brazos multitud de <sup>590</sup> bestias hostiles al hombre. Lo dañan también, en el espacio que hay entre ambos, las centellas que surcan el aire, las bestias aladas y las que caminan sobre el suelo. Y los vientos podrían narrar la ira de la tormenta.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

<sup>595</sup> Pero, ¿quién podría decir el orgullo, audaz en exceso del varón y los amores impudentes de las mujeres que son

<sup>27</sup> Expresión eufemística para anunciar el asesinato de Clitemestra.

<sup>28</sup> La muerte de Clitemestra y sus consecuencias para Orestes.

<sup>29</sup> A Apolo, cuya imagen está ante la fachada del palacio.

osadas de corazón y (...) compañeras de ruina de los mortales?

El deseo desprovisto de amor que domina a la hembra lleva a la desgracia a las parejas de vida común, tanto de <sup>600</sup> bestias como de mortales.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Sépalos todo aquel que no deja que vuele su mente. Que conozca la maquinación que meditó una mujer que mató a su hijo, la miserable hija de Testio: quemó, prendiéndole <sup>605</sup> fuego, el rojo tizón que tenía la misma edad que su hijo desde que lloró, cuando hubo salido de su madre y con <sup>610</sup> él compartía la duración de la vida hasta el día fijado por la Moira <sup>30</sup>.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

Hay otra a quien se odia en los mitos: una doncella sanguinaria, que, en favor de los enemigos, causó la muerte <sup>615</sup> a un hombre de su familia: se dejó persuadir — ¡impúdica perra! — por los cretenses collares de oro, regalos de Minos y privó a Niso del cabello que lo hacía inmortal, mien- <sup>620</sup> tras él respiraba placidamente en el sueño <sup>31</sup>, y Hermes se apoderó de él <sup>32</sup>.

<sup>30</sup> Altea, hija de Testio y esposa de Eneo, rey de Calidón, fue advertida por las Moiras, a poco de nacer Meleagro, de que su hijo moriría tan pronto como se consumiese un tizón que en aquel momento ardía en el hogar. Altea guardó el tizón en un arca. En la cacería del jabalí de Calidón, Meleagro discutió con sus tíos por el trofeo y los mató. Irritada Altea por la muerte de sus hermanos, arrojó al fuego el tizón que marcaba la duración de la vida de su hijo. Cuando las llamas consumieron el tizón, murió Meleagro.

<sup>31</sup> Mégara, donde reinaba Niso, sufría el asedio de los cretenses al mando de Minos. Escila, hija de Niso, seducida por Minos, cortó a su padre un cabello de oro (o de púrpura) que lo hacía inmortal.

<sup>32</sup> Ver n. 1.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

Después de haber hecho mención de penas crueles †no es el momento†<sup>33</sup> de recordar a una esposa abominable<sup>34</sup>,  
625 odiosa para su familia, y la perfidia concebida por un corazón de mujer contra un varón portador de armas para defenderse, †contra un guerrero que con razón inspiraba respeto a sus enemigos†.

Honro, en cambio, al hogar<sup>35</sup> de la casa que no es  
630 fogoso †y) y las armas de mujer que no sean la audacia.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

Entre todos los crímenes, ocupa el primer puesto —según el relato— el que ocurrió en Lemnos. Aún lo llora el pueblo como un suceso abominable y, desde entonces, todos comparan sus propias desgracias con el dolor lem-  
635 nio. Pero, por esa mancha, odiosa a los dioses, se extinguió esa raza y fue despreciada por los mortales, pues nadie respeta lo que es detestable para los dioses<sup>36</sup>. ¿Cuál de estos casos no estoy citando con toda justicia?

Estrofa 4.<sup>a</sup>

La amarga punta de la espada que llega cerca de los  
640 pulmones produce una herida que atraviesa a Justicia, pisoteada en el suelo, †lo que conculca la ley divina†, cuando alguien ofende a la absoluta majestad de Zeus de modo ilegítimo.

<sup>33</sup> El Coro tiene en cuenta las recomendaciones de prudencia que le ha hecho Orestes.

<sup>34</sup> Clitemestra.

<sup>35</sup> Metafórico: «mujer».

<sup>36</sup> Las mujeres de Lemnos habían matado por celos a todos los varones de la isla.

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

Pero el cimientado de Justicia tiene firmeza y, forjador de espadas, funde el destino de antemano el bronce, y, con el tiempo, trae un hijo a su casa, para castigar  
650 la mancilla de sangres más antiguas derramadas, la ilustre Erinis, que, en lo profundo de su espíritu, mantiene los deseos de venganza.

(Salen a escena, con atuendo de viaje, Orestes y Píades. Se dirigen a la puerta exterior del palacio y dan golpes, llamando.)

ORESTES. — Esclavo, esclavo: oye la llamada en la puerta de fuera. ¿Quién hay dentro, esclavo? De nuevo te pregunto, esclavo: ¿quién hay en la casa?

Por tercera vez reclamo tu salida del palacio, si aquí  
655 se acoge al huésped por voluntad de Egisto.

(Desde dentro.)

PORTERO. — Sí, ya te oigo. ¿De dónde es el extranjero? ¿De dónde viene?

ORESTES. — Anúnciame a los amos de la casa. Vengo a verlos y les traigo noticias recientes. Pero hazlo con pres-  
660 teza, que ya el oscuro carro de la noche se apresura y ya es hora de que el viajero eche el ancla en la casa en que acogen a huéspedes.

Que salga de la casa alguno con poder de acabar esto, una mujer que mande en el lugar. Pero es más conveniente que sea un hombre quien salga, pues el pudor en las con-  
665 versaciones hace que las palabras sean oscuras. Un hombre le habla a otro hombre con plena confianza y le hace saber con claridad sus fines.

(Se abre el palacio y sale Clitemestra acompañada por una sirvienta.)

CLITEMESTRA. — Extranjeros, podéis hablar, si necesitáis alguna cosa. Hay en palacio lo que es conveniente en tales ocasiones: baños calientes, lechos que calman la fatiga y compañía de miradas justas.

Pero, si hay que tratar de algo que requiera mayor prudencia, cosa es ésta propia de hombres. Se lo comunicaré.

ORESTES. — Soy un extranjero de Dáulide, de las tierras de Fócide y, conforme venía con mi propio equipaje, que traía yo mismo, en dirección a Argos —como que aquí di descanso a mis pies—, un hombre que no me conocía, ni yo a él tampoco, que coincidió conmigo, luego de haberme preguntado cuál era mi camino y decirme el suyo, Estrofió el focéo —pues lo sé por la conversación— me dijo: «Extranjero, puesto que de todas maneras caminas a Argos, recuerda y di a sus padres con toda exactitud que Orestes ha muerto. No lo olvides en modo alguno. Tanto si prevalece en su familia la opinión de llevárselo, como si piensan que se le entierre donde habitaba, quedando allí por siempre jamás como huésped, trae sus órdenes, cuando regreses, pues, hasta ahora, las paredes de una urna de bronce han ocultado las cenizas de un varón que ha sido llorado como se debía.»

He dicho todo cuanto oí. No sé si se da la casualidad de que estoy hablando con quienes tienen capacidad para decidir, pero justo es que lo sepa quien lo engendró.

CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí! ¡Cómo me siento destruida absolutamente! de arriba abajo! ¡Oh insuperable Maldición de este palacio! ¡Cuán lejos alcanza tu vista! ¡Incluso lo que estaba fuera, puesto a buen recaudo! ¡Desde lejos matas con tus flechas certeras y me privas de seres queridos! ¡Desgraciada de mí! ¡Y ahora Orestes, que con senatez estaba fuera, alejando su pie de este fango de muerte (...)! ¡Y ahora la esperanza que había en la familia de

que él la curara de su locura de maldad, anótalo: nos ha abandonado!

ORESTES. — Yo hubiera querido haberme dado a conocer, ante unos huéspedes tan felices, con motivo de asuntos ventajosos y haber sido hospedado, pues ¿qué hay mejor dispuesto que un huésped para quien lo hospeda? (Pero) en mi corazón era algo impío no llevar a cabo un asunto de tal importancia, que interesaba a mis amigos, después de haberlo prometido y haber sido acogido como huésped.

CLITEMESTRA. — No obtendrás menos de lo que es digno de ti ni puedes ser menos amigo para esta casa. Otro cualquiera hubiera llegado a anunciarnos la misma noticia.

Pero ya es hora de que unos huéspedes que han gastado el día entero en un largo viaje reciban las adecuadas atenciones.

*(A la esclava.)*

Condúcelo a las habitaciones de los varones que hay reservadas para los huéspedes en el palacio —y a su servidor y compañero de viaje— y que allí disponga de lo conveniente. Te recomiendo que lo hagas como responsable que eres de ello.

*(Entran en el palacio, acompañados por la esclava, Orestes y Píladés.)*

Yo voy a comunicar estas noticias al que manda en la casa. Como no andamos escasos de amigos, deliberaremos con ellos sobre esta desgracia.

*(Clitemestra entra en el palacio.)*

CORO. — ¡Ea, leales esclavas del palacio!, ¿cuándo vamos nosotras a mostrar todo el vigor de nuestras bocas en favor de Orestes?

*¡Oh augusta tierra y venerable túmulo que ahora descansa sobre el regio cuerpo que a su mando tenía la escuadra, escúchanos en este momento y en este momento concede tu ayuda!*

*¡Ahora es el momento preciso de que baje a ayudar la trapacera Persuasión y de que Hermes, subterráneo y sombrío, tome a su cargo estos combates en que se mata con espadas!*

*(Aparece en la puerta del palacio la nodriza de Orestes.)*

730 CORIFE0. — Parece que el varón extranjero está produciendo alguna desgracia. Ahí veo a la nodriza de Orestes anegada en llanto.

¿Por qué pisas, esclava cilicia<sup>37</sup>, la puerta del palacio? Tienes por compañera una pena que no es pena a sueldo.

735 NODRIZA. — Me ha mandado el ama llamar a Egisto con toda urgencia a donde están los extranjeros, para que, luego que haya venido, de hombre a hombre, se informe con más claridad de esta noticia recién anunciada.

Ante la gente que vive en palacio, simuló sufrimiento, poniendo cara de tristeza, mientras oculta su risa por lo bien que le han ido las cosas — ¡un completo desastre para esta casa! — según la noticia que claramente han dado los extranjeros.

740 Sin duda, al oírlo, cuando él se entere del relato, se alegrará de corazón. ¡Ay, triste de mí! ¡Cómo los antiguos dolores, insoportables, acumulados en este palacio de Atreo, me alcanzaron y fueron haciendo sufrir a mi corazón dentro del pecho! ¡Pero ningún sufrimiento tan doloroso había

<sup>37</sup> En el texto, sólo «cilicia», ya que los esclavos carecían de nombre; se les daba el de su país de origen.

sufrido todavía, pues las demás desgracias las soportaba con valor!

Pero a mi Orestes querido, a quien me dediqué con toda mi alma, al que crié desde el momento en que lo recibí del seno materno (...). Las mil molestias de los lloros agudos con que me llamaba y me hacía ir y venir durante la noche, han terminado por ser inútiles para mí que las soporté. Sí, que a un ser desprovisto de razón hay que criarlo como si fuera un animal — ¿cómo no? — conforme al propio juicio. Un niño, cuando está todavía en mantillas, no sabe aún decir si tiene hambre o sed o tiene que orinar, sino que el joven vientre de los niños obra espontáneamente. Yo se lo adivinaba, pero creo que muchas veces me equivoqué, y lavandera, entonces, fui de los pañales del pequeño, que ambas funciones yo tenía, la de nodriza y lavandera, y, como tenía un doble oficio, me hice cargo de Orestes por decisión de su padre.

¡Y ahora, desdichada, me entero de que ha muerto! ¡Y voy en busca de un varón que es la deshonra del palacio y va a enterarse con gusto de esta noticia!

CORIFE0. — ¿Cómo dice que se prepare para venir?

NODRIZA. — ¿Que cómo? Dilo otra vez, para que lo entienda con más claridad.

CORIFE0. — Si acompañado de soldados o simplemente que venga, incluso solo.

NODRIZA. — Manda que traiga con él a sus fieles lanceros.

CORIFE0. — Pues no le des ese mensaje al odioso amo, sino, rebosante de alegría, para que te escuche sin alarmarse, animale a venir solo cuanto antes. Una razón que sigue oculta en el mensajero decide el triunfo.

NODRIZA. — ¿Piensas en algo bueno por los mensajes que han traído ahora?



775 CORIFEO. — Si, con tal que Zeus le dé la vuelta a nuestras desgracias.

NODRIZA. — ¿De qué manera? Orestes, el que era la única esperanza de la casa, ha muerto.

CORIFEO. — Todavía no. Hasta un mal adivino podría darse cuenta.

NODRIZA. — ¿Qué estás diciendo? ¿Sabes tú algo aparte de lo que han dicho?

CORIFEO. — Vete y da tu mensaje. Haz lo que se te ha mandado. Cuidado es de los dioses ocuparse... de lo que se ocupen.

NODRIZA. — Ea, me voy. Y haré caso en eso de tus instrucciones. ¡Que todo salga del mejor modo con el favor de las deidades!

*(La nodriza sale de escena, hacia el campo.)*

CORO.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

785 *Concédeme ahora —te lo suplico—, Zeus, padre de los dioses olímpicos*<sup>38</sup>, *que ¡mis sueños, con sensatez, consigan esa buena suerte! que ansían ver.*

*Mi plegaria he gritado con la fuerza de la Justicia. ¡Ojalá, Zeus, que la protejas!*

Interludio 1.<sup>o</sup>

790 *¡Eh! ¡Eh! ¡Pon, Zeus, delante de sus enemigos al que está dentro de la casa*<sup>39</sup>, *pues, cuando tú lo hayas exaltado a la grandeza, te dará a cambio, de buen talanté, dobles y triples recompensas!*

<sup>38</sup> El monte Olimpo, en la frontera de Tesalia con Macedonia, era considerado como la morada de los dioses no subterráneos.

<sup>39</sup> A Orestes.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

*¡Que sepas que es el huérfano de un héroe que te era querido, un potro uncido a un carro de sufrimientos!*<sup>795</sup>  
*¡Aumenta su medida en la carrera! ¡Ponle también un ritmo ¡sostenido!, de modo que pueda verse en la pista que mantiene hasta el fin el impulso de su galope!*

Estrofa 2.<sup>a</sup>

*Y los dioses que dentro de la casa tenéis vuestra sede*<sup>800</sup>  
*en la pieza interior que custodia los tesoros causantes de dicha, ¡escuchadme propicios! ¡Vamos, (...), redimid la sangre, vertida antaño en los crímenes, mediante una*<sup>805</sup>  
*nueva justicia! ¡Que ya no tenga nuevas crías en el palacio el viejo homicidio!*

Interludio 2.<sup>o</sup>

*(Dirigiéndose a la estatua de Apolo que hay junto a la puerta del palacio.)*

*¡Oh tú, que tienes tu sede en la puerta grande construída con magnificencia, concede que felizmente la morada de un héroe aice ya su mirada y (libre del) velo sombrío, vea con sus ojos amados la luz radiante de la libertad!*<sup>810</sup>

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

*¡Que el hijo de Maya*<sup>40</sup> *le ayude, el más propicio para dar fin a una empresa con viento favorable. Y, cuando*<sup>815</sup>  
*él quiere, saca a la luz muchas cosas imperceptibles. Él ve de algún modo lo que no está a la vista, pero lleva delante del rostro la oscuridad de la noche y no es más visible durante el día.*

<sup>40</sup> Hermes. Discrepamos radicalmente de las interpretaciones habituales. Hermes es el dios de los hallazgos.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

320 Y, entonces <sup>41</sup>, un canto glorioso por la liberación de  
este palacio, canto femenino productor de prosperidad, al  
compás del agudo sonido de los instrumentos, con nues-  
325 tras voces entonaremos: «Esto es el bien de nuestra ciu-  
dad. Esto hace mayor mi ganancia ¡la mía!, mientras que  
la ruina se va alejando de mis amigos.»

Interludio 3.<sup>o</sup>

Y tú <sup>42</sup>, armado de valor, cuando te llegue el turno de  
actuar, si te grita <sup>43</sup> «hijo», grítale «sólo de mi padre»  
330 y consume un castigo que no es reprochable.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

Mantén <sup>44</sup> en tu pecho un corazón como el de Perseo  
(...) y, en homenaje a tus seres queridos que están bajo  
tierra y a tus amigos que están sobre ella, toma la delante-  
335 ra, pon ante (quienes) sean del palacio la sangrienta ruina  
de la funesta Gorgona <sup>45</sup>, mira al culpable de frente y  
aniquílalo.

(Entra en escena Egisto, procedente del campo.)

EGISTO. — No vengo por propia iniciativa, sino a con-  
secuencia de un mensaje. Me he enterado de que unos ex-  
340 tranjeros que han venido traen una noticia reciente que  
en modo alguno es deseable: la muerte de Orestes.

<sup>41</sup> Cuando ayude Hermes.

<sup>42</sup> Se refiere a Orestes.

<sup>43</sup> Clitemestra.

<sup>44</sup> Continúa dirigiéndose a Orestes.

<sup>45</sup> Perseo petrificaba a sus enemigos ensañándoles la cabeza de Medusa que él había cortado a la reina de las Gorgonas con la ayuda de Atena y de Hermes.

Esto puede ocurrir que traiga a esta casa, ya herida  
y dañada por la muerte anterior, una pesadumbre [que  
siembre espanto]. ¿De qué manera puedo creer que eso es  
verdadero y real? ¿O es que se trata de rumores de mujeres <sup>845</sup>  
asustadas, que saltan al aire y se deshacen sin utilidad?  
¿Cuál de estas dos posibilidades podrías tú aciararme has-  
ta el punto de hacerlo evidente a mi pensamiento?

CORIFEEO. — Lo hemos oído; pero entra en la casa e  
infórmate de los extranjeros. No hay garantía en los men-  
sajes comparable a informarse en persona por los mensajero-  
350 ros.

EGISTO. — Quiero verlo e informarme bien de si el men-  
sajero estuvo personalmente cerca de él en el momento de  
morir, o si lo dice por haberse enterado de un vago rumor.  
No podrá engañar a mi inteligencia clarividente.

(Entra en el palacio.)

CORO. — ¡Zeus, Zeus!, ¿qué debo decir? ¿Por dónde <sup>855</sup>  
empezar a dirigir estas plegarias y a invocar a los dioses?  
¿Cómo, en mis buenos deseos, conseguir expresar lo que  
es justo? Porque en estos momentos las puntas de las espa- <sup>860</sup>  
das homicidas, manchadas de sangre, o van a causar para  
siempre la perdición de la casa de los Atridas o bien Ores-  
tes, encendiendo el fuego y la luz de la libertad [y del  
poder que establece la ley en la ciudad], tendrá la enorme  
riqueza de sus abuelos ¡Tal lucha va a trabar el divino Ores- <sup>865</sup>  
tes contra dos enemigos sin que nadie le ayude! ¡Que sea  
para victoria!

(Se oyen los gritos que da Egisto dentro del  
palacio.)

EGISTO. — ¡Ay, ay, ay de mí!

870 CORIFEO. — ¡Bien! ¡Bien! ¡Muy bien! ¿Cómo irán las cosas? ¿Cómo se habrán producido en palacio? Apartémosnos de un asunto que está terminándose, para que parezca que somos inocentes de estas desgracias, pues ya está decidido el resultado del combate.

*(Sale un esclavo al patio del palacio y golpea, mientras grita, la puerta del gineceo.)*

875 ESCLAVO. — ¡Ay de mí! ¡Mil veces ay de mí! ¡Mi amo (ha sido herido)! ¡Ay de mí de nuevo! ¡Por tercera vez me dirijo a vosotras!: ¡Ya no existe Egisto! ¡Vamos, abrid pronto! ¡Descorred los cerrojos que aseguran las puertas de las estancias de las mujeres! ¡Se precisa de alguno que sea muy fuerte!..., pero ya no podrá prestar ayuda el que  
880 está acabado; pues ya ¿para qué?

*(Insiste en golpear la puerta del gineceo.)*

¡Eh! ¡Eh! ¿Estoy gritando a sordos y en vano digo palabras inútiles a gente dormida? ¿Dónde está Clitemestra? ¿Qué estará haciendo? Me parece que ahora su cuello va a caer, herido por la justicia, cerca del tajo.

*(Se abre la puerta del gineceo y sale a escena Clitemestra.)*

885 CLITEMESTRA. — ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué gritos son esos que estabas dando por el palacio?

ESCLAVO. — El muerto ha matado al vivo. Te lo aseguro.

CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí! He comprendido lo que me has dicho con ese enigma. Mediante engaños perecemos igual que nosotros matamos.

¡Si alguien me diera al punto un hacha homicida!  
890 ¡Veamos si vencemos o nos vencen! ¡A tal punto de riesgo hemos llegado!

*(Se abre la puerta exterior del palacio. Se ve el cadáver de Egisto. Con la espada ensangrentada en la mano, sale Orestes, seguido de Pílates. El esclavo sale huyendo.)*

ORESTES. — A ti también te estoy buscando. Éste ya tiene suficiente.

CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí! ¡Has muerto, amadísimo, valiente Egisto!

ORESTES. — ¿Amas a ese hombre? Pues, entonces vas a yacer en la misma tumba. No temas que vas a abandonar al muerto jamás.

CLITEMESTRA. — ¡Detente, hijo mío! Respeta, niño mío este pecho, en el que, apoyado, te adormecías durante el tiempo que tú mamaste mi leche nutricia.

ORESTES. — Pílates, ¿qué hago? ¿Debo sentir escrúpulos de matar a mi madre?

PÍLATES. — ¿Dónde van a quedar, entonces, esos oráculos de Loxias, vaticinados en su templo, y tu fidelidad a los juramentos? Piensa que es preferible que todos sean enemigos y no los dioses.

ORESTES. — Tú ganas. Me aconsejas bien.

*(A Clitemestra.)*

Sígueme. Quiero degollarte al lado de ése que, cuando vivía, preferiste a mi padre. ¡Duerme con él, cuando hayas muerto, ya que amas a ese hombre y odias al que debías amar!

CLITEMESTRA. — Yo te crié y quiero hacerme vieja a tu lado.

ORESTES. — ¿Que vas a vivir tú conmigo? ¿Tú? ¿La asesina de mi padre?

910 CLITEMESTRA. — Fue la Moira, hijo, la que me indujo a hacerlo.

ORESTES. — También ahora la Moira dispuso tu muerte.

CLITEMESTRA. — ¿No te espantas, hijo, de las maldiciones de tu madre?

ORESTES. — ¡No! Porque, después de haberme parido, me arrojaste tú a la desdicha.

CLITEMESTRA. — No te arrojé. Te envié a la morada de un aliado.

915 ORESTES. — ¡Indignamente fui vendido! ¡Yo, el hijo de un padre libre!

CLITEMESTRA. — ¿Dónde está, entonces, el precio que por ti cobré?

ORESTES. — Siento pudor de echártelo en cara con claridad.

CLITEMESTRA. — No me lo echas. Y, si no, cuenta también los devaneos de tu padre.

ORESTES. — No censures al que se afana, mientras tú permaneces ociosa.

920 CLITEMESTRA. — Hijo mío, es un dolor, para la mujer, el estar alejada del marido.

ORESTES. — Sí. Pero el esfuerzo del marido la mantiene ociosa en su casa.

CLITEMESTRA. — Hijo mío, tengo la impresión de que estás dispuesto a matar a tu madre.

ORESTES. — ¡Tú —no yo— es quien va a matarte!

CLITEMESTRA. — ¡Míralo bien! ¡Guárdate de las rencorosas perras, de las vengadoras de tu madre! <sup>46</sup>.

925 ORESTES. — ¿Y cómo voy a evitar las de mi padre, si esto lo abandono?

CLITEMESTRA. — ¡Todo es inútil! ¡Como si me pasara la vida lamentándome junto a una tumba! <sup>47</sup>.

ORESTES. — El hado de mi padre determina tu muerte.

CLITEMESTRA. — ¡Ay de mí, que parí y crié una serpiente! ¡Qué certero adivino el terror de mis sueños!

*(Orestes arrastra a Clitemestra hacia el interior—seguido de Pílates—, mientras dice:)*

ORESTES. — ¡Mataste a quien no debías! ¡Sufre ahora <sup>930</sup> lo que no debiera suceder!

CORIFEO. — Deploro también esta doble desgracia, pero ya que el misero Orestes ha llegado al colmo de tantas sangres, preferimos, con todo, que este renuevo de la casa no vaya a caer en una completa perdición.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

*Llegó con el tiempo Justicia en favor de los Priamidas: <sup>935</sup> un justo castigo con todo su peso.*

*Llegó al palacio de Agamenón un doble león, un doble Ares.*

*Llegó hasta el final el desterrado, profetizado en el templo <sup>940</sup> de Apolo, bien impulsado por los consejos de la deidad.*

Interludio 1.<sup>o</sup>

*¡Entonad el canto de triunfo por el palacio de mi amo, porque ya se alejó el infortunio y el derroche que hacía de sus riquezas una pareja de seres impuros! ¡Porque <sup>945</sup> huyó para siempre su suerte funesta!*

<sup>47</sup> Copiamos de H. WEIR SMYTH (*Aeschylus*, II, Harvard University Press, 1963, pág. 250): —'To wait to a tomb' was a proverbial expression according to the Scholiast, who cites the saying 'this the same thing to cry to a tomb as to a fool'.»

<sup>46</sup> Las Erinis.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

Llegó precisamente la que se ocupa del combate urdido en secreto, la solapada Venganza <sup>48</sup>.

Tocó en la batalla la mano de Orestes la verdadera hija <sup>950</sup> de Zeus —con acierto la llaman Justicia los mortales— exhalando ira destructora contra sus enemigos.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

La Justicia, que Loxias, el dios del Parnaso <sup>49</sup>, el dueño <sup>955</sup> del antro de la tierra <sup>50</sup> gritó sin engaño que con engaños estaba dañada. Pero ella ha dejado pasar el tiempo y pasa al ataque por fin. ¡Que de alguna manera se imponga la divinidad de modo que yo no le ayude a los <sup>960</sup> malos! ¡Justo es reverenciar al poder que habita en los cielos!

Interludio 2.<sup>o</sup>

¡Ya es posible ver luz! ¡Ya se le han quitado a la casa las fuertes cadenas! ¡Levántate, casa! ¡Mucho, demasiado tiempo estuviste postrada en el suelo!

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

<sup>965</sup> Y pronto el tiempo, que todo lo acaba, cruzará el umbral del palacio. Será cuando se expulse del hogar completamente la mancha con los ritos purificadores con que se echa afuera la ruina. Y †lechos† placenteros en todo al

<sup>48</sup> Personificada.

<sup>49</sup> En el monte Parnaso, sede de las Musas, presidía Apolo sus certámenes.

<sup>50</sup> En el templo de Delfos había un antro, donde por una grieta salían emanaciones que producían cierto éxtasis a la Pitia, bajo cuyos efectos pronunciaba ésta los oráculos.

mirarlos, corresponderán, por su buena fortuna propi- <sup>970</sup> cios de nuevo, a los extranjeros que están en la casa <sup>51</sup>.

(Se abre la puerta exterior, tras cuyo umbral se ven los cadáveres de Egisto y Clitemestra. Sale a escena Orestes, seguido de Pilades, que sostiene en sus brazos la vestidura que sirvió para inmovilizar a Agamenón, al asesinarlo.)

ORESTES. — Ved ahí a los dos tiranos del país, a los asesinos de mi padre, a los que han saqueado mi palacio.

Pasaban por personas respetables, sentados entonces en <sup>975</sup> el trono. Ahora siguen amándose, a juzgar por la suerte que han sufrido. Su juramento permanece fiel a las promesas que se hicieron. Sí. Se juraron el uno al otro dar muerte a mi desgraciado padre y morir juntos. Esto cuadra con su juramento.

(Señala hacia las ropas que porta Pilades, que, con el Coro, va actuando según las palabras de Orestes.)

Mirad ahora, los que oís mis desgracia, la pèrfida in <sup>980</sup> vención con la que ataron a mi infeliz padre, las ataduras de sus manos y las trabas puestas en sus pies. ¿Qué nom- <sup>[983]</sup> bre <sup>52</sup> dar a esto, por benévolo que sea al expresarme? ¿Trampa para fieras? ¿Sudario de ataúd <sup>53</sup> que hasta los <sup>[994]</sup>

<sup>51</sup> Orestes y Pilades, que podrán descansar y quedarse para siempre en el palacio.

<sup>52</sup> Estamos de acuerdo con Page en que los versos 997 a 1004 están fuera del lugar que les correspondería en el original; pero discrepamos de él cuando no acepta la corrección de Scholfield, a la que nos adherimos: situar esos versos a continuación del 982, ya que así se establece una perfecta coherencia de significación.

<sup>53</sup> Hay un juego de palabras: ataúd/bañera, donde se ejecutó el asesinato, expresadas ambas ideas por la misma palabra.

[985] pies cubre el cadáver? Puedes llamarlo cepo y vestido  
[986] que traba los pies.

[987] Un instrumento tal se lo procuraría con gusto un hom-  
[988] bre que fuera un lairón y pusiera su vida en engañar a  
[989] los extraños y en despojarlos de su dinero. Con una arti-  
[990] maña así, les quitaría la vida a muchos y mucho alegraría  
su corazón.

Desplegado. Acercaos, poneos en círculo y mostrad el  
pañó en el que enredaron a un héroe, para que vea el pa-  
[985] dre, no el mío, sino el que contempla todo esto —He-  
lios<sup>54</sup>—, las impuras acciones de mi madre y pueda algún  
día comparecer en el juicio como testigo<sup>55</sup> de que con jus-  
ticia procuré la muerte a mi madre.

[990] De la muerte de Egisto no hablo. Ha sufrido el castigo  
propio del acúltero, con arreglo a la ley. Pero la que ese  
horror urdió contra un esposo de quien llevó bajo su cin-  
tura la gravidez de unos hijos —algo entonces amado y  
una odiosa desgracia ahora, según se pone de manifiesto—,  
¿qué te parece? ¿Es su naturaleza la de una murena o una  
[995] víbora que contamina a cualquier otro ser con sólo rozar-  
[1005] lo, sin siquiera morderlo?<sup>56</sup> ¡Que una así jamás llegue  
a vivir en mi casa conmigo! ¡Antes, que los dioses hagan  
que yo muera sin hijos!

Coro. — ¡Ay, ay! ¡Ay, dolor! ¡Tristes hazañas! ¡Con  
muerte horrorosa has sido muerta! ¡Ay, ay! ¡Ay, dolor!  
¡Pero también florece el sufrimiento en el que aquí  
queda!<sup>57</sup>

<sup>54</sup> El Sol, divinizado.

<sup>55</sup> Asunto de *Las Euménides*.

<sup>56</sup> Más bien se trata, en el caso de estos animales, de una reacción  
psicológica en que se mezclan el miedo y el asco y, como consecuencia,  
la repulsión.

<sup>57</sup> En Orestes.

ORESTES. — ¿Lo hizo o no lo hizo? ¡Me lo atestigua<sup>1010</sup>  
este manto que tiñó de sangre la espada de Egisto! El cho-  
rro sangriento, junto al paso del tiempo, ha destruido mu-  
chos matices en el tinte del vario dibujo.

¡Ahora le dedico<sup>58</sup> el elogio fúnebre y en su presencia  
lo honro con mi llanto, al dirigir mis palabras a este tejido<sup>1015</sup>  
que mató a mi padre!

¡Me duelen los crímenes y todo el sufrimiento de mi  
estirpe, cuando sobre mí siento la no envidiable mancha  
de esta victoria mía!

CORO. — *Ningún mortal (puede) atravesar una vida li-  
bre de daño sin que lo pague. ¡Ay, ay! ¡Ay, dolor!  
¡Tan pronto ha pasado una pena, otra que viene!*<sup>1020</sup>

ORESTES. — Pero, que lo sepáis —pues, como manejo  
las riendas con mis caballos demasiado fuera de la pista,  
no sé cómo va a acabar esto—: sí, mis pensamientos, que  
ya no domino, me arrastran vencido, y, en mi corazón,  
el terror está presto a cantar, y él a danzar al compás del<sup>1025</sup>  
rencor vengativo.

Mientras estoy todavía en mi juicio, quiero proclamar-  
lo ante mis amigos: afirmo que no sin justicia he matado  
a mi madre, esa impura asesina de mi padre, ese ser odio-  
so para las deidades. Y, sobre todo, considero a Loxias,  
el dios adivino de Delfos, como el filtro instigador de esta<sup>1030</sup>  
audacia mía. Me profetizó que, cuando yo hubiera hecho  
eso, estaría libre de culpa criminal, pero que, si lo descul-  
daba... no voy a decir el castigo, pues ninguno de sus su-  
frimientos ha de alcanzarme ya con sus dardos.

Ved ahora cómo estoy preparado: con este ramo y con<sup>1035</sup>  
esta corona<sup>59</sup> me llegaré al templo umbiligo del mundo.

<sup>58</sup> A Agamenón.

<sup>59</sup> Atributos del suplicante.

al solar de Loxias, a la luz radiante del fuego de la que se dice que es inmortal<sup>60</sup>, procurando escapar de esta sangre que también es mía. No me permitió Loxias dirigirme a otro lugar.

1040 Y esto ordeno yo: que, en el curso del tiempo, todos los argivos, en mi favor, den testimonio de que Menelao me causó estas desgracias.† Pero yo, errante, exiliado de este país, puesto que, para toda mi vida y después de muer-  
1044 to, os he dejado esa fama mía, (oiré decir de mí que fui el asesino de mi madre.)

CORIFEO. — Obraste bien. No unzas los labios a hablar  
1045 mal de ti, ni contra ti mismo profieras palabras infaustas. Has libertado a toda la ciudad de los argivos, al haber cortado con facilidad la cabeza de dos serpientes.

*(Orestes va a salir de escena, pero retrocede horrorizado.)*

ORESTES. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Hay, esclavas, ahí unas mujeres como Gorgonas!<sup>61</sup> ¡Van vestidas de negro y enmarañadas  
1050 en múltiples serpientes! ¡Ya no me puedo quedar aquí!

CORIFEO. — ¡Oh, el más amado, para tu padre, de entre todos los seres humanos!, ¿qué visiones te están trastornando? ¡Detente! ¡No sientas miedo, ya que has logrado una gran victoria!

ORESTES. — No hay visión ninguna que me torture. ¡Ésas son claramente las rencorosas perras que pretenden vengar a mi madre!

1055 CORIFEO. — Como en tus manos está todavía fresca la sangre, de ahí ese trastorno que ataca tu mente.

ORESTES. — ¡Soberano Apolo, cada vez hay más! ¡Sus ojos gotean sangre repugnante!

CORIFEO. — Te cabe una sola purificación: que con su mano te toque Loxias y te haga así libre de estos sufrimien-  
1060 tos.

ORESTES. — ¡Vosotras no las veis, pero yo estoy viéndolas! ¡Me siento acosado! ¡Ya no puedo seguir aquí!

*(Orestes sale huyendo.)*

CORIFEO. — ¡Que te acompañe la buena suerte! ¡Ojalá que un dios te mire propicio y te guarde para sucesos afortunados!

CORO. — *Ésta de ahora es la tercera tormenta que, con* 1065 *soplo violento, ha descargado en la casa real. Comenzó primero la triste aflicción por unos niños devorados. En segundo lugar, los regios dolores de un héroe, de un* 1070 *varón que era el jefe del ejército aqueo y pereció asesinado en una bañera. Y ahora, de nuevo, vino la tercera de algún lugar: un salvador ¿o debo decir la muerte?*

*¿Dónde — me pregunto — tendrá fin? ¿Dónde acabará* 1075 *por dormirse Ate?*

*(Píades y el Coro abandonan la escena.)*

<sup>60</sup> El fuego del templo de Delfos nunca se apagaba.

<sup>61</sup> Las Erinis son visibles sólo para Orestes.

LAS EUMÉNIDES



NOTA TEXTUAL

	<i>Lecturas de Page rechazadas</i>	<i>Lecturas adoptadas</i>
49 bis	{...}	{ἀλλ' οὐδ' ἂν Ἀρπυαῖσι, τὰς γὰρ εὐπτέρους} (WA- KEFIELD)
255	†λεύσσε *** τον πάντα†	†λεύσσετε πάντα† (WAKE- FIELD)
523	καρδίαν	καρδίας (M <sup>2</sup> )
945	γόνος {...}	γόνος {δ' ἄει} (LLOYD-JONES)

## PERSONAJES

La PITIA.

ORESTES.

APOLO.

SOMBRA DE CLITEMESTRA.

CORO de Erinis/Euménides.

ATENEA.

CORTEJO.

Intervienen en la acción, pero sin hablar, un HERALDO,

CIUDADANOS atenienses que actúan como jurado,

DONCELLAS, MATRONAS, ANCIANAS.

La escena varía durante el desarrollo de la acción. Al comienzo y hasta el verso 234, representa la entrada al templo de Apolo, en Delfos, donde la Pitia recita el prólogo. A partir del verso 235 y hasta el final, la escena representa la colina del Areópago, en Atenas. Al producirse la mutación, Orestes está abrazado a la estatua de Atenea.

PITIA. — En esta plegaria honro primero, entre todos los dioses a Tierra <sup>1</sup>, la primera adivina. Tras ella, a Temis <sup>2</sup> que, según se cuenta, fue la segunda en ocupar la sede profética de su madre. Tercera en turno —conforme <sup>5</sup> Temis, nadie la obligó— la estuvo ocupando otra Titánide, hija de Tierra <sup>3</sup>, Febe, que la entregó a Febo como regalo, cuando nació (el nombre de Febo se deriva de Fe-  
be). Él dejó el lago <sup>4</sup> y la roca de Delos y, tras arribar <sup>10</sup> a las costas de Palas <sup>5</sup>, frecuentadas por los navegantes, llegó a este país y a su sede del monte Parnaso. Lo acompañaron con solemne veneración los hijos de Hefesto <sup>6</sup>, que construyeron el camino <sup>7</sup> y cultivaron una tierra hasta entonces inculta. Cuando hubo llegado, le tributaron pom-  
posos honores el pueblo y Delfos <sup>8</sup>, el soberano que pilota-  
ba este país, en tanto Zeus, tras haberlo dotado con mente

<sup>1</sup> Según Hesíodo, Tierra nace de Caos. De la unión de Tierra y Urano (Cielo), nacido de ella, proceden los Titanes —seis varones y seis hembras— y por último Crono.

<sup>2</sup> Hija de Urano y Tierra. Diosa de la ley eterna.

<sup>3</sup> Y de Urano.

<sup>4</sup> Se refiere a una laguna de la isla de Delos, donde Leto dio a luz a Apolo (Febo).

<sup>5</sup> Esto es, del Ática, donde se venera a Palas-Atenea.

<sup>6</sup> Dios del fuego. Los atenienses, a quienes se refiere, pasaban por ser descendientes de Erictonio, hijo de Hefesto y Tierra.

<sup>7</sup> De Atenas a Delfos.

<sup>8</sup> Delfos es el héroe epónimo de Delfos, la localidad donde se asentaba el templo de Apolo.

inspirada por el arte profético, lo sentó en este trono como adivino que lo ocupaba en cuarto lugar, y Loxias es el profeta de Zeus, su padre <sup>9</sup>.

20 A estos dioses invoco en el comienzo de mi plegaria. También ocupa un lugar honroso en mi relato la diosa Atenea, cuyo templo se alza delante del templo de Apolo <sup>10</sup>.

Y venero a las ninfas <sup>11</sup> donde la cóncava roca Coricide <sup>12</sup>, grata a las aves, es un refugio para las deidades. 25 Ocupa el paraje Bromio <sup>13</sup> —no lo olvido— desde que este dios marchó en guerrera expedición, acompañado de las bacantes, y tramó la muerte de Penteo, como si éste fuera una liebre <sup>14</sup>.

Invoco a las fuentes del Plisto <sup>15</sup>, al poder del dios Posidón y al altísimo Zeus, que da fin a todo, y, como adivina, tomo luego asiento en mi trono.

30 ¡Ojalá que los dioses me concedan conseguir oráculos mucho más halagüeños que en mis anteriores entradas al santuario!

Si hay aquí algunos griegos, que entren, según es costumbre, cuando hayan obtenido su turno, que yo profetizo conforme el dios me va guiando.

*(Entra en el templo y, al momento, sale horrorizada.)*

<sup>9</sup> Apolo es hijo de Zeus y Leto.

<sup>10</sup> Al entrar en el campo consagrado a Apolo, donde acababa la ruta procedente de Atenas.

<sup>11</sup> Divinidades secundarias, doncellas que habitan en los campos, los bosques y las aguas.

<sup>12</sup> Gruta en el monte Parnaso.

<sup>13</sup> Dioniso.

<sup>14</sup> Penteo, rey de Tebas, se opuso al culto de Dioniso. El dios hizo que, en castigo, Penteo fuera destrozado por las bacantes, entre las que se encontraba la propia madre del rey.

<sup>15</sup> Riachuelo.

Algo terrible de contar, algo horrible de ver con los propios ojos me ha echado fuera del templo de Loxias, 35 hasta el punto que me faltan las fuerzas y no puedo mantenerme en pie, sino que corro ayudándome con las manos, no con la ligereza de mis piernas, pues una anciana asustada no tiene valor para nada, es como una niña.

Iba yo al interior de la gruta que adornan guirnaldas innúmeras, cuando veo sobre el ombligo <sup>16</sup> a un hombre 40 odiado por los dioses. Está sentado como suplicante. Gotean sangre sus manos. Lleva una espada recién sacada de la herida y levanta un ramo de olivo, con reverencia coronado de cintas, con un vellón resplandeciente de blanco- 45 ra, pues así lo diré claramente.

Delante de este hombre, duerme un extraño grupo de mujeres que ocupan los asientos. No quiero decir mujeres, sino Gorgonas, pero ni a Gorgonas puedo compararlas por sus aspectos (ni siquiera con las Harpías <sup>17</sup>, que, dotadas de alas) ya vi una vez pintadas, arrebatando la comida 50 a Fineo <sup>18</sup>. Pero éstas se ve que carecen de alas, son de color negro y en todo repugnantes: roncan con resoplidos repelentes y de sus ojos segregan humores odiosos. El or- 55 den justo exige que no se acerquen a estatuas de dioses ni a moradas de seres humanos. No conozco la raza de esta gente ni qué tierra presume de haberla criado sin sufrir daño alguno ni llorar su esfuerzo después.

<sup>16</sup> En el templo de Apolo, en Delfos, en el lugar que se consideraba el centro de la tierra, una piedra de mármol simbolizaba el ombligo del mundo. En esa piedra ricamente adornada, se situaba la Pitia.

<sup>17</sup> Genios en forma de mujer alada o de aves con cabeza de mujer. Raptan a los niños y a las almas.

<sup>18</sup> Fineo, rey de Tracia, cambió la visión por una larga vida. Helios lo castigó a que las Harpías le arrebataran los alimentos que fuera a tomar o se los manchasen con sus excrementos.

60 Lo que ocurra a partir de ahora es ya cosa de Loxias, el muy poderoso señor de este templo, pues es adivino que cura, conecedor del porvenir y purificador de las cosas ajenas.

*(Sale de escena. Se abren las puertas del templo. Se ve dentro a Apolo, Orestes, Hermes y las Erinis.)*

70 APOLO. — No voy a traicionarte, sino que hasta el fin, como guardián tuyo, esté cerca o lejos, no voy a ser blando con tus enemigos. Ahora mismo, atrapadas, estás viendo a estas furias rendidas por el sueño, las despreciables vírgenes, las viejas niñas antiguas, con quienes no se junta ningún dios ni hombre ni bestia.

A consecuencia del mal nacieron<sup>19</sup>, por lo que habitan en las horrendas tinieblas del Tártaro<sup>20</sup>, bajo la tierra, como seres odiosos para los hombres y los dioses olímpicos.

80 No obstante, huye, pero no llegues a acobardarte, pues van a perseguirte por toda la dilatada tierra firme, cuando a zancadas recorras sin cesar el suelo que pisan las gentes errantes; y lo mismo, más allá del mar y por las ciudades que bañan las olas. No te canses pronto de alimentarte con este cruel sufrimiento. Y, cuando hayas llegado a la ciudad de Palas, siéntate abrazando a la antigua estatua, que allí dispondremos de jueces para esta acusación y discursos persuasivos, con lo que hallaremos medios de que te libren por completo de estos sufrimientos, ya que fui yo quien te convenció de que mataras a tu madre.

<sup>19</sup> Las Erinis nacieron de las gotas de sangre que cayeron a tierra de los testículos de Urano, cuando fue mutilado por Crono.

<sup>20</sup> El Tártaro es la región subterránea más profunda. Hay la misma distancia del cielo a la tierra que del Hades al Tártaro. Cf. Hes., Teog. 720.

ORESTES. — Señor Apolo, tú sabes de qué depende el no ser injusto. Pues ya que lo sabes, aprende también a no abandonarme que tu poder es la garantía de lograr el éxito.

APOLO. — Recuérdalo: que el terror no domine tu mente.

*(Se dirige a Hermes.)*

Y tú, sangre hermana y de un común padre, Hermes, 90 guárdalo. Haz honor a tu nombre y sé para él un guía perfecto y un buen pastor para este suplicante mío, porque Zeus honra el respeto que inspiran los que están fuera de la ley, cuando, acompañados de buena fortuna, lo alcanzan entre los mortales.

*(Desaparecen todos, menos las Erinis. Aparece la Sombra de Clitemestra.)*

SOMBRA DE CLITEMESTRA. — ¡Vaya, podéis dormir! ¿Qué falta hace gente dormida? ¡Hasta ese punto me despreciais entre los muertos! ¡No cesa entre los difuntos el reproche de los que maté, y voy errante llena de oprobio! Os aseguro que me atribuyen la más grave culpa. Después 100 de haber sufrido tan horribles acciones de parte de los seres más queridos, ninguna deidad se irrita en mi favor, aunque fui degollada por manos matricidas.

Mira estas heridas con tu corazón, que una mente dormida tiene en sus ojos claridad, mientras que de día es 105 destino de los mortales el no poder ver de antemano.

Mucho habéis ya lamido de mis manos: libaciones sin vino —ofrendas apaciguadoras que no embriagaban— y festines ofrecidos de noche sobre el altar del fuego, a una

110 hora no compartida con ningún dios. Todo eso lo veo ahora pisoteado, mientras él <sup>21</sup> se ha escapado y se aleja como un cervatillo. Con ligereza saltó de entre las redes y se ha mofado magníficamente de vosotras.

115 Atendedme, que acabo de hablaros de mi vida. Recordad el sentido, oh deidades de bajo la tierra, que yo, Clitemestra, mediante un ensueño os estoy invocando.

CORO. — *(Gruñido.)*

S. DE CLIT. — Sí, gruñid. Y, mientras, ese hombre se va huyendo lejos de aquí. ¡Hay quien ayuda a sus amigos y enemigos míos!†

120 CORO. — *(Gruñido.)*

S. DE CLIT. — Estás demasiado adormilada y no sientes piedad de mi sufrimiento. Y mientras, Orestes, el asesino de su madre, se escapa.

CORO. — *(Gemido.)*

S. DE CLIT. — ¿Con que gimes y te haces la dormida? 125 ¡Levántate enseguida! ¿Cuál es la misión que te asigna el destino, sino sembrar desgracias?

CORO. — *(Gemido.)*

S. DE CLIT. — Sueño y fatiga, juramentados, se han hecho dueños y agotado la fuerza de esa horrible sierpe.

130 CORO. — *(Doble gemido agudo.) ¡Cógelo, cógelo, cógelo, cógelo! ¡Ten cuidado!*

S. DE CLIT. — En sueños persigues a la fiera y gritas como un perro sin abandonar nunca tu preocupación por la sangre vertida. ¿Qué estás haciendo? ¡Levántate ya! ¡Que no te venga la fatiga! ¡Que no te ablande el sueño hasta 135 el punto que olvides mi dolor! ¡Sufré en tu corazón con mis justos reproches! Para gente sensata, eso es como agujones. ¡Expele contra él tu hálito sangriento! ¡Extenuálo

<sup>21</sup> Orestes.

con tu resuello, con el fuego de tus entrañas! ¡Sigue tras él, agótalo continuamente siempre con nuevas persecuciones!

*(Desaparece la Sombra de Clitemestra.)*

CORIFEO. — ¡Despierta! ¡Despierta! ¡Despierta tú a ésa, 140 igual que yo a ti! ¿Sigues durmiendo? ¡Levántate ya! ¡Sacúdete el sueño y veamos si algo de este preludio no responde a la realidad.

CORO.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

¡Ay, ay, dolor! ¡Qué hemos sufrido, amigas! ¡Cuánto 145 he sufrido yo! ¡Y para nada! ¡Un dolor sin remedio —¡ay!— hemos sufrido! ¡Una desgracia insoportable! ¡ha saltado de entre las redes la fiera y se escapa! ¡Vencida del sueño, he perdido la presa!

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

¡Eh, tú, hijo de Zeus <sup>22</sup>, eres un ladrón! ¡Has pisoteado 150 —tú, un muchacho— a viejas deidades, al respetar a un suplicante que es un hombre impío y fue cruel con quien lo engendró! ¡Y tú, a pesar de que eres un dios nos has robado a un matricida! ¿Quién dirá que algo de esto es justo?

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Desde mi sueño me llegó y me ha punzado un ultraje, 155 como una agujada que por el centro agarra un carretero, en el fondo de mi corazón, de mis entrañas. Presente tengo el grave, abrumador escalofrío que da el cruel verdugo público.

<sup>22</sup> Apolo.

Antistrofa 2.<sup>a</sup>

¡Cosas así hacen los dioses demasiado jóvenes! Ejercen  
165 en todo el poder en detrimento de la justicia: puede verse  
un trono manchado, de pies a cabeza, por la sangre de  
un asesinato. ¡Y el ombligo de la tierra cargado con el  
espantoso sacrilegio de esa sangre!

Estrofa 3.<sup>a</sup>

170 Aunque eres profeta, has contaminado la gruta con una  
mancha en tu propio hogar, por tu propio impulso, sin  
que ningún otro te invitara a hacerlo. Contra la ley de  
los dioses, das primacía a intereses humanos, con lo que  
has destruido la antigua distribución en categorías.

Antistrofa 3.<sup>a</sup>

175 También para mí es un miserable. No lo libraré. Aunque  
haya huido bajo la tierra, jamás estará libre, y, a don-  
de vaya como suplicante, otro vengador atraerá sobre su  
cabeza.

(Aparece Apolo.)

APOLO. — ¡Fuera —os lo ordeno— de esta casa! ¡Pron-  
180 to! ¡En marcha! ¡Apartaos de la gruta profética, no vaya  
a ser que recibáis una blanca y alada sierpe<sup>23</sup> que salga  
de la cuerda de oro de mi arco y que, de dolor, arrojéis  
negra espuma sanguinolenta al vomitar coágulos de sangre  
que arrancasteis de seres humanos!

185 No es adecuado que os acerquéis siquiera a esta ca-  
sa<sup>24</sup>, sino a los lugares donde se ejecutan penas capitales  
o saltar los ojos, donde hay degüellos, donde estropean

<sup>23</sup> Una serpiente.

<sup>24</sup> Cf. vv. 55-56.

la virilidad de los púberes con aniquilación de su semen,  
donde hay mutilaciones de extremidades, donde musitan  
su largo lamento los empalados. ¿Sabéis que, por tener 190  
vuestro amor en fiestas así, sois despreciadas por los dioses?

Todo el aspecto de vuestra figura lo delata. Justo es  
que sercs así habiten la cueva de algún león que se atraca  
de sangre, en lugar de contaminar a los que se acercan 195  
a los oráculos.

¡Marchaos ya, rebaño sin pastor! ¡Ninguno de los dios-  
ses quiere bien a un hato de esa calaña!

CORIFEO. — Príncipe Apolo, escucha también a tu vez.  
Tú, en persona, no eres el cómplice de esto, sino que todo 200  
lo hiciste como el único culpable que eres.

APOLO. — ¿Cómo es eso? Alarga sobre ello tu discurso.

CORIFEO. — Profetizaste de modo que el extranjero ma-  
tara a su madre.

APOLO. — Profeticé que procurara venganza a su pa-  
dre. ¿Y qué?

CORIFEO. — Y te constituiste en defensor del autor del  
inaudito asesinato.

APOLO. — Y le ordené que viniera a este templo como 205  
suplicante.

CORIFEO. — ¿Y encima nos injurias, a las que lo  
acompañamos?

APOLO. — Porque no os está permitido entrar a este  
templo<sup>24</sup>.

CORIFEO. — ¡Pero ésa es la misión que se nos ha  
asignado!

APOLO. — ¿Qué misión es ésa? ¡Presume de tu honro-  
so privilegio!

CORIFEO. — Echar de sus casas a los matricidas. 210

APOLO. — ¿También si se trata de una mujer que haya  
matado al marido?

CORIFEO. — No puede admitirse que haya un asesino de la misma sangre con su propia mano.

APOLO. — ¡Les has quitado todo el valor y has reducido a nada las promesas de fidelidad hechas a Hera <sup>25</sup>, la diosa que da cumplimiento a las bodas, y a Zeus. También 215 privas de honor con tus palabras a Cipris, de la que les nace a los mortales todo lo más grato. Sí, el lecho conyugal que asigna el destino al esposo y la esposa tiene más fuerza que un juramento, porque está custodiado por la justicia. Si, con los que se matan entre sí, te muestras remisa en 220 castigarlos y mirarlos con ira, niego que persigas con justicia a Orestes. Sé que unas cosas tú te las tomas muy a pecho, mientras que en otras —es evidente— actúas con más calma. Pero en esta causa entenderá la diosa Palas.

224 CORIFEO. — No abandonaré a ese hombre jamás.

APOLO. — Tú persíguelo. Tómate más trabajo.

CORIFEO. — No me recortes mis privilegios con tus palabras.

APOLO. — No aceptaría yo tener tus prerrogativas.

CORIFEO. — Pues, aunque se diga de ti que tienes in- 230 fluencia ante el trono de Zeus, yo, puesto que me guía la sangre de una madre, perseguiré en justicia a ese hombre ¡y seré para él un cazador con una jauría!.

APOLO. — Y yo ayudaré y salvaré a mi suplicante, porque, tanto entre mortales como entre dioses, será terrible la ira que originará, si lo abandono por mi voluntad.

*(Apolo desaparece dentro del templo. El Coro se retira por un lateral. Mutación. La escena representa ahora la colina del Areópago, en Atenas. Hay un templo y una estatua de Atenea. Entran*

<sup>25</sup> Como diosa del matrimonio.

*en escena Hermes y Orestes, que se abraza a la estatua.)*

ORESTES. — Soberana Atenea, vengo por órdenes de Lo- 235 xias. Acepta al autor de un hecho inolvidable, pero que no llega en súplica de purificación ni con las manos manchadas de sangre, sino agotado y gastado junto a casas ajenas y rutas de mortales. Luego de atravesar por igual 240 tierra firme y mares, en cumplimiento de órdenes proféticas de Loxias, me acerco a tu templo y a tu imagen, diosa, y aquí, abrazado, aguardo el final del proceso.

*(Entra el Coro, siguiendo el rastro de Orestes, pero sin descubrir, de momento, su presencia.)*

CORIFEO. — ¡Bien! Aquí hay una señal evidente de nuestro hombre. Así que sigue las indicaciones del mudo dela- 245 tor. Porque, lo mismo que un perro a un cervatillo herido, seguimos su rastro por la sangre que va goteando.

Por las muchas fatigas que ya me agotan, mis pulmones jadean. He recorrido todos los lugares de la tierra, y, con vuelos sin alas por encima del mar, vine aquí persi- 250 guiéndolo más veloz que una nave.

CORO. — Mira, mira bien otra vez. Miradlo todo, no 255 vaya a ser que, sin que nosotras nos demos cuenta, se vaya huyendo el matricida y sin castigo.

*(Descubren a Orestes.)*

*Ahí está y tiene, ¡sí, una nueva! defensa: abrazado a la estatua de la diosa inmortal, quiere someterse a proceso 260 por la acción de sus manos. Pero esto no es posible. Si se vierte en la tierra la sangre de la madre, ya no es posible recogerla —¡nunca!—, que, al derramarse en el suelo el líquido, desaparece. Preciso es que nosotras chupemos del interior de los miembros de tu cuerpo vivo la roja ofrenda*

265 *de sangre que debes darnos en compensación. ¡Ojalá sa-  
que de ti el alimento de una bebida que es difícil que beba  
otro! Y, cuando ya te haya dejado seco, te llevaré vivo  
allá abajo, (para que) pagues con los tormentos que son  
castigo infligido a los matricidas. Y allí verás tú que, si  
algún otro de los mortales, pecó de impiedad contra un  
270 dios, contra un huésped o contra sus padres, cada cual  
tiene la pena que en justicia le corresponde, pues, bajo  
la tierra, es Hades un juez riguroso para los mortales:  
275 todo lo ve y en su mente lo tiene grabado.*

ORESTES. — Como yo he aprendido con las desgracias,  
sé [muchos ritos de purificación], y cuándo es justo ha-  
blar y cuándo callar. Pero en este asunto un sabio maestro  
me ordenó que hablase.

280 Se adormece y se va marchitando en mi mano la sangre  
y ya está lavada la mancha de haber dado muerte a mi  
madre, pues, cuando aún estaba fresca, fue expulsada jun-  
to al hogar de un dios, de Febo, mediante ceremonias pu-  
rificadoras, con el sacrificio de un lechón.

285 Largo sería mi relato desde el comienzo: ¡a cuántas per-  
sonas me he acercado sin que mi compañía les causara da-  
ño!, [que todo lo va borrando el tiempo, conforme pasa].  
Y ahora, con mi boca libre de mancha, invoco lleno de  
piedad a la reina de este país, a la diosa Atenea, para que  
venga a ser mi defensora. Sin necesidad de usar la lanza,  
290 ganará en mí, en mi país y en el pueblo argivo, pues así  
es justo, un aliado fiel, y para siempre.

Si, en parajes de Libia, próxima a la corriente del Tri-  
tón<sup>26</sup>, lugar de su nacimiento<sup>27</sup>, levanta su pie de forma

<sup>26</sup> Tritón es una deidad acuática. Es hijo de Posidón y Anftrite. Se le vincula a un río o al lago Tritónide, en Libia.

<sup>27</sup> Así se explicaba el epíteto Tritogenia, aplicado a la diosa.

visible, o invisible por estar acudiendo en socorro de sus<sup>28</sup>  
amigos<sup>28</sup>, o, si, cual héroe esforzado que es jefe, está ins-  
peccionando la llanura de Flegra<sup>29</sup>, ya que me oye incluso  
de lejos por ser una diosa, ¡que venga aquí, para que me  
libere de mis penas!

CORIFEO. — ¡No, en absoluto! Ni Apolo ni la fuerza  
de Atenea pueden salvarte. De modo que no te hagas ilusio-  
300 nes de que no vas a ir a tu ruina, abandonado, sin llegar  
a saber dónde está la alegría del alma, exangüe, por haber  
sido pasto para estas diosas, en fin, un espectro.

*(Orestes escupe con desprecio.)*

¿No me contestas, sino que escupes con desprecio cuan-  
do te hablo, a pesar de haber sido criado y consagrado  
a mí como víctima? ¡En vivo me vas a ofrecer el festín,  
305 sin ser degollado junto al altar! ¡Ahora vas a escuchar la  
canción, a cuyo compás voy a atarte!

*(Las Erinis danzan en torno a Orestes, que si-  
gue abrazado a la estatua, y van estrechando el  
espacio entre ellas y el que las separa de Orestes.)*

CORO. — *Ea, estrechemos el coro, puesto que ya  
hemos decidido manifestar nuestra musa terrible y contar  
310 cómo nuestro grupo distribuye el destino que corresponde  
a cada ser humano.*

*Creemos que con rectitud administramos la justicia.  
Contra el que nos presenta las manos limpias, nunca nues-  
tra cólera se precipita, y pasa sin daño toda su vida. Pero,* 315

<sup>28</sup> Para explicar este oscuro texto, se han formulado diversas conjeturas. Pensamos que Orestes puede sugerir que, tal vez, la diosa esté caminando en ese momento en son de paz o que acuda a una lucha —como ocurre en la *Ilíada*— haciéndose visible sólo a sus protegidos.

<sup>29</sup> En la Calcídica, donde se sitúa la residencia de los gigantes y donde fueron vencidos por los dioses olímpicos.



cuando alguno, como este varón, tras haber cometido un delito, oculta sus manos manchadas de sangre, como firmes testigos de los que a sus manos murieron, apárecemos  
320 ante su vista y nos ponemos a su lado para hacerle pagar hasta el fin la sangre vertida.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

¡Oh Noche, madre mía, madre que me engendraste para que fuera castigo de los que ya no ven la luz y de los que la ven<sup>30</sup>, escúchame!; ¡el hijo de Leto me roba mis  
325 prerrogativas, al intentar quitarme esta liebre, víctima válida para expiar el asesinato de su propia madre!

Estríbillo 1.<sup>o</sup>

Y, sobre el que ha sido sacrificado, se eleva esta canción eloqu Shorecedora que arrastra a un extravió destructor del  
330 juicio, el himno de las Erinis que encadena al alma, himno al que no acompaña la lira, canto que deja marchitos a los mortales.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

Ésta es la misión que, como destino, me hiló la inflexible Moira, para que dure siempre: acompañar a aquellos  
335 malvados mortales que incurran en asesinato de parientes, hasta que vayan bajo la tierra. Cualquiera de ellos, incluso  
340 después de haber muerto, no está libre del todo.

Estríbillo 1.<sup>o</sup>

Y, como ya está sacrificado, se eleva por él nuestra canción enloqu Shorecedora que arrastra a un extravió destructor del juicio, el himno de las Erinis que encadena al alma,

<sup>30</sup> Los muertos y los vivos.

himno al que no acompaña la lira, canto que deja marchitos a los mortales.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

Este destino fue decidido para nosotras en el momento de nacer; y que de él se apartaran las manos de los inmor-  
350 tales. Ninguno de ellos es compañero que con nosotras comparte el festín, mientras que yo fui constituida de modo que ni me corresponde ni participo en el uso de vestiduras totalmente blancas. (...).

Estríbillo 2.<sup>o</sup>

Porque yo me encargué de la destrucción de las casas: cuando un Ares<sup>31</sup> llega a existir en el seno de la familia y mata a un pariente, contra él —¡ah!— vamos en persecución y, por vigoroso que sea, lo aniquilamos, como responsable de la sangre reciente.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

†Nos empeñamos en apartar a cualquier otro de ese  
360 dado y ejecutamos, fieles a las plegarias que se nos hacen<sup>32</sup>, lo que no es misión de los dioses†, para no llegar  
365 a un proceso, puesto que Zeus consideró indigna de su audiencia a esta odiosa ralea que gotea sangre.

Estrofa 3.<sup>a</sup>

Y las glorias humanas, incluso las muy augustas bajo los cielos, sin honor languidecen bajo tierra, derretidas por los ataques de nuestros vestidos negros, por la vengativa  
370 danza de nuestro pie.

<sup>31</sup> Antonomasia: «un hombre airado».

<sup>32</sup> Por los asesinados.

Estríbillo 3.<sup>o</sup>

Porque, luego que he dado un gran salto, desde lo alto descargo con todo su peso la planta de mi pie, y eso hace  
375 que le fallen las piernas (incluso) al mejor corredor: un infortunio insoportable.

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

Y, al caer, no lo sabe, bajo el influjo de su demente ruina, que tal oscuridad hace volar sobre ese hombre su mancha, y sombría tiniebla cae sobre su casa, dice el ru-  
380 mor que se extiende entre muchos lamentos.

Estrofa 4.<sup>a</sup>

Pues somos las únicas en tener abundantes medios de actuación y les damos fin, y jamás olvidamos. Somos augustas e inflexibles con los mortales, pero se nos rechaza por  
385 nuestro oficio deshonesto, que nos aparta de los dioses en un fangal en que no existe el sol, lugar rocoso infranqueable para quienes están viendo la luz e, igualmente, para los muertos.

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

¿Qué mortal hay que no venere y tema esto, al oírme  
390 la ley que el destino fijó y dieron los dioses como algo inexorable que se cumple? Antigua es mi prerrogativa,  
395 y no estoy yo falta de honores, aunque tenga mi puesto bajo la tierra y en las tinieblas que no alumbra el sol.

(Aparece Atenea.)

ATENEA. — Desde lejos oí un grito de llamada, desde el Escamandro, cuando yo estaba tomando posesión de la tierra que los caudillos y jefes de los aqueos me asignaron  
400 como espléndido lote del botín conquistado, para poseerlo

entero siempre, cual regalo escogido para los hijos de Teseo<sup>33</sup>.

He venido corriendo desde allí con pie infatigable sin alas, haciendo sonar terroríficamente los pliegues de mi égida<sup>34</sup>, [tras haber uncido a este carro unos potros en  
405 pleno vigor]. Y, al ver a este grupo, nuevo en el país, no siento temor, pero reflejan extrañeza mis ojos. ¿Quiénes sois? Os hablo a todos por igual: a este extranjero abrazado a mi imagen y a vosotras. No os parecéis a ninguna  
410 raza de los seres que andan dispersos por el mundo. Ni os ven los dioses entre las diosas ni sois parecidos a humanas figuras.

Pero que uno hable mal del vecino, por no merecer el reproche, está lejos de la justicia y no se ajusta a la ley divina.

CORIFE0. — En pocas palabras, hija de Zeus, vas a  
415 enterarte de todo. Nosotras somos las tristes hijas de Noche<sup>35</sup>. En nuestra morada, bajo la tierra, somos llamadas «Maldiciones».

ATENEA. — Ya sé vuestra raza y el nombre que os llaman.

CORIFE0. — Pronto sabrás la dignidad de nuestras funciones.

ATENEA. — Puedo saberla, si alguna la dice con claro  
420 discurso.

<sup>33</sup> Los atenienses, ya que Teseo es el héroe ático por excelencia. Esquilo se hace aquí eco de las pretensiones de Atenas al promontorio de Sigeo, un lugar estratégico para proteger la ruta del trigo procedente de los países ribereños del Mar Negro.

<sup>34</sup> La égida es la piel de la cabra Amaltea, la nodriza de Zeus. Atenea la lleva sobre sus hombros, cubriéndole el pecho. Cuando Atenea agita la égida, siembra el terror entre sus enemigos. Zeus usó también la égida en su lucha contra los Titanes.

<sup>35</sup> En otras versiones del mito se les da otro origen. Ver n. 19.

CORIFE0. — Echamos de su casa al que mata a un hombre.

ATENEA. — ¿Y dónde está puesto el final de la huida para el homicida?

CORIFE0. — Donde ni siquiera se usa la palabra alegría.

ATENEA. — ¿Y con esos gritos estridentes estáis imponiéndole a éste que huya?

425 CORIFE0. — Sí, porque se creyó digno de ser asesino de su madre.

ATENEA. — ¿Llevado de un impulso inevitable o por temor al rencor de alguien?

CORIFE0. — ¿Dónde hay un agujón tan importante que pueda incitar a matar a la madre?

ATENEA. — De las dos partes que aquí comparecen sólo una ha hecho su alegato.

CORIFE0. — Es que la otra no aceptaría nuestro juramento ni quiere prestarlo<sup>36</sup>.

430 ATENEA. — Prefieres tener fama de justa a obrar con justicia.

CORIFE0. — ¿Cómo es eso? Explícamelo, ya que no eres pobre de sabiduría.

ATENEA. — Digo que lo que no es justo no prevalece por apoyarse con juramentos.

CORIFE0. — Entonces, comprueba los hechos y dicta una recta sentencia.

ATENEA. — ¿Estaríais dispuestas a otorgarme poder decisorio en este proceso?

435 CORIFE0. — ¿Cómo no? Te respetamos por tu dignidad y la de tu origen.

ATENEA. — Extranjero, ¿qué quieres decir contra esto en el turno que te corresponde?

<sup>36</sup> Los juramentos preceptivos para iniciar un proceso.

Dj, primero, tu tierra, tu raza y los sucesos en que tomaste parte. Defiéndete, luego, de los cargos que éstas te imputan; puesto que, confiado en la justicia, estás sentado<sup>440</sup> ahí, pegado a mi imagen, cerca de mi hogar<sup>37</sup>, como venerable suplicante en circunstancias parecidas a las de Ixión<sup>38</sup>, contesta a todo esto de modo que pueda entenderlo con facilidad.

ORESTES. — Soberana Atenea, en primer lugar, voy a quitarte una gran inquietud, que se advierte en las últimas palabras que has dicho. No soy un suplicante de purifica-<sup>445</sup>ción ni con mancha en mi mano estoy hace rato sentado junto a tu imagen. Voy a darte una gran prueba de ello. Es ley que el homicida no le hable a nadie hasta el momento en que un hombre con capacidad para purificarlo lo haya rociado con la sangre que brote al degollar una<sup>450</sup> res lechal. Tiempo ha que estoy purificado de esas manchas en otras moradas y con las reses y las aguas corrientes. Así que te digo que esa preocupación está ya fuera de lugar.

Pero, cómo es mi raza, vas a saberlo rápidamente. Soy un argivo. Conoces perfectamente a mi padre —Aga-<sup>455</sup>menón, el jefe de los héroes que fueron por el mar— con cuyo concurso tú hiciste que Troya, la ciudad de Ilio, dejara de ser una ciudad. Murió él de manera deshonrosa, luego de haber regresado a su casa; mi madre, impulsada por<sup>460</sup> su sombrío corazón, lo mató, tras haberlo enredado con redes arteras que todavía dan testimonio del asesinato consumado en una bañera.

<sup>37</sup> Junto al fuego sagrado de la ciudad se recibía a los huéspedes y a los suplicantes oficiales.

<sup>38</sup> Ixión mató a Deyoneo, su suegro. El único dios que se apiadó de él y lo purificó fue Zeus.

Y, cuando yo regresé —el tiempo anterior lo había pasado en el exilio—, maté a la que me parió —no voy a negarlo— dando muerte por muerte en venganza de mi queridísimo padre. Y conmigo fue Loxias responsable de ello, porque me estuvo anunciando dolores que como agujones punzarían mi corazón, si yo no llegaba a ejecutar algo de esto contra los culpables.

Dicta sentencia tú ahora sobre si obré o no justamente. Cualquier decisión que consiga de ti, la aceptaré en todos los términos.

470 ATENEA. — Si alguien piensa que este asunto es demasiado grave para que lo juzgue un mortal, tampoco a mí me autoriza la ley divina a resolver en un juicio por homicidio  
474 cometido bajo el influjo de cólera intensa. Y, sobre todo, cuando tú has venido bien preparado —como suplicante que ya tuvo purificación y sin peligro de daño para mi  
476 templo— y éstas, igualmente†, están revestidas de una dignidad no desdeñable y, si no ganan en el asunto, inmediatamente de haber caído a tierra desde el interior de su pecho, se irá extendiendo su veneno, insoportable, eterna peste.

Esto es así: ambas cosas —que se queden o echarlas de aquí— constituyen †calamidades contra las que no tengo soluciones† yo.

482 Pero, ya que este asunto se ha presentado aquí, para  
485 entender en los homicidios, elegiré jueces, que a la vez que sean irreprochables en la estimación de la ciudad, estén vinculados por juramento, y los constituiré en tribunal para siempre<sup>39</sup>.

485 Ciudad vosotros testigos que aporten las pruebas y, juramentados, vengan en auxilio de la justicia. Cuando yo ha-

<sup>39</sup> El Areópago.

ya seleccionado a los mejores de mis ciudadanos, vendré con ellos, para que juzguen en este proceso con toda verdad. [sin transgredir su juramento, sin dejarse llevar de pensamientos que no sean justos].

CORO.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

*Ahora será el momento de la aniquilación que acarrearán unas leyes nuevas, si llega a triunfar el derecho y la culpa de este matricida. Este hecho va a acostumbra- 480  
a todo ciudadano a la licencia. ¡Muchos auténticos sufrimien- 485  
tos de heridas causadas por hijos aguardan a padres a partir de ahora a lo largo del tiempo!*

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

*Pues ni siquiera va ir contra estos delitos nuestro ren- 500  
cor de furiosas bacantes que vigilamos a los mortales. No  
me preocuparé de muerte alguna, y, mientras uno comenta  
†las† desgracias †de sus† vecinos, preguntará de que otro si- 505  
tio llegará el fin y el alivio de los sufrimientos y cualquier  
desdichado lo consolará inútilmente con remedios que no  
son seguros.*

Estrofa 2.<sup>a</sup>

*Que nadie que haya sido herido por una desgracia pida  
ayuda gritando palabras como éstas: «Oh Justicia» y «Oh 510  
tronos de las Erinis». Quizás un padre o una madre que 515  
acaba de sufrir se lamenten con ese grito lastimero, puesto  
que se derrumba la casa de Justicia.*

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

*Veces hay en que está bien que exista miedo, y debe  
morar de continuo, vigilante, en el alma. Es conveniente 520*

tener prudencia, cuando se es víctima de la angustia. ¿Quién que ¶en la luz¶ de su corazón <sup>40</sup> no alimente un continuo  
525 temor —sea ciudad o un simple mortal, para el caso es igual— podría ya venerar a Justicia?

Estrofa 3.<sup>a</sup>

No elogies ni la vida sin control ni la sometida a tiranía. La deidad otorga victoria siempre al término medio,  
530 pero lo demás lo conduce de un modo distinto.

Cito una sentencia que viene al caso: «La soberbia es  
535 realmente una hija de la impiedad, pero de la salud del alma procede la dicha, amada por todos y muy deseada.»

Antístrofa 3.<sup>a</sup>

Como norma general te lo digo: respeta el altar de Jus-  
540 ticia, no lo deshonres a patadas con un pie impío, por haber visto en eilo una ventaja, pues, con el tiempo, tendrás el castigo, que el fin aguarda con poder supremo.

545 Por tanto, que todos honren en primer lugar el respeto debido a los padres y sean reverentes en las atenciones con que se concede honor a los huéspedes de una morada.

Estrofa 4.<sup>a</sup>

550 El que sea justo por voluntad propia y sin que lo obligue la necesidad, no será un hombre carente de dicha (y) nunca podrá llegar a perderse del todo.

Pero el que se rebela con audacia, conculcando la ley, y en tropel amontona innumerables riquezas mediante violencia y sin justicia, digo que, con el tiempo, recogerá la vela,  
555 cuando de él se apodere la angustia, al rompersele el mástil del barco.

<sup>40</sup> Perífrasis: «inteligencia».

Antístrofa 4.<sup>a</sup>

Entonces, hundido en el centro del remolino irresistible, llama en su ayuda a quienes no lo oyen, y la deidad se ríe de este hombre fogoso, al ver al desdichado, que  
560 nunca lo hubiera presumido, en plena desgracia irremediable, sin superar la cresta de la ola y que, tras estreñar contra la escollera de Justicia la dicha que a lo largo de su vida antes disfrutó, muere en la oscuridad, sin que nadie  
565 lo lllore.

(Entran en escena Atenea, seguida de un heraldo y de un nutrido grupo de ciudadanos. El heraldo, mediante gestos y toques de trompeta, señalará, en su momento, los puestos al reo —Orestes—, a la acusación —las Erinis— y los jueces —el pueblo—.)

ATENEA. — Ejerce tus funciones, heraldo, y contén a la gente, ¶que enseguida la penetrante¶ trompeta tirrénica <sup>41</sup>, llena del aliento mortal, haga oír al pueblo su agudísima voz, pues, mientras se constituye este tribunal, el guardar  
570 silencio es una ayuda para que aprendan mis instrucciones, tanto la ciudad —que debe aprenderlas para siempre jamás— como ambas partes, a fin de que se dicte sentencia con rectitud.

(Se presenta Apolo.)

CORIFE0. — Soberano Apolo, ejerce tu poder en lo que tienes dominio personal, pero ¿qué parte tienes tú en este  
575 asunto?

APOLO. — He venido a prestar testimonio, pues, con arreglo a la ley, es este hombre suplicante mío y se ha

<sup>41</sup> La tradición atribuía a los etruscos la invención de la trompeta.

acogido al hogar de mi templo. Yo lo purifiqué del asesinato que cometió, y aquí he venido, para actuar personalmente como defensor. Tengo la culpa del asesinato de la madre de éste. (*A Atenea.*) Así que abre el juicio <y> resuelve conforme a tu sabiduría.

ATENEA. — Empiezo el juicio. (*Al Coro.*) Tenéis la palabra, porque, al hablar el primero, al comienzo, el acusador, puede informar cumplidamente sobre los hechos.

585 CORIFE0. — Aunque somos muchas, hablaremos con brevedad. (*A Orestes.*) Contéstame palabra por palabra, cuando te corresponda. Dime, en primer lugar, si mataste a tu madre.

ORESTES. — La maté. No es posible negarlo.

CORIFE0. — Éste es ya uno de los tres asaltos <sup>42</sup>.

590 ORESTES. — Esa jactancia tuya la dices a quien todavía no yace en el suelo.

CORIFE0. — De todas formas debes decir de qué manera la mataste.

ORESTES. — Contesto: saqué la espada y por mi propia mano le corté el cuello <sup>43</sup>.

CORIFE0. — ¿Quién te convenció para que lo hicieras? ¿Quién te aconsejó?

ORESTES. — (*Señalando hacia Apolo.*) Los oráculos de éste. Él es mi testigo.

595 CORIFE0. — ¿El adivino te aconsejó el matricidio?

<sup>42</sup> En la palestra, el luchador tenía que derribar tres veces al adversario, para lograr la victoria. Aunque el *DRAE* no registra la acepción en que usamos la palabra «asalto», la creemos suficientemente legitimada por el uso.

<sup>43</sup> Con una concisión imposible de reproducir en español expresa cada uno de los detalles: sacar la espada de la vaina, aplicarla a la garganta, cortar. No se trata, pues, de una acción realizada en un momento de arrebato.

ORESTES. — Sí, y hasta ahora no deploro mi suerte.

CORIFE0. — Quizás te expreses de otra manera, si te condenan.

ORESTES. — Estoy tranquilo. Mi padre me envía socorros desde su tumba.

CORIFE0. — ¡Fíate de los muertos, después de haber matado a tu madre! <sup>44</sup>.

ORESTES. — Ella tenía sobre sí dos manchas. 500

CORIFE0. — ¿Cómo es eso? Explicalo a los jueces de esta causa.

ORESTES. — Al matar a su esposo, en él mató a mi padre.

CORIFE0. — ¿Y qué? Tú sigues con vida, en tanto que ella quedó libre de mancha con la muerte.

ORESTES. — ¿Por qué, entonces, cuando estaba viva, no la obligaste a ir al destierro?

CORIFE0. — Porque no era de su misma sangre el hombre que mató. 605

ORESTES. — ¿Y soy yo de la misma sangre que mi madre?

CORIFE0. — ¿Pues con qué otra cosa te nutrió, asesino, cuando estabas dentro de sus entrañas? ¿Reniegas de lo que es más querido: la sangre de un madre?

ORESTES. — Da ya tu testimonio. Apolo, explícame si yo la maté con justicia; porque no niego que lo hice, pues que es así; pero, si a juicio tuyo, te parece que obré justamente o con injusticia, al verter esta sangre, decídelo, para que así lo declare a los jueces.

AP0LO. — Hablaré para vosotros, este alto tribunal que Atena ha instituido: la mató justamente. Yo soy un adivi- 517

<sup>44</sup> Las maldiciones de Clitemestra pueden neutralizar las bendiciones de Agamenón.

no y no voy a mentir. Jamás en mi trono profético hablé sobre un hombre, mujer o ciudad nada que no me ordenara Zeus, el padre de los dioses olímpicos. (*A la Corifeo.*) Entérate de qué inmensa fuerza contiene esa acción en cuanto a justicia. (*A los jueces.*) Os aclaro con ello que se ajustó a la voluntad de mi padre. Sí, un juramento no tiene un vigor mayor que el de Zeus.

CORIFE0. — ¿Te ordenó Zeus —según dices tú— que anunciaras este oráculo a Orestes: que vengara la muerte de su padre, sin conceder a su madre honor ninguno?

625 APOLO. — Sí, porque no es lo mismo que muera un varón noble, a quien se respeta por el cetro que Zeus le entregó, y además a manos de su esposa, pero que no se sirvió, para hacerlo con valentía, de un arco que desde lejos dispara sus flechas, como el de una Amazona, sino como vais a escuchar, Palas y cuantos ahí estáis sentados, 630 para decidir con vuestro voto en este proceso.

Al regresar de la campaña donde, en su mayor parte, había conseguido un resultado bastante bueno, lo recibí con palabras de amor (...); en torno a la bañera y sobre 635 el borde había puesto un velo, como una tienda; y luego que lo hubo inmovilizado mediante aquel vestido hecho con trampa e inextricable, asestó a su marido varios golpes mortales.

Ésa fue la muerte —acabo de decírla— de un varón venerado por todos y que era el jefe de la escuadra. Por otra parte, así era la mujer de la que he hablado, para que se exaspere ese pueblo al que se ha encomendado dictar sentencia en este proceso.

640 CORIFE0. — Zeus —según tus palabras— concede mayor importancia a la muerte de un padre, pero él bien que ató al suyo, al anciano Crono. ¿Cómo no va a haber con-

tradición entre esto y lo que tú dices? (*A los jueces.*) Yo soy testigo de que vosotros lo estáis oyendo.

APOLO. — ¡Oh monstruos que todos aborrecen y sois objeto de odio de los dioses!, las cadenas podían soltarse, para eso hay remedio e infinidad de recursos liberadores. 645 Pero, cuando el polvo absorbe la sangre de un varón que ha muerto de una vez para siempre, ya no hay posible resurrección. Para eso no ha fabricado hechizos mi padre, 650 a pesar de que todo lo demás, arriba y abajo, lo dispone y trastrueca con su poder, sin que se altere siquiera su respiración.

CORIFE0. — Pues mira de qué modo lo defiendes, para lograr su absolución. ¿Va a habitar en Argos la casa de su padre, después de haber derramado en el suelo la sangre familiar, la de su madre? ¿Qué altares públicos va a utilizar? 655 ¿Qué parentela va a recibirlo en sus aguas lustrales?

APOLO. — También a esto voy a contestar, y entérate de que tengo razón.

No es la que llaman madre la que engendra al hijo, sino que es sólo la nodriza del embrión recién sembrado. Engendra el que fecunda, mientras que ella sólo conserva 660 el brote —sin que por ello dejen de ser extraños entre sí—, con tal de que no se lo malogre una deidad.

Voy a darte una prueba de este aserto. Puede haber padre sin que haya madre. Cerca hay un ejemplo: la hija de Zeus Olímpico<sup>45</sup>. No se crió en las tinieblas de un vientre, pero es un retoño cual ninguna diosa podría parir.

<sup>45</sup> Atenea es hija de Zeus, y Metis; pero, cuando Metis estaba encinta, se la tragó Zeus, por consejo de Urano y Tierra, para evitar que posteriormente Metis diese a luz un varón que lo derrocaría. Cuando llegó el momento del parto, Zeus ordenó a Hefesto que le diera un hachazo en la cabeza. Al hacerlo, salió Atenea, armada con todas sus armas.

Así que, Palas, en lo demás, según yo sé (...), voy a hacer grande a tu ciudad y a tu pueblo. Además, envíe  
470 a éste al hogar de tu templo, para que sea un fiel tuyo en todo tiempo y que en él, diosa, ganes un aliado y en sus sucesores, y que tal amistad permanezca siempre, de modo que sus descendientes acepten con gusto estas garantías de fidelidad <sup>46</sup>.

573 ATENEA. — Ordeno que éstos emitan un voto justo, de acuerdo con su parecer, porque ya se ha hablado bastante.

APOLO. — Nosotros ya hemos disparado todas las flechas. Espero escuchar cómo será sentenciada esta causa.

ATENEA. — *(Al Coro.)* ¿Y qué hay de vosotras? ¿Cómo debo actuar para ser, a vuestro juicio, irreprochable?

CORIFE0. — *(A los jueces.)* Extranjeros, oísteis lo que  
680 oísteis. Así que, al emitir el voto, respetad de corazón el juramento que habéis prestado.

ATENEA. — Escuchad ya mi ley, pueblo de la Ática, en el momento de dictar sentencia en el primer proceso por sangre vertida.

En lo sucesivo y para siempre, el pueblo de Egeo <sup>47</sup> contará con este tribunal para sus jueces: esta colina (de Ares), sede y campamento de las Amazonas <sup>48</sup>, cuando vinieron en son de guerra por odio a Teseo. Frente a nuestra ciudad levantaron entonces una ciudad nueva y un alto muro frente a nuestras murallas. Aquí ofrecían sacrificios a Ares, <sup>49</sup> y donde reciben su nombre la roca y colina de Ares <sup>49</sup>.

<sup>46</sup> Por segunda vez se alude a la alianza con Argos que cristalizaría en el año 461. (Cf. vv. 286-291.)

<sup>47</sup> Egeo es el padre del héroe ático Teseo.

<sup>48</sup> Las Amazonas invadieron el Ática, para rescatar a una de ellas —Antiope—, raptada por Teseo. Fueron vencidas.

<sup>49</sup> Areópago.

Aquí, el respeto de los ciudadanos, y su hermano el miedo, los disuadirá de cometer injusticia, tanto de día como de noche, mientras que los propios ciudadanos no hagan innovaciones en las leyes. Porque, si contaminas el agua clara con turbias corrientes y fango, jamás hallarna qué beber.

Aconsejo a los ciudadanos que respeten con reverencia lo que no constituya ni anarquía ni despotismo <sup>50</sup> y que no expulsen de la ciudad del todo el temor, pues, ¿qué mortal es justo si no ha temido a nada? En cambio, si alguna vez temor sentís, como es justo, ese respeto, en ello tendréis un baluarte que vendrá a ser la salvación del país y de la ciudad, como ningún otro pueblo puede tenerlo, ni entre los escitas, ni en las regiones de Pélope <sup>51</sup>.

Establezco este tribunal insobornable, augusto, protector del país y siempre en vela por los que duermen.

Me he alargado en esta exhortación a los ciudadanos para el futuro, pero ahora debéis poneros en pie, tomar el voto y dictar sentencia, respetuosos con el juramento. Dicho está todo.

*(Los jueces se levantan y van depositando los votos en las urnas, mientras la Corifeo y Apolo discuten.)*

CORIFE0. — Yo os aconsejo que en manera alguna privéis de su honor a esta compañía que podría ser perjudicial para el país.

APOLO. — Y yo os ordeno que respetéis los oráculos míos —también son de Zeus— y no los dejéis sin efecto.

<sup>50</sup> Cf. vv. 517-530.

<sup>51</sup> El Peloponeso, que recibe el nombre de Pélope.



715 CORIFEO. — A pesar de que ello no te atañe, estás expresando respeto a delitos de sangre, así que, cuando pronuncies tus oráculos, ya no podrás anunciarlos libres de mancha.

APOLO. — ¿También mi padre erró al decidir cuando Ixión, por aquél primer asesinato, le suplicó que lo purificara? <sup>52</sup>.

720 CORIFEO. — Tú eres quien lo dices. Pero, como yo no gane este juicio, mi compañía, en adelante, va a ser gravosa para este país.

APOLO. — No cuentas tú para nada entre los dioses, ni entre los nuevos ni entre los antiguos. Venceré yo.

CORIFEO. — Algo así hiciste también en la casa de Feres: convenciste a las Moiras para que hicieran inmortal a un mortal <sup>53</sup>.

725 APOLO. — ¿Es que no es justo conceder bienes al que te venera y, sobre todo, al llegar la ocasión en que lo necesita?

CORIFEO. — Tú engañaste con vino a las viejas deidades y te aprovechaste de ello para destruir la antigua distribución de los destinos <sup>54</sup>.

730 APOLO. — Y tú, como en el juicio no tendrás éxito, pronto vomitarás ese veneno que ya no hará daño a tus enemigos.

CORIFEO. — Ya que tú —un joven— a mí —una vieja— me pones a los pies de los caballos, aguardo hasta oír que

<sup>52</sup> Ver n. 38.

<sup>53</sup> Admeto, hijo de Feres —rey de Feras, en Tesalia—, fue dispensado de morir el día que le correspondía, si lo sustituía otra persona. Sólo se prestó a ello su esposa Alceste.

<sup>54</sup> Ver nota anterior. Para conseguir su propósito de librar de la muerte a Admeto, Apolo embriagó a las Moiras.

se dicte sentencia, que aún no estoy segura de que haya de irritarme con esta ciudad.

*(Terminan de votar los jueces. A continuación lo hace Atenea.)*

ATENEA. — Ésta es mi misión: dar el veredicto en último lugar. Voy a agregar mi voto a los que haya en favor 735 de Orestes. No tengo madre que me alumbrara y, con todo mi corazón, apruebo siempre lo varonil, excepto el casarme, pues soy por completo de mi padre. Por eso, no voy 740 a dar preferencia a la muerte de una mujer que mató a su esposo, al señor de la casa. Vence, por tanto, Orestes, aunque en los votos exista empate.

Jueces a quien esta misión os está encomendada, sacad pronto los votos de las urnas.

*(Sacan los votos y empiezan a contarlos.)*

ORESTES. — ¡Oh Febo Apolo!, ¿en qué sentido será la sentencia del juicio?

745 CORIFEO. — ¡Oh negra Noche, madre mía!, ¿estás viendo esto?

ORESTES. — Ahora es el momento para mí decisivo: o perecer colgado de un lazo o seguir viendo la luz del sol.

CORIFEO. — Y para nosotras, o la ruina o que se nos siga rindiendo honores.

APOLO. — Contad bien los votos, amigos míos, según van saliendo. Tened bien en cuenta el no ser injustos en el escrutinio. Un voto que falte constituye un gran daño, 750 porque un solo voto derriba o levanta una casa.

ATENEA. — Este hombre ha sido absuelto de delito de sangre, pues es igual el número de votos a favor y en contra.

*(Apolo desaparece.)*

755 ORESTES. — ¡Oh Palas, oh salvadora de mi casa! Cuando yo me encontraba privado de mi patria, tú me la has restituido. Algún griego dirá: «este varón es de nuevo argivo y vive entre las riquezas que fueron de su padre, gracias a Palas, a Loxias y a un tercer Salvador, la deidad de quien  
760 todo depende»<sup>55</sup>. Éste fue quien, en atención a la muerte de mi padre, me salvó, al ver que éstas eran las defensoras de mi madre. Ahora yo me iré a mi casa, luego de haber pronunciado un juramento en pro de esta tierra y de tu pueblo, que tendrá vigor a partir de ahora y para siempre:  
765 «Jamás un varón que lleve el timón de mi país llegará aquí con fuerzas armadas en son de guerra»<sup>56</sup>.

Y, cuando yo esté ya en la tumba, a los transgresores de este juramento ¶les causaré¶ contratiempos firremediables¶: llevaré el desánimo a sus campañas y, a sus caminos,  
770 los malos agüeros, para que rectifiquen sus propósitos. En cambio, si el juramento sigue en pie y honran sin interrupción con su alianza para la guerra a la ciudad de Palas, yo tendré para mis ciudadanos las mejores disposiciones.  
775 ¡Que lo paséis bien tú y el pueblo que esta ciudad habita! ¡Que tengas, Atenas, una estrategia irresistible con tus enemigos, para que de ellos te libre y te dé la victoria en la guerra!

*(Orestes sale de escena.)*

CORO. — ¡Ay, dioses demasiado jóvenes! ¡Habéis pateado la antigua ley y me habéis arrancado de las manos a Orestes!

780 Pero, aunque yo esté privada de honores —¡desgraciada de mí!—, llena de horrible resentimiento, dejaré que mi

<sup>55</sup> Zeus.

<sup>56</sup> Ver. n. 46.

corazón destile en esta tierra —¡ay!— su veneno, un veneno que compense mi dolor con vuestro dolor, que sea insuportable para el país. De él saldrá una lepra que lo dejará  
785 sin hojas y sin hijos<sup>57</sup> —¡Justicia!, ¡Justicia!— y que, al precipitarse sobre el suelo, sembrará en el país pestes destructoras de los seres humanos.

¿Debo llorar? ¿Qué debo yo hacer? ¿Se han reído de mí! ¡He padecido algo insufrible en presencia de los ciuda-  
790 danos! ¡Ay de las muy desgraciadas hijas de Noche, víctimas del sufrimiento por la pérdida de su honor!

ATENEA. — Hacedme caso y no os andéis con esos lamentos en tono profundo. No habéis sido vencidas. Simple-  
795 mente que en el veredicto de los votos ha habido empate. Esa es la verdad, no que se os haya quitado el honor. Había claros testimonios procedentes de Zeus y el mismo dios que pronunció la profecía fue también el que dio testimonio de que si Orestes hacía eso<sup>58</sup>, no sufriría daño alguno. No arrojéis a esta tierra vosotras vuestro dañino resentimiento, ni os irritéis, ni produzcais esterilidad destilando  
800 un goteo de ¶genios maléficost¶ que, como lanzas salvajes, son devoradores de las semillas, porque yo, como es justo, os prometo que tendréis una sede y una gruta en este país  
805 que se rige por la justicia, dor de ocupando lustrosos tronos junto al hogar al que acuden los suplicantes, seréis honradas por los habitantes de esta ciudad.

CORO. — ¡Ay, dioses demasiado jóvenes! ¡Habéis pateado la antigua ley y me habéis arrancado de las manos a Orestes!

Pero, aunque yo esté privada de honores —¡desgraciada de mí!—, llena de horrible resentimiento, dejaré que mi

<sup>57</sup> Esto es, atacará a las plantas y a los animales.

<sup>58</sup> Esto es, si moraba a su madre.

corazón destile en esta tierra —¡ay!— su veneno, un veneno que compense mi dolor con vuestro dolor, que sea insoportable para el país. De él saldrá una lepra que lo dejará sin hojas y sin hijos —¡Justicia!, ¡Justicia!— y que, al precipitarse sobre el suelo, sembrará en el país pestes destructoras de los seres humanos.

¿Debo llorar? ¿Qué debo yo hacer? ¿Se han reído de mí? ¿He padecido algo insufrible en presencia de los ciudadanos! ¡Ay de las muy desgraciadas hijas de Noche, víctimas del sufrimiento por la pérdida de su honor!

ATENEAS. — No carecéis de honores. No os dejéis llevar por una irritación demasiado violenta hasta hacer imposible el cultivo en esta tierra de mortales, porque seáis diosas. También lo soy yo y tengo en Zeus mi confianza y —¿tendré que decirlo?— soy también la única entre los dioses que conoce las llaves de la habitación donde bajo sello se guarda el rayo. Pero no necesito de él. Hazme caso y no arrojes contra este país maldiciones de tu mala lengua que produzcan la ruina de todo ser que pudiera dar fruto. Calma ya ese negro oleaje de amarga rabia, pues puedes ser acreedora de augustos honores y compañera mía de morada. Cuando tú tengas las primicias de esta vasta tierra, las ofrendas por los nacimientos y los sacrificios rituales con ocasión de los matrimonios, alabarás mis consejos por siempre.

COBO. — ¡Que yo haya sufrido esto! ¡Ay! ¡Que yo, con mi antigua sabiduría, viva en esta tierra, como un ser sin honor y detestable! ¡Ay! ¡Rabia y rencor infinito contiene mi aliento! ¡Ay! ¡Ay de mí, Tierra! ¡Ay! ¿Qué dolor me traspasa el costado? ¡Oye, madre Noche! ¡Irresistibles engaños de dioses me han arrebatado, sin consideración, mis antiguos honores!

ATENEAS. — Soportaré tu enfado porque eres más vieja y mucho más sabia por ello que yo. Pero también a mí me ha concedido Zeus el no estar mal de inteligencia.

Si vosotras os vais a un país en que habite otra gente, echaréis de menos esta tierra —os lo vaticino—, pues, en su constante fluir, va a venir un tiempo lleno de gloria para este pueblo. Tú tendrás una sede honrosa junto a la morada de Erecteo<sup>59</sup> y conseguirás de las procesiones de los varones y las mujeres lo que jamás podrías lograr de otros mortales. Tú, en cambio, no arrojes contra este país piedras de afilar que arrastran consigo la sangre, con daño para las entrañas de la gente joven, cuando se encuentra enloquecida por resoluciones que no causa el vino. Tampoco farranquest a los gallos sus corazones para impiantarlos en mis ciudadanos, ocasionando un Ares interno en la raza pleno de mutua arrogancia<sup>60</sup>. ¡Que la guerra sea sólo exterior —nunca es difícil su presencia— y que en ella exista un apasionado amor por la gloria! (No me estoy refiriendo al combate del ave doméstica)<sup>61</sup>.

Bienes de esa clase te es posible recibir de mí: hacer beneficios y recibirlos, ser objeto de veneración y participar de esta tierra, la predilecta de los dioses.

CORO. — ¡Que yo haya sufrido esto! ¡Ay! ¡Que yo, con mi antigua sabiduría, viva en esta tierra, como un ser sin honor y detestable! ¡Ay! ¡Rabia y rencor infinito contiene mi aliento! ¡Ay! ¡Ay de mí, Tierra! ¡Ay! ¿Qué dolor me traspasa el costado? ¡Oye, madre Noche! ¡Irresistibles engaños de dioses me han arrebatado, sin consideración, mis antiguos honores!

<sup>59</sup> Héroe ático confundido, a veces, con Erictonio y relacionado con los orígenes de Atenas.

<sup>60</sup> La guerra civil.

<sup>61</sup> Una vez más se condena la guerra civil.

ATENEA. — No me cansaré de decirte los bienes que puedes tener, para que nunca digas que tú, una diosa antigua, has sido privada de honores y desterrada de este suelo por una más joven —por mí— y por los mortales que habitan en esta ciudad.

385 Así que, si para ti significa algo la santa majestad de Persuasión, si mi lengua te calma y te hechiza, puedes quedarte aquí. Pero, si no quieres quedarte, no podrás descargar con justicia contra esta ciudad tu cólera o tu rencor  
390 o algún daño para su pueblo, porque tú puedes por siempre recibir honores con toda justicia, como partícipe de esta tierra.

CORIFE0. — Soberana Atenea, ¿qué sede dices que puedo tener?

ATENEA. — Una libre de toda clase de dolor y pena. Aceptala.

CORIFE0. — Ya la he aceptado. ¿Qué honores me aguardan?

395 ATENEA. — Tan importantes, que no podrá prosperar ninguna casa sin tu ayuda.

CORIFE0. — ¿Y vas a obrar de modo que pueda yo alcanzar tan gran poder?

ATENEA. — Haré que vayan siempre derechos los asuntos de quien te venera.

CORIFE0. — ¿Y me darás garantía de ello para todo el tiempo futuro?

ATENEA. — Sí, porque lo que yo no cumplo, lo callo.

300 CORIFE0. — Tengo la impresión de que vas a hechizarme. Ya estoy deponiendo mi resentimiento.

ATENEA. — Si vives en este país, ganarás unos nuevos amigos.

CORIFE0. — ¿Qué me mandas que pida en mi canción en favor del país?

ATENEA. — Cuanto se desprende de una victoria sin debilidad<sup>62</sup>: lo que procede de la tierra, del recto del mar y del ciclo; que vientos suaves, bajo un sol radiante, soplen sobre el país; que abundantes frutos de la tierra y de los ganados no dejen, con el paso del tiempo<sup>63</sup>, de dar prosperidad a los ciudadanos, y la salvación de la humana semilla<sup>64</sup>. ¡Y ojalá que con firmeza seas destructora de los impíos! Porque yo deseo, cual hortelano para sus plantas, que la raza de estos hombres justos siempre esté libre de aflicción. Esto es lo tuyo, que yo, en los combates famosos de la mortífera guerra, no soportaré que esta ciudad no sea honrada entre los mortales como la que siempre es victoriosa.

CORO.

Estrofa 1.<sup>a</sup>

*Aceptaré ser vecina de Pallas y no ultrajaré a una ciudad a la que Zeus omnipotente y Ares miran como bañarse de las deidades, protectora gloriosa de los altares erigidos en honor de los dioses de Grecia. Por ella luego, como vaticino con amor.*

<sup>62</sup> Discrepamos de las interpretaciones que suelen darse a *níkēn mē kakēs*. Atenea va a pedir prosperidad para los atenienses basada en una agricultura y ganadería florecientes; pero tal cosa no es posible sin la existencia de la paz con los otros pueblos garantizada por una *níkēn mē kakēs* sin debilidad que conjure el peligro de correrías y devastaciones. Por supuesto, en el concepto paz podemos también incluir el de paz civil por contraposición a la guerra civil tantas veces condenada por Esquilo, pero sin limitarlo a eso.

<sup>63</sup> Esquilo pone en boca de Atenea un dato real, tanto más en una época que carecía de fertilizantes y conocimientos científicos de genética: con el paso del tiempo, un campo cultivado reiteradamente o un ganado que no se cruza, se deteriora.

<sup>64</sup> Esto es, que no haya abortos y nazcan sanos los fetos humanos.

534

925 ¡Que vigorosos bienes útiles para la vida haga brotar  
de la tierra la resplandeciente luz del sol!

ATENEIA. — Esto hago yo por amor a mis ciudadanos.  
Acabo de establecer aquí a unas deidades que son podero-  
930 sas y difíciles de aplacar. Si, les tocó en suerte dirigir todo  
lo concerniente a los seres humanos. Verdad es que aquel  
que se tropieza con estas severas deidades no sabe, a veces,  
de dónde proceden los golpes que sufre su vida, porque  
935 las faltas que cometieron sus antepasados son las que lo  
conducen ante ellas, (y) la perdición, incluso al que habla  
a gritos con cólera odiosa, lo va aniquilando calladamente.

CORO.

Antístrofa 1.<sup>a</sup>

1000 ¡Que jamás sople viento dañino con perjuicio para los  
árboles! Explico mi voto: ¡que los bochornos que marchi-  
940 tan los brotes de las plantas jamás atraviesen las froteras  
de esta región ni en ella se deslice la funesta plaga que  
arruina los frutos! ¡Que haga Pan que se críen las ovejas  
945 sanas, con partos dobles en el tiempo fijado! ¡(y) que la  
raza nacida de una tierra rica en tesoros<sup>65</sup> estime (siempre)  
el regalo que le hacen los dioses por medio de Hermes!<sup>66</sup>

ATENEIA. — ¿Estáis oyendo, custodios de nuestra ciudad,  
950 qué clase de bienes llevan a cabo? Muy poderosa es la  
augusta Erinis entre los inmortales y entre los dioses subte-  
rráneos, y con perfección y claridad actúa en lo concer-

<sup>65</sup> Discrepamos de las interpretaciones habituales. Creemos que con la expresión *gónos ploutóchthōn* se quiere referir Esquilo a los atenienses —hijos de una tierra rica—, orgullosos de ser autóctonos (para un caso parecido, ver n. 12 de *Las Suplicantes*) y de la riqueza que les proporcionaban las minas de Laurión.

<sup>66</sup> Todo hallazgo fortuito se atributa a Hermes.

535

niente a los seres humanos: a unos les concede canciones;  
a otros, por el contrario, una existencia cegada de lágrimas.

CORO.

Estrofa 2.<sup>a</sup>

De aquí alejaré la mala fortuna que destruye al hombre  
antes del momento que le corresponde. Y vosotros que te-  
néis poder para ello y sois diosas, conceded a las jóvenes  
que, al llegar a la edad del amor, compartan su vida con  
un marido, oh Moiras, hermanas mías por parte de ma-  
dre<sup>67</sup>, deidades que a todos asignáis el destino con recti-  
tud, que estáis vinculadas a cada casa, y en todo momento  
ejercéis el peso de vuestra misión y en todas partes sois  
las más honradas entre los dioses porque vuestro trato se  
ajusta a justicia.

ATENEIA. — Como van a llevar a cabo esto amorosamen-  
te para mi tierra, yo resplandezco de alegría y amo los  
ojos de Persuasión, que vigiló mi lengua y mi boca frente  
a estas deidades que rehusaban de modo salvaje. Pero ha  
triunfado Zeus, el protector del diálogo en las asambleas,  
y vence para siempre nuestra rivalidad en el bien.

CORO.

Antístrofa 2.<sup>a</sup>

¡Que jamás ruja en esta ciudad la discordia civil, siem-  
pre insaciable de desgracias!, lo suplico. ¡Que no vaya el  
polvo, llevado de su irritación por haber bebido negra san-  
gre de ciudadanos, a exigir represalias que son la ruina

<sup>67</sup> Una leyenda hacía a las Moiras hijas de Zeus y Temis; otra, de la que se hace eco Esquilo, las hacía hijas de la Noche.